



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Ríos, Alarcon, Arce, Sra. Avelleda, Sres. Asquerino, Auton (Marqués de), Alvarez (M. de los Santos), Arnó, Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, A. Buene, Arduanz, Ariza, Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (marqués de), Becerra, Benavides, Bona, Borao, Borrego, Bueno, Bremon, Bryton de los Herreros (Manuel), Blasco, Calvo Azenio (D. Pedro), Campoamor, Camus, Canalejas, Cañete, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Cazorro, Cervino, Cheste (Conde de), Collado, Cortina, Corradi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Azenio, (D. Gonzalo), Cañamaque, Dacarrete, Díaz (José María), Durán, Duque de Rivas, Echevarría (J. A.), Espin y Guillen, Estrada, Echevarría, Equizabal, Escosura, Estrella, Eulate, Fabié, Ferrer del Río, Fernandez y Gonzalez, Fernandez Guerra, Fernandez de los Ríos, Fernán Toró, Flores, Figuerola, Figueras (Augusto Suarez de), García Gutiérrez, Gavangos, Galve de Molina (D. Javier), Graells, Gimenez Serrano, Giron, Gomez Marin, Güell y René, Güelvenau, Guerrero, Incensa, Harzenbusch, Irujo, Zapata, Javer, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lezama, Lopez Guizarro, Lorenzana, Lorente, Lafuente, Macanás, Marín, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Masé y Flaquer, Maselo, Montesinos, Molina (Marqués de), Muñoz del Monte, Ochoa, Olavarría, Orga, Ortiz de Pinedo, Ollaga, Palacio, Pasaron y Lastrea, Pascual (D. Agustín), Perez Galdós, Perez Lirio, Pi y Margall, Poir, Reinoso, Retes, Revilla, Rios y Rosas, Rivera, Riquero, Romero Ortiz, Rodriguez y Muñoz, Rodriguez (G.), Rosa y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Añullera, Sagarrinaga, Sanz Perez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmeron, Sanromá, Selgas, Segovia, Serrano Alcazar, Selías, Tamayo, Trueba, Tubino, Ulloa, Valera, Velez de Medrano, Vexa (Ventura de la), Vidart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla.

PRECIO DE SUSCRICION.  
 España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.  
 PRECIO DE LOS ANUNCIOS.  
 España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sencillos líneas.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 26 de Febrero de 1882.

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por esta medio deberá hacerse bajo certificado.  
 Redaccion y Administracion, Jacometrezo, 65.

SUMARIO.

Revista general, por D. Miguel Moys.—Política y literatura, por don E. Gomez Ortiz.—Diderot: La Enciclopedia, por D. Eusebio Asquerino.—La civilización moderna, por D. José Rodríguez Monrelo.—Héctor Florencio Varela, por D. Emilio Castelar.—La leyenda de la Monja, (tradición toledana) por D. Eugenio de Olavarría y Huarte.—Garfield (conclusion) por don José Martí.—Cosas de América, por D. Héctor Florencio Varela.—Perlas y lágrimas.—La conciencia, por D. José Selgas.—La Huerta del Tío Martín, por D. Julian Zugasti.—Anuncios.

REVISTA GENERAL.

El primer párrafo de esta Revista debería ir encerrado en fúnebre orla. Nos habla de una verdadera desgracia nacional. Moreno Nieto ha muerto. ¿Quién no sabrá escribir su semblanza? Imagen ardientísima, torrente de palabras, erudición prodigiosa, luz inextinguible, lamentos y esperanzas, sol que vivifica, sueños de ángel, alma de niño... La duda y la virtud que se confunden en estrecho abrazo; la estúpida de la resignación con la cara de la simpatía; el espíritu de la elocuencia encerrado en un vaso transparente, frágil y quebradizo; una inteligencia que mira al pasado con respeto y con amor al porvenir; una conciencia honrada; un corazón que ha llegado al término del camino de la vida sin que las zarzas de las malas intenciones hayan prendido en él... Modestia que seduce, erudición que asombraba, voz de irresistible elocuencia, Jeremías en el Ateneo... Ese era Moreno Nieto.

Ayer, admirábamos su talento; hoy, lloramos su muerte.

Si á sus investigaciones se ocultó alguna vez la tierra de promisión, á su elocuencia y á su sabiduría estuvieron siempre abiertas de par en par las puertas de la gloria.

Hace muchos años asistimos á una lucha especial, sorda, de todos los momentos y digna por tanto de que cuantos siguen el movimiento de la política extranjera paren en ella su atención y la estudien. La gran monarquía austriaca trabaja por mantener unidos los elementos que la constituyen y estos no perdonan ni ocasión ni medio de manifestar sus deseos de desahucarse del lazo que de antiguo los une. Todo esto sin que se manifieste semejante situación con esas formas exteriores, con esas audacias y esas rebeldías con que todos los pueblos al querer emanciparse han luchado siempre contra el que los absorbía ó dominaba.

Ahora mismo, en la Cámara de los diputados de Austria, al discutirse la ley general de presupuestos, el conde de Taffe ha defendido—discutiendo el eterno problema y contestando á ciertas declaraciones separatistas—que Austria no es alemana ni slava, sino la union, el centro de acción de las diversas nacionalidades, iguales todas en derecho, sin más limitación que la que exigen las necesidades de la vida comun.

Esta idea del Estado austriaco, que ha desarrollado el actual presidente del Consejo, recordando la fórmula de Hegel: «Austria no es una nacion, es un imperio.» tiene su importancia por ser enteramente opuesta á la que ha prevalecido hasta hoy entre los políticos que han gobernado aquel país. Antes todo tendia á la unidad por la germanización; la lengua oficial en el imperio entero, incluso Hungría, era la alemana. La separación de Hungría dió el primer golpe á este sistema.

Hoy ya sólo le defienden los partidarios de una preponderancia absurda.

El discurso de la Corona, leído en la apertura del Parlamento inglés, deja esperar que la legislación inaugurada vá á ser decisiva para la existencia del Gabinete Gladstone. Las reformas interiores constituyen la tarea parlamentaria de este año: reforma de la organización municipal de la ciudad de Londres, extendiendo á toda ella la autoridad del lord Corregidor, que hasta ahora no pasaba de la Cité; reformas de la administración local en Inglaterra y en Escocia; transferencia al presupuesto del Estado de ciertos gastos cubiertos al presente con el producto de impuestos locales; reforma del régimen de las instituciones que convierten á los propietarios del suelo en usufructuarios, sin derecho á disponer de sus tierras á título gratuito ó oneroso.

La cuestion de Irlanda ha tomado una nueva fase. Con motivo de una enmienda al proyecto de contestación al discurso de la Corona, en que se pedía el restablecimiento de la independencia legislativa de Irlanda, M. Gladstone ha pronunciado un discurso, en el que sin reconocer terminantemente el derecho de Irlanda á un Parlamento nacional, manifestó que tal concesión podría depender del acuerdo entre los que la pedían y de la moderación en la demanda. ¡Comprendese con cuánta sorpresa sería oído el discurso de M. Gladstone! Sorpresa de júbilo en los irlandeses, algunos de los cuales felicitaron al primer ministro y le manifestaron su admiración y agradecimiento; sorpresa de inquietud en los conservadores, que se creyeron en el deber de protestar contra la agitación

separatista estimulada por tales declaraciones; sorpresa muda en muchos diputados ministeriales, que en vano ocultaban el rudo golpe que acababa de sufrir su fé.

No nos sorprendería que, á pesar de todo, M. Gladstone atacase resueltamente la empresa que anunció en su discurso. Su carácter distintivo es el valor político, al que no arredran dificultades ni obstáculos, una vez que su ánimo adquiere la convicción de que una idea es generosa y noble. A su clara vista no puede ocultarse que Irlanda está divorciada totalmente de Inglaterra, y que no sirven leyes coercitivas, ni reformas agrarias para que entre ambas islas reine esa armonía de sentimientos indispensables para que dos pueblos permanezcan unidos. Conociéndolo, es propio de su génio buscar la única solución al problema; de fijo no encontrará otra que la independencia local de Irlanda.

De los diputados de la extrema izquierda francesa se ha apoderado verdadera fiebre de iniciativa. Un diputado, M. Barodet, ha pedido que se haga la estadística de la opinion política de Francia por la clasificación de los manifestos electorales; otro, Talandier, quiere que se sepa cuántos comulgan en Francia; ahora Mr. Roche pide la supresión de 41 diócesis, como establecidas fuera del Concordato.

Se trata tambien de redactar una ley encaminada á reprimir el duelo en Francia.

Como allí son tan frecuentes, como están tolerados y forman parte de las costumbres sociales hasta el punto de tratarse sus condiciones en los periódicos como si fuera asunto lícito, con escándalo de todo el mundo, la cuestion ofrece verdadero interés.

Si los duelos no prosperan no será por falta de padrinos.

En el Casino democrático-progresista ha celebrado varias sesiones la Asamblea de la prensa republicana española. Asistieron los directores de los periódicos de Madrid que firmaron la declaración de asociarse para perseguir, unidos, los fines que son comunes á la democracia, y los representantes de la mayor parte de los periódicos de provincias que se han adherido á ello.

Después de algunos debates animadísimos sobre cuestiones de conducta para los partidos democráticos se adoptaron los siguientes acuerdos: «1.º Se declara constituida la Asamblea de representantes de la prensa republicana de España.

2.º Esta Asamblea ratifica los acuerdos de los directores de los periódicos republicanos de Madrid, adoptados en 5 de Enero último.

3.º El sindicato tiene facultades exclusivas para cumplir las declaraciones de la prensa y ejecutar los acuerdos de esta Asamblea, que es permanente, aunque no se halle en continuas funciones, y solo puede acordar y resolver por unanimidad de votos para la modificación de dichos acuerdos del 5 de Enero.

4.º La duración de los cargos de síndico será de un año natural, reuniéndose en 1.º de Enero la asamblea de representantes de los periódicos adheridos para la renovación del sindicato.

Se reunirá además dicha asamblea cuando el sindicato lo estime conveniente, ó cuando once de los representantes de periódicos adheridos lo pidan.

5.º La resolución de la mayoría del sindicato, dentro de las declaraciones de 5 de Enero, es obligatoria para todos los periódicos adheridos.»

Forman el sindicato los señores siguientes:

Bañon, director de *La Prensa Moderna*.—Llano y Persi, representante de *Las Noticias*, de Málaga.—Sanchez Perez, director de *La Vanguardia*.—Chies, director de *El Voto Nacional*.—Araus, director de *El Liberal*.—Solís (D. Andrés), director de *El Progreso*.—García (D. Bernardo), director de *La Discusión*.—Ginard de la Rosa, representante de *El Porvenir*.—Gonzalez Serrano, corresponsal de *El Demócrata*, de Palma.—Sar dá, corresponsal de *La Correspondencia Catalana*.—Rodriguez Solís, corresponsal de *La Voz Montañesa*.—Chamorro, corresponsal de *El Clamor de Castellon*.—Peris Martinez (D. Francisco), corresponsal de *El Mercantil Valenciano*.—Roman, corresponsal de *El Linares*.—Rodriguez, corresponsal de *El Porvenir de Albacete*.

Por aclamación se asoció la Asamblea al pensamiento de erigir un monumento á D. José María Orense.

A juzgar por el espíritu de los discursos que se han pronunciado en esta Asamblea, y por el entusiasmo que anima á todos los representantes de la prensa republicana española, nos prometemos grandes resultados del establecimiento del Sindicato.

El día 13 falleció en París un antiguo y conocido escritor demócrata que residía en Francia desde 1873. Nos referimos á Alberto Araus, corresponsal inteligentísimo que ha sido en esta última época de dos de los periódicos que tienen en España mayor circulación, de *El Imparcial* y de *El Liberal*.

Alberto Araus era republicano federal. Fué uno de los más activos y apasionados propagandistas de su partido. Araus era un espíritu ardentemente revolucionario. Le inspiraba una buena fé inagotable, extraordinaria, admirable. Lo que en otros sería mirado como ambición, en él se califica de entusiasmo delirante por la causa de la democracia. Antes de rendirse Cartagena huyó, marchando al destierro donde ha muerto. Su consecuencia y su dignidad le impedían renegar de un pasado que consideraba glorioso, y confesar un arrepentimiento que jamás sintió. Por eso ha muerto en Francia.

Su pérdida la lloran cuantos le conocían. Al sentimiento de su esposa, de su madre amatísima, de sus hermanos, se une el de todos los demócratas españoles. Todos admiraban en Alberto Araus la honrada perseverancia de su actitud y la inquebrantable firmeza de sus convicciones.

Sabedorá con indudable certidumbre, de que Su Santidad, por razones de altísima prudencia, ha desistido del encargo que dió á los organizadores de la peregrinación española, la junta central ha quedado disuelta. A la voz del Papa, ha dicho la junta al disolverse, se constituyeron con increíble rapidez las juntas organizadoras; y España entera, la España católica y tradicional respondió con aclamación unánime de increíble entusiasmo que *extremeció* á los enemigos de la Iglesia y resonó en toda Europa. A la voz del Papa y solo á su voz, se disuelven ahora las juntas; mas no por eso se apagan ni se extinguen el fervor y el entusiasmo de la España católica y tradicional, dispuesta siempre, si el Papa vuelve á llamarla, á enviarla sus hijos á millares y millares de millares, y á darla sus haciendas, sus vidas y toda su sangre.

La peregrinación ha muerto, pero los hombres de *El Siglo Futuro* han triunfado de los sacristanes quizá en toda la línea. Si les interesasen algo las tribulaciones del Papa llorarían desconsolados que sus propias intemperancias, ó sus torpezas hubiesen hecho naufragar sus piadosas intenciones. Pero como buscaban ruido hubo estrépito; han procurado emplear, mejor que la humildad, la soberbia; más la violencia que la dulzura; más la intolerancia que la caridad.

La disolución de la Junta central es un desaffo á los mestizos.

Equivale á decir:

«Veremos si hay en España más católicos que carlistas.»

Si á nosotros nos lo preguntaran contestaríamos:

«Dispuestos á peregrinar, sólo hay carlistas.»

El lunes por la tarde, al volver del Prado, de Recoletos, del paseo de Atocha, rendida por el cansancio, cubierta de polvo, harta de mirar y de oír, silenciosa y triste, la gente se quejaba de no haber visto el carnaval.

Tenia razón. El carnaval estaba en el teatro de la Comedia. Un carnaval alegre, animado, brillantísimo: un carnaval sin bromas de Miura, y sin rigodones intencionados; un carnaval fantástico, liliptiense, de fantoches.

Para admirarle se había congregado tanto público, que ni en los palcos, ni en las galerías, ni en los pasillos, ni en las butacas, se encontraba un sitio vacío. El salón estaba dispuesto como para los bailes de abonados. La orquesta se colocó delante de la decoración campestre que cierra el escenario. En el centro de la sala formaban un apretado grupo padres y madres de familia locos de... contentos. Alrededor de este grupo paseaban las niñas luciendo preciosos trajes. Parecía una procesion de ángeles vestidos con arreglo á los figurines de todas las épocas.

Habia pierretes, pierrots, majas, héroes de zarzuela, pastoras, Mefistófeles, odaliscas, jockeys, aldeanas francesas, peregrinas, chulas, sicilianas, diplomáticos, toreros y grandes hombres.

Mirar como andaban orgullosos y alegres daba gozo: verlos bailar era un encanto. Distinguían el vals de la polka, y bastó que la orquesta anunciara los primeros compases de la galop final, para que aquellos bailarines de seis años rivalizasen en correr de prisa. La hora de quitar el gas fué la de las lágrimas. Los niños debieron soñar aquella noche como los hombres sueñan.

Las parejas ofrecían caprichosos contrastes. Vimos una dama de tiempo de Luis XIV del brazo de un picador de toros: una monja y un chulo que se tiraban pellizcos: un Napoleón que pedía dulces á un currutaco: un Mefistófeles que jugaba con el rosario de un peregrino.

Un detalle.

Los toreros estaban en mayoría.

¡La carrera del porvenir!

Emilio Reus es uno de los jóvenes de más talento de la nueva generación.

Tiene veintitres años, es doctor en filosofía y letras y en derecho; ha escrito libros de tanto mérito como *La Oratoria*, *La Biológica* y *La teoría orgánica del Estado*; ha pronunciado discursos elocuentísimos en el Ateneo y ha sido uno de los oradores que más se han distinguido por su palabra brillante y por su claro talento político en la última campaña de propaganda democrática.

Emilio Reus es, además de todo esto, autor del drama *Morir dudando*.

Calvo muere en este drama dudando.

El público salió diciendo que Emilio Reus ha de escribir dramas muy notables.

Zola, el famoso novelista francés, ha sido condenado por los tribunales á cambiar de apellido al protagonista de una de sus novelas, porque este apellido y el de un curial que vive en París se parecen mucho.

Los novelistas son, pues, víctimas de una cruzada terrible. Si no se declaran en huelga será milagro.

Alguien ha propuesto que á los personajes, en vez de nombres, se les pongan números.

Con esto sería más fácil contar los asesinatos que hay en algunas novelas; pero decir que el señor 13 era afortunado en amores parece poco estético.

Otros quieren que se prescindiera de los apellidos, porque con los nombres basta.

Esto nos parece peor.

Si á los personajes de una novela se les llama Juan, Antonio, Manuel ó Eduardo á secas, ya no son personajes.

Son incluseros.

—¿Con qué al fin vamos á tener Necrópolis?

—Sí, señor.

—Me alegro en el alma. Los campo-santos me parecen demasiado serios para la época en que vivimos. La Necrópolis ya es otra cosa. Si para ir á ella establecen un servicio de tranvías ya habrá un sitio más donde ir de merienda.

—Yo creo que deben poner tambien restaurant.

—¿Por qué?

—Porque los duelos acaban siempre en una fonda.

El baile del Círculo de la Union Mercantil, fué una fiesta brillante.

Empezó á las once de la noche y concluyó á las ocho de la mañana.

Por eso, contándolo, oímos decir á un socio: «Cuando mi novia salía del baile, salía el sol.»

MIGUEL MOYA.

## POLÍTICA Y LITERATURA.

Memoria leída en el Ateneo de Madrid por el Secretario primero de la seccion de Literatura y Bellas Artes.

No pueden aceptar, con mucho regocijo, los apasionados religiosamente del sublime culto de las letras, que, franqueando con intencion profa-

na las puertas del templo en cuyo sagrado asilo reposan las musas y los génius, libres del mundanal ruido de las controversias y disputas, dejemos penetrar en aquél al perturbador espíritu de la política.

Sin embargo, porque la naturaleza de esta tesis mire como la figura de aquel dios mitológico de dos caras á horizontes opuestos, no mengua, sino que se acrecienta y ensancha el concepto elevado que forméis del arte.

Como la tierra abre su seno á las raíces de todas las plantas, así recoge el artista las impresiones de su patria, sus quebrantos y alegrías, sus mismos ideales y anhelos, y así como de aquella brotan espontáneamente los paisajes, surge de éste la obra literaria.

En el enlace misterioso de las ideas, lo mismo en la vida social, como en los reinos que gobierna naturaleza, rara vez encontramos un hecho aislado sin precedentes ni relaciones, siempre la lógica le preside y su inquebrantable imperio le sostiene.

Por esta ley, ni hallamos en los climas cálidos los paisajes tristes de las zonas polares, ni vemos en éstas la hermosa vegetación de aquellos, ni preferimos la literatura característica de un pueblo á la de otro, ni confundimos los períodos que la elevan al cielo con aquellos otros que la rebajan sobre los vicios de la tierra.

Esta concordancia entre la literatura y el espíritu de los pueblos la expresa la historia en todas sus páginas. La manifiesta en Grecia con Esquilo y Sófocles, haciendo surgir de los combates del amor pátrio, la tragedia, viva expresion de las victorias sobre los persas, de los entusiasmos de la acción guerrera y de las alegrías de la independencia; la muestra en España con Cervantes y Lope, Calderon y Tirso; en Italia con Dante y Petrarca, con Goethe y Schiller en Alemania, y con Shakespeare en Inglaterra, revelando el espíritu religioso y monárquico, el ansia por la unidad nacional, ó la gloria de los laureles conquistados en cien batallas.

Tengo para mí, como un error que la pasión provoca, el sostener la independencia de la literatura de aquellas instituciones que la imprimen sello indeleble, la destacan y singularizan; de igual manera que creo intolerable la negación de las influencias literarias en ciertos hechos, que aquella ha provocado con su entusiasta concurso, para mover y agitar el espíritu de los pueblos.

Dicen los poetas, que las nubes toman las formas de los países que han atravesado, amoldándose sobre los valles ó las montañas, para transmitir al cielo sus impresiones. He aquí la imagen de la literatura aun antes de arribar á la historia su mejor página; la revolucion francesa.

Nuestro siglo, hijo de una revolucion, se ha manifestado en lucha constante por llevar á la práctica los principios é ideales políticos que aquella hizo brotar á través de sus tormentas é impiedades. Así es que en el momento en que todos los pueblos de Europa recogieron las enseñanzas de la libertad, al renacer la literatura bajo los auspicios de esta nueva redención, tanto las letras como la política, combatieron juntas por aquellos principios sembrando en las almas sus mismas aspiraciones y deseos.

De esta comunidad de fines y de los movimientos que ha precisado su consecucion, nacen ciertas influencias mútuas entre la política y la literatura, que ceden ya en beneficio, ya en desdoro de la una ó de la otra.

Y he de hacerlos notar, en prueba de estas relaciones íntimas, aunque ignoro si le aceptaréis tan sólo por coincidencia, el enlace del clasicismo de los siglos XVII y XVIII, con la hospitalidad pródiga que los monarcas le dispensaron, y su decisivo concurso en los sucesos que originaron la revolucion.

A la claridad deslumbradora de la Italia del siglo XIII, despues que Dante, rechazado de su patria, abre el espíritu, á la vida del arte; despues que su génio profético se convierte en legislador del porvenir, anunciando en su epopeya las revoluciones políticas y literarias; despues que la lira de Petrarca vibra candenciosa y triste, cantando en Laura, que es su ideal, la unidad italiana por el término en el amor cristiano, de todas las facciones; cuando más tarde Boccaccio parece enterrar la poesía caballeresca de la Edad Media, suceden la Italia de los siglos XIV y XV.

Desesperanzada y agonizante, no hallando vida ni en la federación ni en la monarquía; contemplando su propio cadáver la del primero; sin ideal político la del segundo, abandonóse á la imitación pobrísima de los autores latinos.

La emigración, el cosmopolitismo y las continuas guerras, condujeron á Francia las semillas de lo que había de ser el clasicismo.

Ronsard, Baiff, Vouquelin, Montaigne y Du Bellay, abandonáronse á las ideas modernas, y bien pronto, como extendidas y dispersas por la mano de una Providencia, flotan sobre la atmósfera é invaden todas las cortes y palacios.

El clasicismo se hallaba más tarde protegido por todos los monarcas. Tenia en España, en Alemania é Inglaterra sus representantes, como en Francia tenia Luis XIV á Boileau, el genuino intérprete del *Código del Parnaso*.

No estaba inútilmente el clasicismo recibiendo el tributo de los reyes como un huésped á quien se tiene afecto desinteresado; no estaba tampoco como los relieves y esculturas de nuestras catedrales góticas, ni como el séquito planetario que

confirma el imperio del sol y su dominio en el Universo; tampoco como la púrpura que abraza los hombros del monarca, siendo símbolo de la magestad y ornato de la institución; estaba, sí, como al lado de Augusto el floreciente árbol de la poesía, cuyos frutos arrojados al pueblo pudieran aprisionar las inteligencias.

Y á la verdad, que el clasicismo parecía corresponder con el gusto de los monarcas; dijérase que sus cualidades hermanaban con aquella frase sintética de la vanidad de Luis XIV y de la inercia de sus pueblos. Era frío como las estatuas griegas, y monótono como la corrección arquitectónica de los monumentos romanos; era dócil y obediente, dejábase reglamentar como el soldado, no aspiraba más que á la imitación de modelos ya conocidos; odiaba como el despotismo la libertad, y semejante á esos ríos que fueren el curso de sus aguas cuando el mar parece abrirles sus brazos para estrecharlos en su inmensidad, huía de las perspectivas peligrosas, y se inclinaba ante el César con la sumisión del esclavo.

Por el contrario, en el momento del siglo XVIII, de esa centuria tan pródiga en géneos como el cielo de luces, época de misteriosas empresas, brillante período de universales germinaciones, el clasicismo se insurrecciona en la obra de Voltaire y en la Enciclopedia, revolviéndose iracundo contra la religión y el trono, sirviendo de vehículo á la filosofía, á la moral y á la política. Es la herencia de Bossuet mezclando sus adulaciones, con aquellas advertencias austeras que hacían temblar á Luis XIV; es la obra temida de Fenelon, deslizándose en el oído del heredero del trono la filosofía del cristianismo: es la suspicacia del Saint Simon, viendo con claridad enojosa los asuntos de Estado; es la continuación de los atrevimientos de Racine; es, en fin, nueva pléyade, sucesora de aquella que condujo más allá del viejo mundo las ideas de independencia y los primeros gérmenes de la libertad.

Aquella publicidad, que en toda Europa hallaron los ecos de Versalles, fué aprovechada por la filosofía política del siglo XVIII; la literatura hizo vehículo de todas las ideas, llegando á Prusia por Federico II; á Rusia por Catalina; á los príncipes alemanes por el ejemplo de los grandes centros de Berlín que estableció la Francia desterrada; á Dinamarca, á Polonia y á España por Aranda y Campomanes, Cabarrús y Jovellanos.

La literatura, acostumbrada á tener un auditorio de reyes, obtuvo un auditorio de pueblos.

La obra de Voltaire, que es la de su siglo, muestra claramente la flexibilidad de aquel clasicismo anticristiano y demagógico. Por esto, se explica el solitario de Ferney, aquel que en su *Ensayo de la poesía épica* había admirado á Shakespeare dándole á conocer en Francia, se revolvió iracundo contra sus propicias alabanzas y entusiasmos, arrojando con desesperación al suelo el ídolo que su adoración levantó. Por esto, cuando en 1776 Letourneur y Ducis, aquél pronunciando la palabra *romántico* y éste arreglando á la escena francesa las obras del génio de Inglaterra, escitaron la indignación volteriana, que nerviosamente escribía epístolas y sátiras á D'Alembert, La Harpe, y Marmontel, para que interpusieran sus armas valiosas en aquella invasión amenazante.

Parecía que el génio de Voltaire comprendía la misión oculta del clasicismo, cuando de tal suerte aborrecía su propia influencia en la literatura reformista, que con entusiasta defensa representaban los admiradores de Shakespeare.

Preciada fué, sin embargo, la indignación volteriana. Sus irritantes frases é injuriosos insultos, públicamente leídos por D'Alembert en la Academia, hirieron el amor propio de los ingleses. Y entonces, á las críticas acerbas del viejo sagitario de Ferney, contestan las apoteosis brillantes de lady Montague, y los elocuentes discursos de Baretti. El calor y el tumulto de aquella disputa, llamaron la atención de Alemania cuya literatura defendía con apasionamiento el génio del Esquilo de Inglaterra, y de esta suerte Shakespeare rescuía para no ser jamás olvidado.

Una prueba evidente, revelaba que ya, de antiguo, la literatura traía una misión extraordinaria que cumplir. Me refiero al *Matrimonio de Figaro* y á la *Coronación de Voltaire*.

Ambos sucesos precipitaron la revolución; fueron el rayo de aquella tormenta.

Beaumarchais, personificando en los caracteres de su obra las ideas y todo el espíritu del siglo; deslizándose, como hirviente plomo, en el oído del público, reveladoras frases; sembrando en el surco de la filosofía reinante la pólvora de las pasiones; dejando su obra á merced de un invisible destino, que había de conducirla á los salones de Trianon para que allí María Antonieta y el futuro Carlos X la interpretaran ante la nobleza, aplaudiendo al verdugo que les hería, no hizo sino lanzar la primera piedra, levantar las alas á la altura del destino próximo, y abrir con mano de gigante las preñadas nubes que oscurecían la limpidez del cielo y amenazaban horrorosa tormenta.

El otro suceso laureaba la frente venerable de Voltaire. La muchedumbre, ansiosa y palpitante, adoraba al ídolo en su templo. Parecía que había comprendido la obra del génio; que entendía las alusiones perpétuas de la literatura volteriana contra la tiranía, escondidas en el drama, en la novela y en toda la poesía ligera, y deseaba despedir con gloria al inspirador de sus anhelos y combates.

Conducido por el trabajo de una centuria, sufriendo en el penoso tránsito los embates de la persecución, preséntase á nuestro exámen el premio y difícil fruto del siglo XVIII. En él se han aglomerado todos los materiales y formas del pensamiento humano, mostrándose á nuestra vista como la imágen grandiosa de esas pirámides, que posando en el suelo, sobre los vicios de la tierra sus cimientos, parecen tener fija en el cielo su mirada.

Y en este instante de renovacion, desgájanse las ramas secas para dar paso á otra sávia más fecunda, desaparecen hombres é instituciones, y sustituyendo á la ancianidad la juventud, aparece el advenimiento de la democracia.

Hecho evidéntísimo, motivado por la lógica que á la historia preside, parecía que cuando la nobleza francesa, cuya fé al trono fué su única religión, huyó de su patria, abandonando en manos de la Asamblea todos sus títulos, se desterraran con sus hábitos aquellas inclinaciones por la literatura griega y romana. Mas no fué así. La guillotina, que puso en precipitada fuga á los elegantes marqueses, las duquesas lascivas y los abates frívolos, no tuvo poder con los dioses del Olimpo. Ceres y Juno quedaron en el suelo de Francia.

Aun cuando la literatura pugnaba por desasirse de sus antiguos modelos, para alcanzar al contacto de la libertad formas más expresivas y populares; á pesar de intentar su desarrollo mostrando aquellas ideas que inspiraban la revolución; el espíritu literario retardaba su reforma y seguía oculto en el clasicismo tradicional.

Era éste indudablemente el instrumento universal de la revolución. Así como antes había hecho las delicias de los cortesanos, ahora emocionaba al pueblo entusiasta; recogía sus ansias y las conducía á la tribuna; se hacía intérprete de sus deseos y repetía el eco de los gritos populares.

Bien se manifestaba la influencia del oculto trabajo del clasicismo del siglo XVIII. Todos los episodios de mayor fanatismo, los incidentes más atrevidos y los entusiasmos más frenéticos del sangriento drama revolucionario, fueron inspirados en el clasicismo.

Grecia y Roma renacen poderosamente con sus recuerdos de austeridad republicana, sus caracteres íntegros é intachables virtudes. Las admiraciones por Esparta y Atenas, de muy antiguo impuestas y acogidas por el corazón de la juventud, aparecieron en aquella explosión. Cada uno de aquellos hombres generosos, que como actores asistieron á la renovación social, llevaba impresa en su espíritu la indeleble imágen de una figura histórica de Roma ó Grecia, á quien imitaba cuidadosamente con todos sus actos y ambiciones. El uno, recibe en su alma el ideal de un Gracco, teniendo su valor en el corazón y su acento en la voz. Otro, como Desmoulin, representa á Aristófanes revelando en sus sarcasmos las pasiones del pueblo. Quién recorría afanosos esa hermosa galería de Plutarco, y ante las personificaciones de su historia elige el carácter de Bruto ó la integridad de Catón. Aquél pretendía ser la venganza, éste la austeridad.

Si estudiáramos detenidamente este período en que el entusiasmo llega á las cumbres del martirio; la inspiración y la elocuencia, al desbordamiento; el ansia, el frenesí y el sueño, al delirio; si examináramos aquella prensa periódica nacida para el combate, llena de espíritu ateniense, de imágenes arrancadas á la fiebre de la libertad; si escucháramos las voces y ruidos del club y del motín, en el que siempre Doumouriez hacia de Catilina; si viéramos los gestos y las actitudes de aquellos gigantes creados en el aire borrascoso de la época, seguramente se transportaría nuestra ilusión á aquellas luchas de las democracias antiguas.

Ni un solo momento se olvidaban de sus papeles: en el seno tranquilo del hogar, como en la plaza pública; lo mismo en el amor como en el odio los representaban. Para ellos, era la guillotina, la Roca Tarpeya; el Aventino, la plaza de la Bastilla; el *Foro*, el periodismo, y en esta progresión recordaban todas las cunas y lugares de la libertad romana.

Así considerado el hecho de la revolución francesa, más bien parece la obra de la imaginación y de la fantasía que el resultado de un pensamiento político ó filosófico. Dijérase que era la representación de un drama romántico, concebido con la grandeza de Eschillo é interpretado por los héroes de Homero en un escenario de Atenas.

Por esto la poesía, que es el lenguaje misterioso del sentimiento público, expresado por las inspiraciones del génio, no podía menos de manifestarse conforme con las nuevas ideas y recibir los impulsos de la lucha que en todas partes se multiplicaba.

No tan sólo la poesía, todos los géneros literarios quedaron sometidos desde esta época á la colaboración del progreso de los pueblos.

Desde entonces, las musas, abandonando la tranquilidad olímpica, bajan á la tierra armadas de lanza y escudo, toman parte en todos los combates y cantan, como vencedoras ó vencidas, el himno de las victorias ó el dolor de los desastres.

Desde entonces, el poeta y el literato han dado al verso y á la prosa la fuerza civilizadora del porvenir, el génio ha dejado las alas de su fantasía en el espacio para hacer uso de los pies en la tierra; el arte se ha hecho útil y verdadero, como cuando Hesiodo enseñaba la agricultura, Orfeo el horror al crimen y Museo la medicina y los oráculos.

Los libros y los folletos, el periodismo y la oratoria, ofrecían siempre multitud de alusiones y recuerdos clásicos.

Andrés Chenier, espectador y víctima de los sucesos, verdadero Tirteo de la revolución, mostraba en el ritmo de sus versos su indignación contra los tiranos, proclamando todas las libertades, y su imaginación griega evocaba todas las excelencias del arte antiguo. Al mismo tiempo, su hermano llevaba la cólera política y la vehemencia de su apasionado corazón á la escena y entusiasmaba con las expresiones ardientes de sus personajes trágicos. Imitador de Voltaire en la forma regular y pomposa de los clásicos, sus tragedias ocultaban la frialdad con las incesantes alusiones á la libertad y al despotismo.

Pero el gusto fútil y efímero por el clasicismo no podía ser de manera alguna permanente; si él influyó en la revolución hasta perjudicarla, era muy distinto el espíritu que ésta exigía y provocaba en las letras.

Por esto en el período de la revolución las corrientes de la literatura son diversas. Una que se lanza con afectación hacia la antigüedad; otra, que busca afanosamente lo desconocido.

De la misma manera que suceden al incendio la ruina, la confusión al combate, y la desesperación al dolor prolongado, sucedieron á la revolución francesa la desilusión y el escepticismo. La Francia había presenciado la realización de un hecho que encerraba ideas superiores á los hombres que las dieron vida, haciéndolas navegar en sangre; veía, como los paganos de la antigüedad, cuando sus templos fueron por los cristianos destruidos, rotos y despedazados los ídolos, en el fango la enseña revolucionaria, y la libertad inclinada sobre el tajo de la guillotina.

Los hombres de la revolución, estaban, dice Lamartine, como en el día que sigue á una victoria y en la víspera de otro combate. Hé aquí el desaliento. El pueblo asistía á la representación de *El Barbero de Sevilla*. Una emoción intensa se apoderaba del público, y se extendía como la ola por todos los ámbitos del teatro francés. Cuando Figaro exclamaba con el desprecio del estético, «¡Divertámonos! ¡Quién sabe qué será el mañana para nosotros!» todos los corazones palpitaban con ansia y miedo. Se acababa de pronunciar la palabra de la situación.

Lo que parecía término no era sino punto de partida. Había necesidad de comenzar la edificación sobre bases más sólidas, y la propaganda de las doctrinas tenía precisión de todos los hombres y de todos los vehículos. La política encontró un génio, el militarismo un héroe, la filosofía y la literatura hallaron en el hombre de guerra, déspota en Francia y revolucionario en el suelo extranjero, el aventador de todas las semillas y el propagandista de todas las ideas.

Un movimiento, imperceptible y suave como el de las brisas que siguen á la borrasca, anunciando la aurora, y profetizando el nacimiento del sol; comenzaba agitando en el fondo de los corazones la esperanza y revivía y acariciaba el estímulo de la vida social. Una nueva generación, que nació en la desgracia, y se educaba en el ejemplo de experiencias tristes y dolorosas, daba á luz los primeros frutos de sus enseñanzas.

En aquella capital de la emigración donde se agolparon la nobleza, y el clero francés buscando el parricidio, en el auxilio del extranjero y en los armas del enemigo de la patria; no solo en Coblenza, sino en las principales poblaciones de Alemania é Inglaterra; sembradas, por las persecuciones de la política, de proscritos y desterrados, se formaba un espíritu transigente y conciliador con el creado por la revolución francesa.

Aquella generación, en su mayoría, hija de la antigua nobleza, dedicábase afanosamente al logro de una nueva luz para su patria desgraciada. Veían de un lado las consecuencias de un régimen político, modelado á imágen de la Iglesia, pero enemigo de las sagradas enseñanzas del cristianismo, y observaban la imposibilidad de continuarle sin el detrimento de la dignidad humana; veían, de otro lado, los destrozos de la tempestad, los despojos sangrientos de la patria, y observaban el remedio de resucitarla; veían la insuficiencia de las formas literarias que precipitaron el desenlace del siglo XVIII; y considerándolas desprovistas de ideal é inservibles para que el sentimiento pátrio se apoderase de las influencias benéficas de la literatura, estudiaban el medio de dar mayores vuelos á la fantasía, más profundidad á los pensamientos, y más íntima conformidad á las aspiraciones de la poesía con el ideal de las sociedades modernas.

Cual si un rumor misterioso se hubiera repartido en la atmósfera, todas las almas le reciben, le conducen y le retienen como un tesoro arrancado á los cielos. Por esto, los hombres y los tronos, las naciones y los pueblos se sienten, aun resistiendo al impulso de la revolución, conducidos ciegamente á un nuevo credo.

Las primeras luces de la aurora derramólas pródigamente un discípulo apasionado de Rousseau, el seductor de las almas soñadoras y de los corazones atormentados. Mad. Stael, ese génio en quien, como Lamartine dice, la naturaleza, la educación y la fortuna hicieron posible la triple ilusión de una mujer, de un filósofo y de un héroe, llevaba en su alma apasionada la revolución como principio y la filosofía del siglo XVIII como el cenáculo de sus inspiraciones. Mad. Stael transigía

con la revolución y ansiaba su triunfo: comprendía, sin embargo, que había necesidad, así en política como en literatura, de una unidad que coordinara todos los elementos dispersos. Y esta unidad, que la política buscaba afanosamente en las instituciones, encontróla su genio para la política en su obra de *La literatura y las instituciones sociales*.

La empresa de Mad. Stael se halla dentro de nuestro tema: proponíase su alma varonil poner en buen camino los efectos literarios y políticos de la revolución, las audacias y las ingenuidades cometidas por el frenesí de las pasiones y la vanidad humana; despojar la literatura de las sutilezas que trajo la corrupción de las costumbres cortesanas, repulsivas á la naturaleza del hombre; destruir el espíritu burlesco y satírico, desarrollado por el régimen antiguo, é indicar el derrotero del porvenir al genio mostrándole las contrariedades y peligros.

Mad. Stael hace la distinción exactísima de las literaturas que viven bajo el imperio ó influencia de las distintas formas de gobierno. Para su genio entusiasta, la libertad política trae á la literatura nuevos géneros, bellezas más enérgicas, independencia y estilo vigoroso y fantástico.

Pero apenas se hizo sentir el mágico poder de los espíritus, los efectos del 18 Brumario, comienzan:

Napoleon favoreció, en un principio, hipócritamente, el desarrollo de aquella literatura nacida entre las desgracias del destierro.

Conveníale abrir las puertas de su Imperio á todos los elementos conservadores. Y Francia, que al término de los desastres revolucionarios había dirigido su anhelosa mirada hácia el pasado, se precipita nuevamente en el fanatismo de los altares y levanta las imágenes destruidas.

El excecicismo que aquellas produjeron tornase en melancólicos y cristianos lamentos; la iglesia y el templo, como si salieran de un temporal eclipse, reaparecen. Las costumbres del siglo XVII renacen con carnavalesca y cómica imitación; acuden los proscripios; la contra-revolucion se engullece; aquellos filósofos, herederos del siglo XVIII, lo mismo los recalitrantes volterianos que los entusiastas demócratas, caen de rodillas ante la reacción, y fulminan sus rayos contra la república y la incredulidad.

Napoleon, buscando sin duda, en el dominio de este espíritu la legitimidad ó la simpatía de su política, le persigue para lograrle, le favorece y estimula, como si su decidido empeño fuera mostrar á los pueblos el camino de la restauración borbónica. Por esto *El Genio del Cristianismo*, que aparece en el momento de firmar el Concordato con la Santa Sede, llena de satisfacción sus deseos y colma sus esperanzas de déspota.

Chateaubriand y Fontanes, en premio de sus sumisiones, reciben el privilegio del *Mercurio*, nada más que para sostener la literatura de Real Orden.

Apenas, en breve espacio, se muestran las letras y elementos distintos quieren penetrar en el combate, despues que Bonald, en su *Legislacion Primitiva*, pretende exponer una doctrina crítica que fuera el credo de las nuevas aspiraciones, y Lecretelle, Souard y Palisot ilustran diferentes materias; cuando Michaud y Delille, educados en la vida de la poesía, elevan sus sentimientos realistas avivados con el destierro y las influencias de la crítica de Mad. Stael, se traducen desde el campo de las letras á la libertad, suceden dias de luto, se renuevan las persecuciones y los destierros para los escritores y la confiscación para las tortunas.

Chateaubriand es desterrado y despreciado; Mad. Stael lleva lejos de su patria el entusiasmo y consuela su deportación con el estudio de los brillantes genios de Weimar. Constant, Delille, Ducis y Lemercier, tambien errantes y fugitivos, pagan sus inocentes audacias para convertirse en la sombra de la gloria bonapartista y en remordimiento eterno del Imperio.

La libertad es guillotizada en Francia por el militarismo y el pensamiento humano se deja pisar por el caballo del emperador. Las apostasias literarias comienzan; la pension, el precio afrentoso que convierte la literatura en subasta y la pluma en mercancía, hace sus adhesiones. José Chenier, que hizo de la escena tribuna democrática, rasga las páginas de su *Cayo Gracco* y mata el efecto de su *Carlos IX* para dedicar al nuevo César sus encomios en *Ciro*. Lebrun, el Píndaro de la revolución, que con entusiastas cantos celebró la naciente aurora, dobléga su genio al yugo como el criminal á las dádivas, y dedica al Emperador *El Nuevo Alejandro*, bajo el afrentoso precio de su deshonra.

Francia ha encontrado un hombre que se arroga el derecho de pensar por todos sus súbditos. La literatura marcha como la política, uncida al carro del conquistador. Aquella y ésta vivaquean en los campamentos acompañando al soldado; penetran como él en los cuarteles; caminan al lado de las músicas militares, saludan á los jefes, guardan compostura con el silencio, se atemorizan ante la elocuencia de los cañones; celebran las victorias y disimulan, en fin, con falsa alegría los desastres.

La mano de bronce pesa sobre todas las cosas y personas. Como dice Víctor-Hugo, el hombre que medita, conspira. Thales hubiera sido fusilado por Bonaparte.

Mas no por esto ha de creerse que Napoleon re-

nunciaba á las letras. Muy al contrario; las amaba y queria tanto como Luis XIV. Lo que no soportaba su genio imperial eran las insurrecciones atrevidas de Mad. Stael, cuando escribia, en su obra *La literatura entre los antiguos y entre los contemporáneos*, que la influencia de las letras en la independencia de los espíritus es tan bienhechora y fructífera como la de las instituciones liberales en el progreso de las letras. Estos atrevimientos inauditos eran atentatorios al dominio tranquilo y sosegado del déspota.

Por el contrario, llenábase de regocijo el alma del coloso y aplaudia con todo entusiasmo cuando escuchaba la adulación literaria que, sin voluntad de Chateaubriand, le ofrecian aquellas frases oportunísimas del *Genio del Cristianismo*: «De todas las religiones que han existido, la cristiana es la más poética, humana y favorable á la libertad, á las artes y á las letras.» ¡Cómo no gustar de este hermoso período!... Dias antes que fuera impreso, Napoleon se habia hecho ungrir en el templo como un enviado de Dios. Dias despues firmaba aquel Concordato que tan religiosamente guardó. Mucho más tarde, Bonaparte decia á sus soldados en Egipto: «Tambien nosotros somos musulmanes. Los pueblos entre quienes vamos á vivir son mahometanos; el primer artículo de fé ha de ser éste: No hay más Dios que Dios y Mahoma es su profeta; no les contrariéis, tratadlos galantemente, como hemos tratado á los judíos y á los italianos.»

Fuera de esto, el imperio tenia una literatura oficial en el clasicismo.

En 1812, al visitar la nueva generacion que bajo sus auspicios se formó en la Escuela Normal, Napoleon sube á la tribuna, y como hubiera podido hacerlo delante de sus ejércitos, arenga á la venidera juventud en estos términos: «Ante todo, es preciso daros el régimen de las buenas y fortificantes lecturas. Corneille y Bossuet son dos maestros necesarios. Hé aquí lo grande, lo sublime, y al mismo tiempo lo regular, agradable y subbordinado. ¡Ah! Aquellos no provocan revoluciones ni las inspiran. Por el contrario, estimulan á la obediencia en el órden establecido por el tiempo. ¡Qué hermosa obra es *Cinna*! De qué manera tan admirable está pensada! Con qué evidencia se prueba que Octavio, á pesar de las manchas sangrientas del Triunvirato, es necesario al imperio y el imperio á Roma! La vez primera que oí el lenguaje de aquella obra me sentí iluminado y percibí claramente para la política y la poesía, horizontes nunca imaginados, pero que son mi eterno sueño. El cardenal Richelieu se quejaba de Corneille, no creyéndole espíritu consecuente y dócil. Esto era, sin embargo, comprensible. Richelieu, agradable y modesto en su vida ordinaria, no podía reconocer la soberanía del genio, sino que éste trabajara bajo la inspiración del interés del primer ministro. Sin embargo, Corneille me ha comprendido á mí!» (1)

Pero Napoleon no entendia que el clasicismo francés se revolvia en contra suya, como lo hizo contra Luis XIV. La falsedad de su juicio respecto de Corneille, mostraba con claridad la inquietud moral de sus palabras. De otra suerte, hubiera formado una opinion distinta de aquel trágico; hubiera leído en las páginas de *Cinna*, las frases del republicano, que se destacaban por encima de todas las argucias del cortesano clasicismo.

Así se heria el emperador con sus propias armas. El destierro de Mad. Stael en 1803 fué el triunfo de su genio. Su espíritu, respirando una atmósfera desconocida en tierra extraña; ignorando las costumbres y la lengua de Alemania, se nutria en la corte de Weimar, aprendiendo de Goethe, Schiller y Wieland las lecciones de una literatura en cuyo fondo aleteaba el alma de la libertad. Resumiendo sus estudios de observación, Mad. Stael publica su grande obra *La Alemania*, con la que atrae la atención hácia una poesía nueva y desconocida.

El interés de la sociedad, los sentimientos liberales del espíritu y las pasiones contemporáneas se encuentran incesantemente en las páginas de aquella obra que tanto poder ha ejercido en todas las letras.

Este libro hermoso, que no parecia tratar en apariencia de otra cosa que del genio poético, de la filosofía soñadora y trascendente, inofensiva é inútil, ocultaba sin embargo, ideas generosas. Brillaba en sus páginas el entusiasmo por la independencia literaria, pero su ardor espiritualista, sus apoteosis del deber, eran, en realidad, protestas enérgicas contra el sistema de Gobierno que dominaba á Francia. Respiraban sus conceptos el ódio á interés personal y el amor al sacrificio, pero sus irónicas expresiones, sus indirectas sutiles, descubrian la proscripción de los sentimientos y el despotismo reglamentado, á que las voluntades de la patria se hallaban sujetas.

Así nacia, con poder formidable la literatura, abriendo ancho camino á un nuevo espíritu; renovando y depurando la viciada atmósfera é impulsando la injusticia de la servidumbre hacia su ruina. El poder de los escritores se insurreccionaba iracundo contra quien le queria someter á su triunfal dominio.

¡Lección severa para los hombres públicos! ¡Prueba evidente, de que la violencia es inútil, é inservible máquina cuando al pensamiento se encamina!

Es por este tiempo, cuando Lemercier aparece con sus dramas clásicos. Nacido despues que Buffon y Rousseau, contemporáneo de Chenier, de Bernardino de Saint-Pierre, de Chateaubriand, Nodier y Senancour, no pudo comprender la grandeza del movimiento literario que yá, ante sus ojos, se mostraba. Secreto partidario de la vieja escuela poética y más sabio que los novadores y literatos de su tiempo, no tuvo voluntad para seguirles. Y no obstante, su corazón realista, su enemistad contra el imperio, veían, como Delille, en Bonaparte, al jefe de la demagogia, encubierto con los lauros de las batallas, y dirigía sátiras terribles, envenenados dardos que los personajes de sus obras dramáticas apuntaban al pecho del protector del clasicismo.

Mientras que el despotismo vencía en los campos de batalla, todos los espíritus dirigian sus admiraciones al pasado, á las costumbres feudales y á las viejas creencias. No otra cosa provocaba el imperio con sus actos de fuerza, que la vuelta de los Borbones y por esto la literatura conspiraba para lograrla.

El destino del genio, muchas veces ignorado por el hombre que le guarda en su pecho, es por una providencia invisible conducido á donde jamás su inteligencia concibió, ni su voluntad quiso. Como Mirabeau, pretendiendo detener la marcha vertiginosa de su propia obra, fué arrollado á los confines del abismo, aun á pesar de su vigorosa elocuencia y de su alma de hierro, así Bonaparte es arrastrado por la fiebre de su batallador espíritu á donde seguramente no hubiera adivinado.

El imperio, que así oprimió las ideas sujetándolas á disciplina estrecha: que llevó la guerra á los más escondidos senos de la tierra, produjo admirables efectos en el espíritu de la Europa.

Como el brillante, que sometido á los rayos del sol aquilata sus preciosas luces, las ideas y las almas despiertan y se elevan al progreso en las grandes luchas, brotando, como de las tormentas celestes, el poderoso rayo. Y si es cierto que en el momento mismo de una catástrofe se escuchan sólo los gritos de las víctimas, no lo es ménos que de ellas nacen todas las redenciones.

Las obras grandes tienen partos difíciles. La Ley de Dios fermenta en el fuego del Sinaí, de igual manera que el siglo XIX se modela en el yunque de la revolución. En este órden, las nuevas ideas tienen siempre sus nuncios y propagandistas en la guerra, que es la trompeta de bronce, el heraldo de las renovaciones sociales.

Por esto, Napoleon, conduciendo las armas francesas á los ámbitos de Europa, provocando todas las luchas, despertando el sueño de los pueblos, coadyuva insensiblemente al nacimiento de los héroes; es la ocasion de páginas gloriosas, de sublimes cantos y de aspiraciones sublimes.

Napoleon, que necesitaba ser déspota en Francia, para ser fuera de ella revolucionario, al pisar con sus numerosas legiones el amor propio de los pueblos, dejaba todas las semillas de la revolución.

La atención que en Europa despierta la audacia del conquistador; la general alarma de los soberanos; la confusión y mezcla de los pueblos que bajo una misma bandera combaten; el espíritu reaccionario que acude á la Edad Media como á una esperanza y á un consuelo de las pasadas desventuras buscando la poesía en los manantiales de lo caballeresco, elementos son que contribuyen rápidamente á un renacimiento esplendoroso y pródigo, no tan solo para las letras y ciencias, sino para las constituciones políticas de los pueblos.

Alemania, el país del pensamiento, hogar de la meditación y de la paciencia filosófica, ponía sus espíritus al nivel de la conspiración universal de Europa.

Federico II habia conquistado con su incredulidad volteriana todos sus pueblos para el espíritu francés. Así que la revolución encontraba ecos sonoros entre los hijos de la Germania. La poesía, que es el espíritu profético de los sucesos, habia con anticipación presentado las esperanzas apasionadas de los pueblos, y la historia, el teatro y la ciencia se habian pasado al lado del porvenir.

Aun antes del siglo XVIII, en el XVII, literatura y política marchaban por las influencias de la corte de Versailles, unidas en igual ó parecido vínculo que el observado en el reinado de Luis XIV. Por esto no puede sernos extraña la existencia de la literatura clásica representada y reproducida de Francia por Goethe, y Wieland, el imitador de las burlas de Voltaire.

Pero un espíritu contrario se desarrolla, favorecido por el constante anhelo que sienten los pueblos, á referir sus inspiraciones á la unidad nacional, y en el instante vemos asomar la noble frente del gran Lessing, alma ardiente y apasionada, luchador infatigable por la independencia de un nuevo gusto literario, que enemigo de Voltaire y de las tendencias clásicas, oponiendo las obras de Shakespeare á las de Corneille y la libertad de las letras á la sumisión sistemática, funda el sagrado tesoro del teatro alemán é inaugura patrióticamente el odio secular que Alemania profesa á la Francia.

E. GOMEZ ORTIZ.

(Continuará.)

(1) Villemain. Una visita á la Escuela Normal en 1812.

## DIDEROT: «LA ENCICLOPEDIA».

Diderot nació en Langres, en el mes de Octubre de 1713, un año antes que Rousseau. Su familia, como la de Rousseau, pertenecía á la clase industrial y dedicada al comercio. Hizo, como Voltaire, sus estudios con los jesuitas, y los dos filósofos, en la edad de la razón, fueron acérrimos adversarios de sus primeros maestros.

Diderot pensó ser juriconsulto, y estudió las leyes; pero sentía una aversión indecible á ocuparse de los negocios de otro; dijo que la medicina no era de su agrado, porque él no quería matar á nadie, y se entregó con todo el ardor de su naturaleza al estudio de las lenguas y de las matemáticas.

Su padre le retiró la pensión que le había señalado, para obligarle á ejercer una profesión, ó hacerle volver al seno de su familia. Diderot amaba mucho á su padre, pero amaba también la independencia; y la necesidad de crearse recursos le obligó á escribir sermones que le pedían algunos misioneros, y pasó diez años de una vida laboriosa, de placer, de dolor y de privaciones.

Aumentó su miseria el matrimonio que contrajo en 1744 con una pobre obrera, la señorita Champion, y tradujo del inglés, para un librero, muchas obras, una Historia de la Grecia, un Diccionario de Medicina, el Ensayo sobre el mérito y la virtud, de Shaftesbury; publicó un opúsculo original con el título de *Pensamientos filosóficos*, lleno de ideas nuevas, profundas y atrevidas, que fué condenado al fuego por el Parlamento, y en la misma época dió á luz algunas obras licenciosas, que estaban entonces á la moda, como las *Joyas indiscretas* y la *Religiosa*.

La carta sobre los ciegos, fundada en las observaciones que hizo sobre estos desgraciados, suministró un pretexto al ministro Argenson para conducirlo preso á la fortaleza de Vincennes.

Diderot había aludido en esta obra á una poderosa dama, Dupré d' Saint-Maure, amiga del ministro, y mientras aquél permanecía encerrado tres meses, la policía se esforzó en vano en arrancar á su esposa cierto cuento, *El pájaro blanco*, que él había leído á sus amigos, y que contenía alusiones muy marcadas y rasgos vehementes é ingeniosos contra personas influyentes de la época.

Diderot era el amigo más íntimo de Rousseau, que al ir á visitar al primero en su prisión, concibió el proyecto de tratar la cuestión propuesta por la Academia de Dijon: *¿El restablecimiento de las ciencias y de las artes ha contribuido á depurar las costumbres?* Diderot inspiró á su amigo algunos pensamientos, que éste desarrolló en aquel libro y en el *Discurso sobre la desigualdad*. Y estos dos filósofos rompieron los lazos de amistad tan estrecha, porque, al parecer, Diderot cometió el error de querer dirigir á su gusto á Rousseau, mezclándose, con buena intención sin duda y con notable generosidad, en los negocios interiores y tristes de la vida de Rousseau, queriendo persuadirle á que aceptara una pensión de Luis XV, tratando además de hacerle aborrecible su permanencia en el campo, imponiéndole la ley de acompañar á Ginebra á la señora de Epinay.

No tuvo en cuenta el carácter sombrío y suspicaz de Rousseau, que en su *Carta sobre los espectáculos* creyó deber instruir al público de su ruptura con su antiguo amigo, aplicándole epítetos injuriosos é injustos para hacer esta ruptura irreparable, y en las *Confesiones*, rindiendo un brillante homenaje al genio de Diderot, pintó con negros colores la conducta de su amigo, y Diderot se vengó bárbaramente, ultrajando la memoria de Rousseau en su *Ensayo sobre los reinados de Claudio y de Nerón*, publicado un año después de la muerte de aquel desgraciado y grande hombre.

La *Enciclopedia* fué la obra extraordinaria, el monumento inmortal de Diderot. La *Enciclopedia* inglesa, publicada en Dublin, desde 1728, por Chambers, sugirió á Diderot la idea de construir, de concierto con D'Alembert y con la colaboración de los escritores más ilustres y más competentes, un monumento original que resumiera y vulgarizara todos los conocimientos que abrazaba la inteligencia humana del siglo XVIII, y que definiera al mismo tiempo el espíritu de reforma, de justicia y de humanidad de que estaban animados los talentos superiores de este siglo, y que fuera una obra de propaganda y de progreso.

Diderot consagró más de veinte años, noche y día, sin reposo, con su inmensa actividad, con su valor inquebrantable á este trabajo monumental, y la *Enciclopedia* que labró la fortuna de muchos libreros, no constituyó la de Diderot, porque era al mismo tiempo muy generoso y muy disipador. Compraba libros, cuadros, piedras grabadas, miniaturas, que regalaba al día siguiente de haberlas comprado. Además, sus relaciones íntimas con la señora de Puisieux, que poseía gran talento y mucha instrucción, pero que carecía de delicadeza y de fortuna, aumentaron sus gastos, y se vió obligado á vender su biblioteca cuando quiso casar á su hija.

La emperatriz Catalina, informada de este proyecto, compró la biblioteca por el precio de quince mil libras, pero con la condición de que Diderot la guardara durante su vida, y le dió una pensión de mil francos para ser su bibliotecario.

La *Enciclopedia*, combatida, denunciada por los devotos, teólogos, jesuitas y jansenistas, fué

suspendida varias veces por las sentencias del Parlamento y del consejo.

Malesherbes, que era director general de la imprenta, y el ministro Argenson, favorecieron á Diderot, y continuó la publicación; pero D'Alembert y el librero Bretin suprimían y alteraban los artículos más atrevidos, y el primero se separó de la colaboración de la *Enciclopedia*, porque le abandonó el valor para sostener una lucha tan desigual, y Diderot quedó sólo, abrumado por un inmenso trabajo; pero felizmente no le desalentaba ninguna dificultad.

Diderot partió á San Petersburgo para dar gracias personalmente á la emperatriz Catalina, que le dió las muestras más distinguidas de su benevolencia. El no temía combatir en su presencia con ardor vehemente á los Gobiernos despóticos; Catalina le escuchó un día con gran atención y le dijo: «Yo no he oído nunca nada que me haya causado tanto placer: ¿pero os atreveríais á decir todo esto en París?—No, señora; respondió el filósofo; yo me he encontrado el alma de un hombre libre en un país que se llama de los esclavos, y el alma de un esclavo, en el país que se llama de los hombres libres.»

Otro día la disputa se animó en extremo, y dijo Catalina: «Estamos demasiado exaltados para tener razón. Vos poseéis una imaginación muy viva, lo es también la mía, y no sabríamos lo que diríamos.—Con esta diferencia, respondió Diderot, que vos podéis decir lo que os parezca sin inconveniente, y que yo podría faltar.—Eso no, replicó la Emperatriz. ¿Acaso hay alguna diferencia entre hombres?—Le dijo en otra ocasión: Os veo algunas veces de edad de cien años, y con frecuencia os veo niño de doce años.»

Catalina le apreciaba, y quiso retenerle á su lado, le hizo ofertas brillantes, que Diderot rehusó, y regresó á París, porque el clima de Rusia había alterado su salud. Compuso todavía algunas obras, *Jacobo el fatalista*, y un *Ensayo sobre los reinados de Claudio y de Nerón*.

Atacado de un violento vómito de sangre, próximo á morir, la incredulidad del filósofo desolaba á su mujer, pero amaba mejor morir que obligarle á hacer una sola acción que ella pudiera mirar como un sacrilegio. El cura de San Sulpicio fué á verle apenas supo que estaba enfermo. La señora de Vandell, hija de Diderot, que ha referido muchos detalles de la vida de su padre, dice: «Un día que estaban de acuerdo sobre muchos puntos de moral relativos á la humanidad y á las buenas obras, el cura se atrevió á hacerle entender que si él imprimía estas máximas, y una pequeña retractación de sus obras, esto causaría un bello efecto en el mundo.—Yo lo creo, señor cura: pero convenid que yo diría una impudente mentira.»

Aunque Diderot rehusó retractar sus opiniones y confesarse, sus funerales se verificaron en la iglesia de San Roque.

La vivacidad de su espíritu y la bondad de su alma, dice Marmontel, hacían la conversacion de Diderot interesante y patética. Quien solo le ha conocido en sus escritos, no le ha conocido. Cuando al hablar él se animaba, dejaba correr como de una fuente la abundancia de sus pensamientos, y si se entregaba á la impulsión del momento, entonces era fascinador.

Este hombre, uno de los más esclarecidos de su siglo, era, sin embargo, uno de los más amables, y todo lo que le conmovía por la bondad moral, por la elocuencia del sentimiento, tenía en él un encanto particular.

Toda su alma se reflejaba en sus ojos, se rebelaba en sus labios; nunca una fisonomía ha pintado mejor la bondad del corazón.

Todos los testimonios contemporáneos representan la conversacion de Diderot como una maravilla. Grim dice: «Si hubo nunca una capacidad de espíritu propia á recibir y á fecundar todas las ideas que puedan abrazar los conocimientos humanos, fué la de Diderot. Era la cabeza más naturalmente enciclopédica que ha podido existir.»

Rousseau, su enemigo, no habla con menos admiración en sus *Confesiones*. «A la distancia de algunos siglos del momento en que él ha vivido, Diderot parecerá un hombre prodigioso; se mirará de lejos esta cabeza universal con una admiración mezclada de veneración, como nosotros miramos hoy la cabeza de Platon y de Aristóteles.»

Voltaire, en fin, ha dicho todo en una palabra: «era un genio á quien la naturaleza había dado grandes alas.»

La *Enciclopedia*, á pesar de sus faltas, fué una obra grandiosa, y ha instruido mucho sobre el desarrollo de la civilización.

Los *Pensamientos filosóficos* no constituían un sistema, pero las cuestiones de religion y de moral unidas estrechamente entre ellas, fueron atribuidas á Voltaire, porque contenían ideas profundas y estilo vigoroso.

En el momento en que la intolerancia estaba armada de las sentencias del consejo y de los parlamentos, Diderot tuvo el valor de combatir toda religion positiva que quería imponerse por la violencia.

El distinguía tres clases de ateos; los que pensaban que no hay Dios, que son los ateos verdaderos; los que decidían la cuestión á cara y cruz, que son los ateos escépticos, y los que quisieran que Dios no existiese, que son los fanfarrones del partido. Diderot detestaba á estos por ser falsos, compadecía á los verdaderos ateos, porque todo con-

suelo le parecía muerto para ellos, y oraba á Dios por los escépticos que juzgaba faltos de luz, y declaró que los descubrimientos de la física experimental habían destruido el ateísmo.

La divinidad le parecía tan clara en una ála de mariposa como la facultad de pensar en las obras de Newton. El era deísta, y se quejaba de que se hablase muy pronto de Dios á los niños, y que se mezclase la idea á toda clase de preocupaciones ridículas.

Diderot definió muy bien la libertad, el poder que tiene un sér inteligente de hacer lo que él quiere conforme á su propio destino, resumió perfectamente los argumentos que la demuestran, refutando no ménos bien aquellos sobre los que se apoya el fatalismo. Demostró también las consecuencias prácticas de esta doctrina.

«Quitad la libertad, y no dejáis sobre la tierra ni vicio ni virtud; las recompensas son ridiculas, y los castigos son injustos; ninguno hace lo que debe, porque obra segun la necesidad. La ruina de la libertad destruye con ella todo orden, autoriza toda infamia monstruosa, extingue todo pudor y todo remordimiento, degrada y desfigura sin recurso á todo el género humano.»

Dijo luego que la ley natural es el orden eterno é inmutable que debe servir de regla á nuestras acciones, y que está fundada sobre la diferencia esencial que se encuentra entre el bien y el mal. El autor citó más lejos, en apoyo de esta opinion, las palabras de Ciceron. «La ley natural no es una invencion del espíritu humano, ni un establecimiento arbitrario que los pueblos hayan hecho, sino la impresion de la razon eterna que gobierna el universo.»

Diderot no podía desconocer que los caracteres de la virtud están impresos en nuestras almas, porque si fuertes presunciones nos les ocultan á la verdad algunos instantes, no los borran nunca.

La ley natural, dice, está escrita en nuestros corazones con caracteres tan bellos, con expresiones tan fuertes y rasgos tan luminosos, que no es posible desconocerlos.

Diderot fué el apologista entusiasta de las pasiones. Escribió á la señorita Voland, á quien amaba: «Yo he sido en todo tiempo el apologista de las pasiones fuertes; ellas solas me conmueven; que ellas me inspiren admiracion ó espanto, yo soy fuerte.»

Si las acciones atroces que feshonran nuestra naturaleza son cometidas por ellas, por ellas también son escitadas las tentaciones maravillosas que la enaltecen.»

Y añadia en los *Pensamientos filosóficos*: «Lo que me sorprende es que se las mire siempre por el lado malo, y sin embargo, solo las grandes pasiones pueden elevar el alma á las grandes cosas; sin ellas no hay nada sublime, ni en las costumbres ni en las obras; las bellas artes vuelven á caer en la infancia, y la virtud se convierte en minuciosa. Las pasiones sóbrias hacen los hombres comunes; si yo aguardo al enemigo, cuando se trata de la salud de la patria, no soy más que un ciudadano ordinario. Mi amistad no es sino circunspécta, si el peligro de un amigo me deja los ojos abiertos sobre el mio. ¿La vida es más grata para mí que mi amada? Yo no soy sino un amante, como otro cualquiera.»

La moral de Diderot era, sobre todo, una moral social, se concentraba casi exclusivamente en nuestros deberes respecto de los otros hombres, y se ha explicado por la reaccion que se hizo en esta época contra la moral de la Edad Media, el ascetismo cristiano. Para éste, la vida interior que aspiraba á la salud eterna era todo, y la vida social no era nada. Los filósofos del siglo XVIII se consagraron á honrar la vida y la moral sociales, pero á su vez olvidaron la moral individual.

Se cometería una gran injusticia si se acusara á Diderot de haber desconocido todo principio de desinterés y de abnegacion; fué el hombre ménos egoísta, y que llevó más lejos la expansion de su alma; su vida y sus conocimientos pertenecían á todo el mundo, tales son los homenajes que rinden á su memoria su hija, y los críticos que han juzgado su carácter y sus obras.

Es admirable lo que dijo sobre el sentimiento de la beneficencia, que estaba grabado profundamente en su corazón. En 30 de Setiembre de 1760, escribía á la señorita Voland: «Todo lo que hiera á la especie humana, me hiera.» Es, bajo otra forma, la magnífica frase de Terencio, el poeta romano: *Nihil humani a me alienum puto*, y Diderot comprendía y practicaba tan bella máxima, aunque sacrificaba tal vez á la arbitrariedad del sentimiento la ley inflexible del deber.

En vano decía Diderot, que no ansiaba ocuparse de los negocios públicos, sino de las letras, de la moral y de las grandes cuestiones de la filosofía, porque no pudo ser indiferente á los problemas de la filosofía política, por más que no la cultivase como sus grandes contemporáneos Montesquieu, Rousseau y Voltaire.

La empresa de la *Enciclopedia*, que fué la obra de su vida, le suscitaba bastantes dificultades para que las acreciera combatiendo al poder sobre las cuestiones de la política á la órden del día.

Pero los *Principios de política de los soberanos* son una coleccion de máximas en las que Diderot expuso la política de los déspotas, los secretos del imperio, *arcana imperii*, como él decía, despues de Tácito y de Maquiavelo, y les opuso los principios eternos de la moral y del derecho.

Así como Luis XIV proclamaba *el Estado soy*

yo, Diderot decía: «No hay más que una persona en el imperio, esto es, yo»: y añadió después: «Un rey no es padre, ni hijo, ni hermano, ni pariente, ni amigo. ¿Qué es entonces? Rey, aun cuando duerme.» También puso en la boca del soberano esta máxima: «Todo se debe sacrificar al estado militar; yo tengo necesidad de tener tropas, oro, y todas las órdenes del Estado se reducen á dos: soldados y sus proveedores; yo me cuido muy poco que haya luces, poetas, filósofos, oradores, pintores; yo no quiero sino buenos generales; la ciencia de la guerra es solamente la útil, y yo cuido menos de las costumbres que de la disciplina militar.»

Pero indicando el mal, Diderot indicó también el remedio. A las instituciones militares del despotismo oponía, él las instituciones militares de las repúblicas, ó, en general, de los Gobiernos libres, obligando á todos los ciudadanos al servicio, y haciéndoles vestir dos trajes: el de su estado respectivo y el militar.

Señaló también los medios de que se valen los despotas cuando la fuerza armada no basta para sostener los súbditos, que son el terror empleado aun contra los inocentes, el disimulo, la astucia, la hipocresía, pensar una cosa y decir otra, y la perfidia abominable, digna de Tiberio y de Neron de *ahogar abrazando*.

Todas sus máximas respiraban el odio contra el despotismo y el horror de la servidumbre. Diderot, como los reformadores de su siglo, Montesquieu, Rousseau, Voltaire, desarrollaron la grande idea, que pasó pronto de la teoría á los hechos, de que el hombre es su propio dueño, y que ninguno puede ser la propiedad de otro.

Su vida, como la de Voltaire, fué una larga lucha á favor de la libertad del pensamiento y contra la intolerancia. Diderot miraba, con razon, como un deber natural la libertad de pensar y la de publicar su pensamiento, sin admitir ningun privilegio exclusivo, por pertenecer estos derechos á todos los hombres.

Diderot oponía al prelado fanático las palabras de Jesucristo, á fin de combatir al falso ministro del Evangelio con el Evangelio mismo. «Jesucristo ha dicho: Mi reino no es de este mundo, y tú, su discípulo, quieres tiranizar el mundo.—Él ha dicho: Yo soy humilde y dulce de corazón.—¿Eres dulce y humilde de corazón?—Él ha dicho: Felices los benignos, los pacíficos y los misericordiosos.—¿En conciencia, mereces esta bendición?—Él ha dicho: Yo soy el cordero que he sido conducido al matadero sin quejarme.—¿Y estás decidido á tomar el cuchillo y á degollar á aquél por quien la sangre del cordero ha sido derramada?—Él ha dicho: Vosotros quisierais que yo hiciera caer el fuego del cielo sobre vuestros enemigos.—¿Y vosotros sabéis el espíritu que os anima?»

Los que acusan á Diderot de ateísmo harían bien en meditar sobre estas magníficas palabras de los *Pensamientos filosóficos*. «¿Qué insensatos sois! Destruid estos recintos que estrechan vuestras ideas, extended á Dios, vedle en todas partes donde Él está.»

Grim nos ha trasmitido otro rasgo. Un día que éste se paseaba por el campo con Diderot, éste cogió una flor y una espiga, y pareció interrogar su corazón.—¿Qué haces?—Le preguntó su amigo.—Escucho.—¿Quién te habla?—Dios,—respondió el filósofo.

Diderot quería emancipar á la humanidad del yugo de la superstición y de las preocupaciones, y hacer reinar la razon, y bajo el título de supersticiones y de preocupaciones, confundía y combatía, mezclados con errores funestos, ideas y sentimientos inherentes al espíritu y al corazón, que constituyen la nobleza y la dignidad del hombre.

Pero hay que reconocer que fué uno de los más poderosos autores del grandioso impulso de emancipación de la humanidad del siglo XVIII, y que corresponde al siglo XIX continuar depurando sus errores, y propagar los grandes principios que nos ha legado sobre la libertad del pensamiento y la inviolabilidad de la conciencia humana.

EUSEBIO ASQUERINO.

### LA CIVILIZACIÓN MODERNA.

La vida de la humanidad se determina, como la del individuo, por una serie de cambios heterogéneos, simultáneos y sucesivos; la sociedad vive, como el individuo, en relacion con el medio, y por eso su vida, como la de aquél, tiene que ser una especie de acuerdo y correspondencia continua entre las acciones internas y externas. En el individuo la vida es el resultado de esa serie de cambios, correspondencias y acciones, determinables unas veces, pero las más perfectamente indeterminadas, y este carácter es también comun á los fenómenos de la vida social. Son los actos vitales un trabajo continuo, incesante, indefinido, en el cuál hay, en esa labor perenne de integración y desintegración, la persistencia de los dos términos ó elementos de todo cambio vital, la constancia de la materia y de la fuerza; el sér vivo, como la máquina, nada pierde, nada crea, transforma únicamente; mas esta transformación de materia y fuerza se verifica de un modo particular, propio tan sólo del organismo viviente; la función orgánica se desenvuelve de un modo enteramente propio del sér vivo, por más que sin su intervención se pueden obtener los mismos productos á que en

su evolución dan origen los elementos histológicos.

La determinación de un fenómeno vital no es tan sencilla como á primera vista parece; cierto que en él hay mucho de mecánico, de físico y de químico; verdad que se invierte una cantidad de fuerza y de materia que puede pesarse y medirse en muchos casos; pero así como siempre es posible en una máquina calcular y determinar el coeficiente mecánico, en la máquina viviente es muchas veces imposible determinar la equivalencia entre el esfuerzo empleado y el trabajo producido.

Yo encuentro la razon de esto en la complejidad y heterogeneidad que caracterizan á los elementos que concurren en cualquier fenómeno vital. A toda excitación, á todo estado de fuerza exterior que de cualquier modo influya en el organismo, responde este por dos maneras separadas: una esencialmente física, otra puramente psíquica; además, aun en los fenómenos propios del organismo, que se cumplen en su interior, la fuerza parece como que tiene una doble manera de obrar, segun la estructura y disposición particular del órgano que funcione, así es, que se llama de tensión en el sistema muscular, y de despreñamiento en el nervioso. No quiere esto decir que hayan de estar separados y como aislados estos diversos funcionalismos, sino, antes bien, muy unidos, pues que todos han de responder con un ritmo especial para cada caso á todas y cada una de las excitaciones de cualquiera de ellas; por eso cada acto del sér vivo no está perfectamente aislado, sino, antes bien, unido y relacionado estrechamente con otros que por intervención de la misma causa, se verifican al mismo tiempo.

La totalidad de la función del sér vivo está influida, como cada uno de sus términos, por el medio en que la vida se lleva á cabo; de modo, que además de la relacion que en cada fenómeno hay que establecer con los otros actos interiores, simultáneos y sucesivos, es necesario relacionar también con el medio en que el sér vive, y que entra como una influencia de primer orden; pues no hay que olvidar que el sér se acomoda, por una especie de adaptación, al medio exterior que ejerce profundas y trascendentales perturbaciones en su función.

Del acuerdo, correlacion y correspondencia de estas dos suertes de relaciones resulta la determinación de la vida.

La vida de la sociedad se determina de una manera semejante, porque el fenómeno social se puede representar del mismo modo que el fenómeno orgánico; pues yo pienso que la sociedad es como complicadísimo organismo, en el que materia y fuerza se transforman por maneras harto complejas y así como la vida del individuo es un cambio continuo é incesante de elementos, una renovación constante, así la sociedad vive por el cambio de intereses materiales y morales, de ideas y de efectos.

Los elementos de estos cambios son, en cuanto á lo primero, materia y fuerza, como elementos del capital, y pensamientos y acciones anímicas, en cuanto á lo segundo. Esta máquina de tan complejo mecanismo cumple en esta serie de cambios su función de progreso, al modo que el individuo realiza la vida en la serie de cambios de elementos histológicos que incesantemente se crean y se destruyen en el organismo.

Yo creo que así como cada uno de los órganos de sér vivo, realizando su función, contribuye y concurre con el trabajo que verifica, la función general de la vida, del mismo modo puede considerarse que el individuo es como el órgano de una especie de sér, al modo de una parte del organismo social, á cuya vida lleva la contribución de su funcionalismo; viendo las cosas de esta manera, podreis muy bien aplicar al determinismo del fenómeno social el mismo método que se emplea tratándose de un fenómeno orgánico.

Los elementos que conocemos para determinar los fenómenos de la vida, no son otros que los suministrados por datos mecánicos y químicos, en cuanto se descartan los actos de la voluntad, de la sensibilidad y de la inteligencia; pues si bien influye en ellos la parte orgánica animal, por el lazo ó union que hay entre lo psíquico y lo físico, no debe lo primero tenerse en cuenta tratándose de lo que en el sér vivo es puramente mecánico, porque sino la ley de solidaridad no puede tener aplicación, en cuanto la voluntad influye como causa perturbadora de las leyes físico-químicas. En el sér vivo hay una porción de causas modificantes de la función orgánica que hacen imposible su determinismo; todo organismo es perfectamente inerte, como toda máquina; es un mecanismo más ó menos complejo, en el cual, por medios especiales propios suyos, se transforman materia y fuerza como en una máquina de cualquier especie; mas al considerar todo el conjunto de los actos vitales, al examinar la totalidad de la función del sér, se echa de ver muy pronto cómo en ciertos actos es imposible establecer una determinación del estado de fuerza. La causa de esto reside principalmente en voluntad y en todo lo que de psíquico tiene la función del sér vivo, pues que se vé que no hay equivalencia entre los trabajos ejecutados y los esfuerzos empleados; que no hay muchas veces relacion entre la excitación exterior y el trabajo llevado á cabo por el organismo; por lo tanto, en los actos vitales debe hacerse una división.

Hay cambios cuyos términos son determinables y equivalentes, y en los cuales es posible establecer la ley de solidaridad que rige en los fenómenos de la materia inorgánica; hay otros cambios en que el determinismo es inaplicable, y estos son aquellos que se refieren á lo que hay de psíquico en los actos vitales.

Examinando la función social se notan las mismas dificultades para la determinación de cada fenómeno; porque hemos admitido que cada individuo es como un órgano de la máquina social, algo como un engranaje ó mecanismo que cumple parte de la función del progreso, un elemento de la transformación de materia y fuerza, en lo que trascendiendo á las costumbres y á la vida de la comunidad, constituye la civilización. Aquí, sin embargo, se eleva una cuestión de capital importancia: ¿la solidaridad en la sucesión de los hechos, es la ley de la historia? ¿obedece la evolución de la humanidad á la misma ley que la del individuo? Yo pienso que en cierto modo debemos afirmarlo; pues los hechos nos demuestran cómo cada época, aun teniendo sus ideales propios y siendo función del pensamiento dominante de la humanidad en ella, debe algo á las anteriores, en cuanto sus hechos, sus revoluciones, su función en general, es como preludio ó preparación de cuanto ha de venir después; cada edad deja al modo de una herencia á las que le han de suceder, cada civilización que se destruye deja á las que nacen de sus ruinas valiosos despojos. ¿Pues qué, acaso nuestro arte no es aquel arte griego, forma la más acabada de la belleza? ¿Por ventura nuestras leyes y nuestro espíritu democrático no se informan en las leyes y en el espíritu del pueblo más grande del mundo? ¿Ese cristianismo cuyo dominio se extiende todavía por el mundo entero, no es hijo de otras religiones anteriores, de otras civilizaciones más antiguas? ¿Y no pensais que nosotros, que hemos heredado de épocas anteriores, de civilizaciones más antiguas, las tradiciones, las leyes, el arte, la moral y las costumbres, no hemos de dejar á la nueva evolución de la humanidad una herencia exclusiva de nuestro siglo, la hermosa herencia de las ciencias naturales? En el sentido, pues, de que cada época es en cierto modo hija de la anterior, en cuanto de ésta toma las bases de sus costumbres, es como afirmo que en la historia de la evolución de la humanidad hay una como ley de herencia, y aún me atreveré á decir más, que hay selección.

La ley de herencia no admite duda, estableciendo que en el orden histórico como en el físico todo acto anterior origina el posterior indudablemente, y es de observar que en cuanto á este punto hay, aun dentro del criterio más providencialista, una especie de determinismo; mas la herencia en la historia se hace mejorando los ideales, las costumbres y las aplicaciones. Nuestra industria, por ejemplo, es una herencia; pero una herencia mejorada con el capital del trabajo del pensamiento humano durante generaciones enteras. Nuestro espíritu democrático es también heredado, pero con mejora; pues que las tendencias de la civilización, que son el espíritu y el pensamiento de la humanidad entera, nos lleva en la evolución del progreso á la perfección social, á la igualdad.

Yo opino que en cada momento de la vida del mundo, á cada instante de la evolución de la humanidad, se perfeccionan y rectifican los conocimientos, se mejoran las condiciones sociales, regularizando el trabajo, dulcificando las costumbres, engrandeciendo la personalidad humana, y llevando al hombre al supremo grado del bienestar moral y material. Al modo que con la evolución de la especie ésta, por selección, se perfecciona y se mejora, del mismo modo la evolución del progreso perfecciona y mejora los elementos de la vida social; por eso admito que, á semejanza de la vida orgánica, es una labor continua de integración y desintegración.

Hasta este punto pienso yo que pueda aplicarse una suerte de determinismo mecánico en los fenómenos sociales; fuera de aquí sucede lo mismo que con los actos de la vida del individuo; porque á semejanza de lo que sucede en éste, hay causas perturbadoras, accidentes tan variados y tan heterogéneos, hijos de la condicion especial del desarrollo del progreso, que si la diferenciación y análisis es factible, la integración, la síntesis, se hace imposible.

En los hechos históricos muchas veces no encontramos la proporción entre el móvil y el movimiento producido; en una máquina puede siempre calcularse el coeficiente mecánico, en la historia es imposible; aquí, muchas veces, las grandes causas suelen causar efectos muy pequeños, movimientos imperceptibles que apenas si trascienden más allá de su época; pero otras veces causas pequeñas producen conmociones grandes y trascendentales que suelen influir durante mucho tiempo en los destinos de la humanidad. Las causas perturbadoras, tratándose de la colectividad, son mayores que en el individuo aislado, y la razon está en que la función de cada miembro de la máquina social perturba á la de los demás; de aquí la dificultad del determinismo, cuya aplicación es más fácil tratándose de un estado de la evolución del progreso, que sigue también idénticas leyes á la evolución del individuo con la cual es perfectamente comparable.

Determinan la evolución del sér la persistencia de la fuerza, la renovación incesante de ele-

mentos y el equilibrio entre el gasto y la formación de los elementos histológicos. Siendo el ser vivo, como lo es de hecho, una verdadera máquina, con mecanismo especial, claro se ve que no se ha de crear fuerza alguna, que tan sólo por medios tan complejos como variados se ha de utilizar una cantidad de energía siempre constante; de aquí la equivalencia de la fuerza gastada con el trabajo ejecutado, equivalencia determinable experimentalmente en el fenómeno que caracteriza la vida, en la nutrición. La función orgánica se ejecuta á expensas del órgano; de aquí la necesidad de la renovación; más como el trabajo es continuo, requiere también la continuidad de la materia, de donde se deduce, que pues el gasto es continuo, la renovación del órgano ha de ser continua también. En cuanto al equilibrio entre trabajo y renovación, se ve que es indispensable para la evolución de la vida, porque sólo dentro de este equilibrio puede determinarse el acuerdo y correspondencia de las relaciones internas y externas del ser, que es lo que constituye la vida.

Hay que tener presentes además otras circunstancias que contribuyen á la evolución del ser vivo; tales son el crecimiento y la adaptación; el crecimiento se verifica por la integración de los elementos formados dentro del organismo, que se adaptan al mismo por la necesidad de que la evolución del órgano vaya relacionada con el desenvolvimiento de la función vital. El crecimiento del ser no es más que su desarrollo por la influencia del mecanismo de la vida; pues que los actos de ésta requieren un medio en ciertas condiciones que poco á poco va adquiriendo el individuo.

De un modo semejante se cumple la evolución de la humanidad entera; aquí no hay creación de fuerza ni materia, no hay más que la transformación incesante de estos dos factores; integración por una parte, acumulación de trabajos, acciones y elementos, que aunque heterogéneos, se enlazan por relaciones análogas á las que unen los fenómenos de la vida del individuo, y estos trabajos acumulados, estas acciones reunidas como en un punto, se dedican á uno de esos esfuerzos que cambian la evolución de la humanidad, á trabajos especiales que requieren todo ese conjunto de energías; por otra parte, desintegración, diversificación de efectos de un sólo móvil, destrucción de ideales y de pensamientos varios, y siempre, como en el individuo, labor incesante, trabajo continuo; sólo que aquí el equilibrio se percibe menos por la diversidad de factores que concurren á esta evolución.

Los elementos de la vida social toman origen en los trabajos y los pensamientos de todos los individuos que en más ó en menos influyen en la evolución de la humanidad, que es en cierto modo solidaria de estos trabajos, y por eso admite que la civilización en una época dada es función del trabajo y pensamiento de la humanidad que más trascienda á la vida práctica; estos elementos, como los histológicos en el individuo, se van acumulando y adaptando á las necesidades de la evolución histórica; así como en el ser orgánico á medida que su vida se desarrolla, el crecimiento tiene lugar adaptándose y asimilándose los elementos varios que en su función forma; lo mismo la humanidad va como nutriéndose de pensamientos, de ideas, de aplicaciones, que hacen que en su evolución se perfeccione cada día más, que el progreso sea más perfecto, la civilización más general; lo cual es una prueba de que hay como una especie de selección en la sucesión de las evoluciones sociales.

Yo creo, por lo tanto, que así como en la parte orgánica somos más perfectos que los demás seres, nuestra civilización, el progreso que hemos realizado, es también mejor y más completo; porque nuestros adelantos, si bien arrancan de progresos anteriores, es en una escala de perfección continua; pudiera invocar para demostrar este trasformismo pruebas más ó menos seguras, fundadas en puras abstracciones; pero más quiero ir al terreno de los hechos. Indudablemente lo que más caracteriza la civilización actual es la generalidad de la instrucción y de los conocimientos, que se deben en gran parte al gran desarrollo de las ciencias naturales y sus aplicaciones; pues bien; ¿cuál es la causa del adelanto de estas ciencias? ¿En dónde están los orígenes de esa industria asombrosa de la época actual? Buscadla en las anteriores civilizaciones, ved cómo poco á poco se perfecciona y mejora el gran elemento del trabajo, la máquina, que es como una herencia cuyo capital viene aumentando de siglo en siglo, con los intereses con que cada época á él contribuye. Ved también las costumbres que se dulcifican á medida que la evolución de la civilización se hace más general y con ella la instrucción se difunde; yo pienso que vamos integrando lo que de mejor y más práctico tienen las civilizaciones anteriores, para que sea como el cimiento ó la base del adelanto que hayamos de realizar en la época que alcanzamos.

Para que yo pueda determinar la actual evolución del progreso y del trabajo de la humanidad, á fin de decidir si la civilización actual se debe principalmente al influjo de las ciencias filosófico-políticas ó al de las naturales y sus aplicaciones, pienso que debo establecer y fijar muy claramente el concepto de la civilización actual, determinar en qué consiste y cuáles son sus rasgos característicos y en qué se diferencia de las civilizaciones

anteriores. Hay que analizar cualitativa y cuantitativamente, estudiar su carácter de generalidad y demostrar su superioridad sobre las antiguas; después de esto, ya podremos medir cuánto valen las cooperaciones que á ella han llevado las ciencias filosófico-políticas y las naturales y sus aplicaciones, cooperaciones que hay que analizar detenidamente para fallar cuál de ellas sea de más valor. Trazado ya mi plan ó método de exposición y partiendo de las ideas que hasta aquí llevo consignadas, entro ya de lleno en la exposición del tema.

El concepto general de la civilización se establece atendiendo á los datos que suministra la historia de los pueblos y el desarrollo de sus intereses morales y materiales. Yo pienso que á semejanza de lo que pasa en los seres vivos, que á medida que se desarrollan sienten más necesidades y se contentan menos con lo que tienen á su alcance, las sociedades y los pueblos, cuanto en ellos más se desarrolla por el trabajo la riqueza que contribuye al bienestar material y las ideas y los sentimientos que contribuyen al bienestar moral, se aumentan progresivamente las necesidades y se crean nuevos deseos y aspiraciones á la perfección más alta; de aquí que la humanidad necesita disponer de mayores y más adecuados medios para satisfacer cumplidamente á estas necesidades y á estas aspiraciones en la medida que el conocimiento de las cosas pueda tener trascendencia en aplicaciones á la vida práctica. En este punto parece comparable un pueblo á una máquina; observad sino, lo que pasa en los motores modernos más perfectos; en ellos, es cierto, hay la misma cantidad de fuerza, sólo que su efecto útil es mayor, el trabajo ejecutado es numéricamente más grande y se distribuye en muchos objetos; pero las necesidades de la máquina son mayores, su construcción es más difícil. En la máquina social el trabajo es también más variado en cada evolución, el esfuerzo individual y colectivo es más utilizable; pero la función se compone de mayor número de elementos, cada vez más heterogéneos, mas siempre en perfecto equilibrio; por eso creo que el carácter más esencial de la civilización es, sin duda, la generalización progresiva, el empleo más general y más armónico de todos los esfuerzos que concurren á la función social, cuyo efecto útil ha de traducirse necesariamente á las costumbres.

Admitiendo, como ya lo hice, una especie de solidaridad en los fenómenos sociales y al mismo tiempo la selección hasta los límites señalados, se pueden establecer los datos y las inducciones de que ha de derivarse el concepto de civilización actual, teniendo presente que pienso que civilización en general es el conjunto de todos los conocimientos, de todas las concepciones y de todos los ideales de la humanidad que trascienden de un modo ó de otro á las costumbres y á la vida social; importa poco que los conocimientos sean intuitivos ó reflexivos, el caso es que trasciendan á las costumbres; lo mismo da que un pueblo sea hospitalario por tradición, como los árabes, que por criterio liberal, como los suizos; el caso es que lo sea.

Al establecer los datos que han de servir de base al concepto de la civilización actual se vé muy pronto que no puede admitirse, aunque todos concurren á un fin, que hayan de tener un mismo carácter. Por las ideas emitidas hasta aquí, si bien por una parte la civilización actual es hija de las que le han precedido, es como la integración de las anteriores evoluciones del progreso, por otra hay influencias propias y exclusivas de la época presente que modifican la evolución de la civilización, de un modo análogo al que tiene el medio exterior de modificar la función del ser orgánico; además, hay que contar, que si bien la época actual integra los resultados positivos de las anteriores, hace una labor de desintegración en cuanto destierra, y desecha nociones, ideas, prácticas y usos que en evoluciones anteriores se admitían. De aquí que haya que considerar en primer término datos puramente históricos, en los cuales se vé probada la ley de herencia y selección, y en segundo término datos puramente de actualidad, propios y exclusivos de la época actual.

Es indudable que la necesidad más imperiosa del hombre es el conocimiento de sí mismo, para darse cuenta de su destino en el universo. Cumple la humanidad este destino, con conciencia cada vez más segura, porque no se contenta el individuo con interrogarse á sí propio por su naturaleza, sino que para explicarla pregunta á su pasado, remontándose á su origen y recogiendo datos en todo el mundo de que forma parte, que puedan llevarle á la solución del problema. Las ciencias se ponen á contribución, porque partiendo del hombre y teniéndole por objeto, el progreso del conocimiento de nosotros mismos ha de ir necesariamente unido al progreso del conocimiento de la naturaleza; más habeis de notar que, á pesar de tantos adelantos llevados á cabo en las sucesivas evoluciones de la humanidad, por más que el progreso nos haya llevado á un alto grado de perfección, todo lo que hasta el día se ha hecho es conducir el espíritu investigador al verdadero camino del descubrimiento de la verdad, al camino de la experimentación, dentro del cual voy á examinar los datos que la sucesión de los hechos ha traído á la actual civilización.

El trabajo humano es el origen de la civilización; pues que solamente se puede llegar al bien-

tar y á la perfección, que son el objeto del progreso, por el desenvolvimiento del ser en todas sus funciones, y este desenvolvimiento, á su vez, sólo puede ser causado por la combinación de los actos orgánicos con los esfuerzos del espíritu. Esta afirmación es á perfectamente demostrada en la evolución del trabajo humano.

Las leyes físicas que rigen á la materia inorgánica luchan tenazmente por someter al hombre á su dominio; por otra parte, éste, disponiendo de las valiosas armas de su inteligencia, su voluntad y su sensibilidad, quiere subyugar á esas leyes físicas y modificar sus modos de realizarse, haciéndolas tributarias suyas y valiéndose de ellas para satisfacer sus necesidades ó sus caprichos; de aquí nace la actividad humana. El origen del trabajo es la necesidad de la emancipación completa de las leyes físicas, para que la parte intelectual pueda desarrollarse sin coacción de ninguna especie; yo creo que en esto del trabajo hay una especie de lucha por la existencia, lucha entablada por las facultades intelectuales del hombre contra la naturaleza, para hacer que el trabajo intelectual y sensitivo no se halle perturbado por el trabajo mecánico. La lucha por la vida ha dado al hombre el dominio sobre un sólo objeto de la naturaleza; ahí tenéis el origen de esta superioridad del ser que siente y piensa sobre el mundo inanimado, superioridad que se extiende cada día más, abrazando nuevos horizontes, ampliándose á mayores objetos y realizando en cada generación conquistas valiosas que le dan el dominio absoluto del mundo. Sólo así se concibe cómo nuestros medios sean mayores que las necesidades que tenemos satisfacer.

JOSÉ RODRIGUEZ MOURELO.

(Concluirá en el próximo número.)

## HECTOR FLORENCIO VARELA

Héctor, el republicano á quien consagramos este artículo, es el verdadero jefe de la familia, el hermano mayor, y el que ha sostenido con mayor empeño luchas gigantescas, sin tregua, por la libertad de su patria, así en la tribuna como en la prensa, y así en la prensa como en los campos de batalla.

Héctor Varela es un hombre de pensamiento y de acción, tribuno y soldado, periodista y orador, republicano en América y republicano en Europa, conocido allí por su popularidad y conocido aquí por sus talentos; admirado en todas partes, y en todas partes contado entre los nombres que más ilustran la democracia universal.

Su cuna fué el destierro; su educación la orfandad; su herencia las confiscaciones del tirano. Una madre amorosa tuvo que consagrarlo al comercio en sus primeros años para que proveyera, no sólo á su propia vida, sino también á la vida de sus hermanos.

Héctor Varela desplegó en Río Janeiro cualidades de primer orden para el comercio. Aprendió francés, alemán, inglés, italiano, para entenderse con todas las razas.

Parece increíble al oírle hablar las lenguas del mundo civilizado con tanta flexibilidad, con tanta gracia, con los giros más propios y más corrientes, poseyendo desde sus leyes generales hasta sus más recónditos secretos, y algunas veces las variantes de sus dialectos.

El trabajo empezaba á darle la base de la fortuna, cuando la guerra contra el tirano, contra el asesino de su padre y de su patria, contra Rosas, vino á estallar, formidable.

En tal situación lo abandonó todo y fué donde le llamaban sus compromisos y sus ideas. Varela era muy joven; apenas tenía veinte años; pero peleó como bueno y contribuyó á la ruina del tirano.

Desde aquel punto su ocupación fué la prensa.

Su vida azarosa, sus trabajos mercantiles, habíanle impedido el estudio de los problemas políticos y sociales que ha de tratar el publicista. Mas no importa. Su claro talento, su privilegiada actividad lo improvisaban todo. Héctor Varela es uno de los primeros periodistas de América. Ingénio, gracia, sal ática, elocuencia apasionada, raciocinio frío, imaginación, toda la escala de facultades que necesita el periodista, toda entera está en su pluma, la más fecunda y la más dada á la improvisación que hay en el Nuevo Mundo.

Pero el mal de estos pueblos americanos, mal que sobreviviera á Rosas, había quedado en el fondo del nuevo Gobierno, la dictadura militar.

Héctor Varela se consagró con todas sus fuerzas á combatir, á desarraigar este profundísimo cáncer.

En tal empresa desplegó cualidades de primer orden, asociado á otros jóvenes, entre los cuales descollaban con él su hermano Mariano y el hijo del doctor Alsina, que luego ha ejercido el cargo de gobernador en el Estado de Buenos Aires.

Merced á esta conjuración, que sublevó todos los ánimos, el dictador tuvo que abandonar Buenos Aires, hasta que guerras sucesivas lo aislaron en sus posesiones de Entre-Ríos, donde acababa de morir, triste, oscuramente, á manos de otro cacique, ya castigado por el Gobierno Nacional.

Entonces Héctor, ansioso de extender los horizontes de su vida, vino por primera vez á Europa acompañado de su bellísima esposa, señora de

gran mérito, cuya juventud, cuya hermosura, que es un verdadero portento, cuya gracia é ingenio en la conversacion, cuyos sentimientos delicados y generosos, la atrajeron innumerables simpatías en Madrid, en Lisboa, en Londres, en Roma y en Florencia.

Varela logró renovar en Europa la profunda admiración que había despertado siempre el génio de su padre. Enviado de cónsul general á París, más tarde, Napoleon III no quiso darle el exequatur, á causa de la gran propaganda que había hecho contra el Imperio, de los artículos sublimes que había escrito contra la noche del dos de Diciembre, y de las simpatías que gozaba entre los republicanos franceses.

Su tercer viaje á Europa fué una verdadera revolución en la vida de Héctor Varela.

En una hora ganó fama europea que, unida á su fama americana han hecho su nombre universal. Celebrábase en Ginebra el primer Congreso de la Paz y de la Libertad, á cuya inauguración asistió Garibaldi, antiguo amigo de su padre.

El gran general demócrata lo estrechó contra su corazón, y le presentó á algunos jefes de la democracia europea. Héctor Varela, modesto por naturaleza, no había pensado hablar en aquella Asamblea, en aquel concilio del espíritu moderno, donde se reunían los primeros publicistas de Europa.

Un reaccionario de Neufchatel, que también hay en Suiza reaccionarios, se levanta á imprecicar la democracia americana y denostar los Estados Unidos.

Héctor Varela pide la palabra en nombre de esta democracia, sube á la tribuna y habla. Imposible es pintar el asombro, el estupor de la Asamblea, su admiración, su entusiasmo, que rayó en delirio. El orador hablaba en una lengua extranjera. Pero ni siquiera se le conocía el acento. Elocuencia impetuosa, raciocinio de un vigor excepcional, imaginación sin énfasis, y elegancia con naturalidad, todo, unido al fuego de un grande entusiasmo y á la severidad de una gran palabra, dotes de primer orden, arrebataron al auditorio. Los periódicos europeos publicaron su discurso; todas las lenguas le reprodujeron. Y desde entonces su nombre ha quedado aquí, en este continente, alzado al coro glorioso de los grandes oradores que mantienen el esplendor de la tribuna universal, de donde baja la luz sobre los pueblos.

De vuelta á su patria, Montevideo le abrió las puertas de sus Cámaras y lo elevó al cargo de ministro; desempeñando ambos altos destinos, mostró en los tiempos subsiguientes a la muerte del general Flores, tiempos difícilísimos, dotes de carácter iguales á sus dotes de talento. Pero Buenos-Aires ha sido y será para Héctor Varela el centro de su alma. Allí volvió cansado del poder, pero no cansado de servir á la libertad. En cuanto llegó á Buenos-Aires desarrollóse el cólera, y durante esta época terrible mostró Varela, al frente del Municipio, ese valor más grande que el valor de los campos de batalla, el valor de la caridad que desafía oscuramente la muerte. Nuestro tiempo, todavía embargado de antiguas preocupaciones, pone sobre los que saben morir por sus semejantes á los que saben matar á sus semejantes.

El heroísmo bárbaro de la guerra, es más apreciado que el heroísmo humano de la caridad. Pero la ciencia rectifica diariamente el sentido común, y en porvenir no lejano, las estrellas fijas de la gloria, serán los nombres de aquellos que hayan peleado, con el sudor de su trabajo en la frente, la idea nueva en la conciencia, y el amor humano en el corazón, por aumentar la vida y embellecerla, haciendo de la tierra el resumen del universo y del alma la imagen del Criador.

La caridad, los sentimientos humanitarios, la súbita inspiración, las grandes dotes desplegadas por Héctor Varela en el combate con el cólera, le valieron la admiración universal.

Carácter férreo, inteligencia clara, corazón lleno de grandes sentimientos, su paso por las dos riberas del Plata dejará una huella inextinguible. Sus compatriotas lo reconocen así, y le pagan con una popularidad sin ejemplo. Su periódico, que cuenta veinte años de vida, es uno de los primeros periódicos de América. Su palabra, siempre inspirada y siempre ardorosa, es oída y aclamada con febril entusiasmo por una juventud que vé en ella el verbo de las nuevas ideas.

Así se explica su inmensa popularidad.

Ultimamente ha hecho un viaje por diferentes provincias argentinas. Imposible describir el entusiasmo que ha despertado, los obsequios que ha recibido, los vivas que han poblado los aires en cuanto ha aparecido en aquellas poblaciones, que le cuentan, con justo motivo, entre sus mayores glorias. Héctor Varela, no sólo ha contribuido á fundar la libertad, la democracia, la república en su patria, sino también á conservarlas. Cuando vemos las dificultades que á esta obra opone la vieja Europa, no podemos reprimir un sentimiento de emulación, diríamos casi de envidia, hacia esas naciones, hijas nuestras, que nacidas ayer entre los elementos teocráticos y militares, legados por el régimen colonial, han sabido estirpar desde la esclavitud hasta la dictadura, armonizando la federación con la unidad nacional, la democracia con la libertad y la libertad con el orden.

Para esta obra se han necesitado caracteres como el de Varela, inteligencias claras que no toman en la utopía, caracteres fuertes que no toman la violencia por energía, almas ambiciosas del

bien, que no desconocen los obstáculos de la vida real, tribunos para propagar las ideas y hombres de Estado para realizarlas, no volviendo nunca la espalda á sus creencias y á su fé, como sucede en esta vieja Europa, donde el choque de dos mundos, dividiendo las almas en dudas é incertidumbre, ha engendrado tantas y tan alevés apostasías.

Nunca acabáramos si hubiéramos de decir cuanto pensamos de los servicios que ha prestado Héctor Varela á la libertad y á la patria.

Como españoles, como republicanos, le debemos agradecimiento. Su casa ha sido para los desgraciados, que nuestras discordias arrojaban á las orillas del Plata, un segundo hogar. Y su grande alma una verdadera Providencia. En los dos años en que los partidos liberales se hallaban desterrados, ¿cuántos consuelos no le debieron los grandes infortunios?

Héctor Varela ama profundamente á España, la patria de sus padres. Y la nación española y la democracia española, le envían por nuestro conducto el testimonio de su admiración y de su agradecimiento. Talentos como el suyo, honran á todos los pueblos, y son justo orgullo de la República universal, cuyo fundamento hemos de dejar asentado en Europa y en América, antes de que termine el presente siglo.

Honor y gloria á los que hayan contribuido, como Héctor Varela, á esta obra de libertad y de paz, que bendecirán á una en lo porvenir todas las generaciones.

EMILIO CASTELAR.

## LA LEYENDA DE LA MONJA.

(TRADICION TOLEDANA.)

Es una vieja tradicion nacida en los insomnios del claustro, una flor amarillenta y sin perfume que crece en las junturas de los húmedos muros de un convento: historia de una virgen del Señor arrebatada al cielo por el mismo Satanás, que la Edad Media soñó en sus noches de fanatismo y que, conservada como si fuese una amenaza eternamente suspendida sobre su cabeza, se cuenta á las novicias para enseñarlas á que huyan las torpes asechanzas del demonio. Yo la había oído en Valencia, la había leído varias veces en diversos relatos tradicionales de comarcas separadas entre sí por algo más que un puñado de tierra; pero nunca me fué contada, como en Toledo, en el mismo lugar en que ocurrió, según me dijo el *cicerone*, ruinas de un vasto monasterio abandonado y medio derruido por el tiempo, tapizadas de musgo y coronadas por una cruz que extiende en el espacio sus brazos vestidos de hiedra. De aquí, sin duda, la impresión que su relato me produjo. Permitidme que, humilde recopilador de las leyendas toledanas, apunte en mi cartera esta nota sombría y ágría de color, pequeña mancha estampada en unas ruinas, como si fuera un beso de las pasadas edades que con él dejarán impresa la huella de sus labios en el desmoronado muro de un convento.

### I

Era una tarde del mes de Marzo; una de esas tardes en que el cielo está azul, en que la atmósfera diáfana y pura no forma una sola nube; una de esas tardes, en fin, en que el alma parece beber la esperanza en los effluvios del ambiente é interrogar tranquila al porvenir.

Y sin embargo, en medio de aquella alegría, de aquella calma, tañía tristemente la campana del Monasterio de Monjas Bernardas situado á corta distancia de Toledo, en el fondo de un precioso valle desde el cual se distingue la ciudad agrupada en la orilla derecha del río, como fantástica vista de un gigantesco panorama. Doblaba á muerto, rasgando el corazón de los que ansiosos la escuchaban. Una persona iba á morir, y la naturaleza, como si no fuese su madre, parecía engalanarse y vestirse de fiesta para cantar junto á su tumba el himno del amor y de la vida...

En efecto, una persona iba á morir, pero no en el sentido que suele darse á esta palabra. No era que su alma, dejando el cuerpo que la sirviera de envoltura, fuese á emprender, guiada por ángeles en los espacios sin fin, ese camino que lleva hasta el trono mismo de Dios; no era que unos ojos fuesen á cerrarse para siempre, ni unos labios á exhalar su último suspiro, ni una voz á decir su último adiós; el sér por quien tañía la campana con el triste acento nuncio de muerte iba á morir para el mundo, pero no para la vida; muerta desde aquel momento para todas sus afecciones, seguiría, sin embargo, viviendo para la oración y la abstinencia. El sonido metálico que á intervalos se oía monótono y cascado como voz de vieja aleccionando á un adolescente, decía á cuantos le escuchaban que una mujer, abandonando el mundo para siempre, iba á tomar el velo de novicia en la estrecha regla de San Bernardo.

Cuajado estaba el camino de gente de todas clases y condiciones que acudía á la ceremonia, formando desde el puente de San Martín á todo lo largo de la izquierda del Tajo, largo cuerpo con ondulaciones de serpiente, que se movía con ligereza deslizándose por la falda de los cerros ó subiéndolo con cuidado sus laderas. Rumores confusos de voces y conversaciones animadas salían de aquella inmensa multitud en que los pintorescos trajes del siglo XVII se confundían formando así un conjunto abigarrado; el viento mecía la airosa pluma del chambergo que caía sobre la espalda, y alzaba la negra ropilla de terciopelo dejando descubierta la empuñadura del acero toledano, en la que el sol quebraba sus rayos, y que, besada por él, despedía reflejos diamantinos. Las damas, con sus vestidos de brocado, seguidas de pajes ó llevadas en literas, ostentando preciadas joyas que realizaban su hermosura, hablaban entre sí del acto á que iban á asistir, y mientras unas lamentaban la pérdida de una amiga, aplaudían otras la desaparición de una rival. En los caballeros, por el contrario, la opinión era en un todo unánime: la religión arrebatada uno de sus más hermosos florones á la coro-

na de la belleza toledana. Extendiéndose respetuosamente á ambos lados del camino, retirándose siempre que algun caballero retrasado quería unirse con los suyos, marchaba el pueblo, vestido también de fiesta, hacia el pequeño monasterio que era imposible pudiese contener tanta gente. Y como avisando á todos para que no se detuviesen, la campana redoblaba sus tañidos.

Gran número de caballeros que se habían adelantado á sus amigos, hablaban animadamente en el átrio del convento, aguardando con impaciencia que empezase el acto sobre el cual giraba la conversacion.

—No me explico la toma de velo,—decía don Antonio de Toledo, gallardo maneco de veintitantos años, atusándose el bigote con la mano derecha mientras la izquierda descansaba en la empuñadura de su acero.

—En verdad que es inexplicable,—añadía don Luis de Talavera, de pocos años más que el precedente.

—Incomprensible,—concluyó un tercero.

—Jóven como la misma juventud, rica como Crespo, bella como un ángel, con solo hacer un movimiento de cabeza hubiera tenido á sus pies á toda la nobleza toledana pronta á matarse en guerras y torneos por conseguir una sola mirada de sus hermosos ojos negros. Y en cambio se despide del mundo, abandona sus pompas, trueca sus galas por el toscó sayal de la penitente y se entrega en cuerpo y alma á la oración,—volvió á decir don Antonio.

—Y no puede achacarse su determinación,—interrumpió un nuevo interlocutor, don Juan de Ocaza, jóven también y noble y elegante,—á deseos de huir de la tiranía de un padre ó de un hermano, porque, huérfana desde hace muchos años, doña Blanca es libre como el viento y única y absoluta dueña de sus acciones.

—Y tampoco podemos buscar la causa de su enojo del mundo en desengaños amorosos, porque, á mi entender, no ha dado oídos á nadie,—dijo don Antonio, bajando la cabeza para ocultar su turbación.

—Ni mucho ménos en privaciones ni escaseces,—replicó otro.

—Nada, nada, repito que el hecho es extraño.

—Pero muy extraño.

—Inexplicable.

—Incomprensible.

—Cúlpense de él los jóvenes toledanos que, tan faltos de fuerza se hallan, que no han podido ni con su nombre, ni con su cuna, ni con sus riquezas, ni con sus nobles hechos, ni con su amor acendrado interesar el corazón de doña Blanca,—dijo de pronto la voz de un anciano que acababa de llegar y acercarse al grupo donde había oído la conversacion que los mancebos mantenían.

Grandes voces le acogieron.

—¿Cómo, don Lope, estáis escuchando?

—Sí, amiguitos; quería contestar á vuestras suposiciones, usurpando su derecho á vuestras conciencias.

—¿Y decís...?

—Digo, y repito, y me afirmo en ello, que culpa es de vosotros si el claustro nos arrebató á doña Blanca.

—¿Pero por qué hablais así?

—Porque habeis tenido la joya delante de vosotros algunos años, y todo este tiempo no habeis hecho más que volar en torno suyo sin acercaros á ella.

—Es que ella desdeñaba nuestros homenajes,—dijo don Juan.

—Y no oía nuestras palabras,—añadió don Luis.

—Y las tomaba á broma y se reía de nosotros,—apoyó un tercero.

—Vamos, que si vosotros hubierais insistido...—objetó el anciano.—Pero es claro, creerías tenido en ménos vuestro valor sitiando una plaza que no se os rindiera al primer asalto. Pues bien, aquí tenéis la consecuencia. Esa mujer tan adorable y tan adorada huye del mundo creyéndole insustancial é insulto y va á ocultar su hastío tras los sombríos muros de este alejado monasterio. ¡Oh! En mis tiempos no hubiera sucedido así, yo os lo aseguro.

—Quizá vos mismo...—dijo uno de los jóvenes con sorna.

—¿Por qué no? Habeis de saber, amigo, que los Ayala no sitiaron jamás plaza que no se les rindiese, ni emprendieron nunca empresa que no llevasen á cabo. Y no habeis de juzgar por mi vejez lo que otro tiempo fué mi juventud.

—Yo os aseguro, conde,—exclamó don Antonio interrumpiendo al anciano,—que, por mi parte, he hecho todo lo que un hombre puede hacer por rendir el albedrío de doña Blanca. Nada he dispensado. Alardes de valor, fasto, riqueza, todo se lo he ofrecido sin obtener el más pequeño favor de ella. Creo que me tenía hechizado. Pero al fin se rompió el hechizo y pude sacudirme libremente. Aun sangra la herida, pero ya está en vías de cicatrizar. Cuando encontraba á doña Blanca en la corte se renovaban mis dolores, y me creía capaz de todo, como si me atacase la locura. Por eso vengo hoy á esta ceremonia. Quizá al mirarla prometida esposa del Señor, de tal modo se me imponga el respeto, que hasta mi pensamiento se sujete. Quiero ver la tumba en que ya á encerrarse para que mi razon se convenza de que doña Blanca ha muerto...—

Empezaba á llenarse la iglesia. El átrio se poblaba de caballeros y elegantes carrozas y literas se aproximaban. Temiendo quedarse sin sitio desde donde presenciar á gusto el acto religioso callaron los parlanchines, y reuniéndose con los que á cada instante llegaban, penetraron todos por el abierto postigo que daba entrada á un patio rectangular convertido en pequeño jardín tapizado de flores, y se despararon por los ángulos de la capilla los unos, por la puerta del claustro los otros y por todo el jardincillo los demás. La campana había cesado de tocar. Solo se oía el gorgojo de los pájaros que piaban ocultos en el follaje y el aleteo de las golondrinas que anidaban en la torre.

### II

Mientras esto pasaba en el exterior y en las cercanías del convento elegido para su profesion por doña Blanca de Silva, una de las doncellas más hermosas, ricas y honestas de Toledo, ésta, vestida espléndidamente y con su mística corona de desposada, sujetando á sus sienes el velo que caía sobre sus hombros para rozar humildemente el suelo, se hallaba sentada en rico sillón colocado en el a'tar mayor de

la pequeña iglesia, abismada en profundos pensamientos y mirando ante ella colocados en ancha bandeja de plata primorosamente cincelada, los hábitos de novicia por los cuales iba á cambiar bien pronto las pompas mundanas que la adornaban á la sazón. Millares de luces ardían en el altar frente al viejo retablo del siglo XV, cuyas incorrectas figuras parecían animarse al pálido reflejo de los cirios y contemplar con curiosidad á la que abandonaba los encantos de la vida cortesana para ocultarse en el convento, donde bien pronto se marchitaría su hermosura, flor vistosa de agradable perfume trasplantada á un suelo ingrato; y gran número de lámparas pendían de la bóveda y oscilaban marcando con su imperceptible movimiento la marcha del tiempo en el reloj de arena de la vida.

Pálida y como sumergida en un sueño, doña Blanca paseaba sus miradas por las desnudas losas de la iglesia, por sus muros, hoy ricamente tapizados, por sus altares resplandecientes de luz, por su bóveda, en que parecían haberse refugiado las sombras que poco antes envolvieran el recinto, ahuyentadas por el reflejo de las hachas y los cirios, los candelabros y las arañas; veía cómo el templo se llenaba poco á poco, invadido por el pueblo, ávido de presenciar su profesión, y en aquellos momentos, supremos para ella, en que con sólo una palabra iba á decidir de su destino y á marcar para siempre su existencia; al llegar á aquella puerta tras la cual monótono y sombrío se la presentaba el porvenir como una larga sucesión de días y noches sin deseos, sin aspiraciones, cerrada á la esperanza, la pobre niña sentía miedo, y retrocedía á refugiarse en el pasado. Y al hacerlo así veía desfilar ante su vista sucesos y figuras, risueñas unas, graves y ceñudas otras, que la miraban con lástima ó con odio, y que pasaban en su imaginación como manojos de hojas secas arrebatadas por el viento.

Recordaba su vida desde que, dueña ya de sus pensamientos, se vió huérfana, sin un padre que dirigiese sus acciones, sin una madre que la prestase los consejos de su amor y los frutos de su experiencia. Rica y noble, presentada en la corte por parientes poderosos que al verla tan hermosa y tan halagada hacían mérito propio el parentesco, pronto fué ídolo de los hombres y rival de las mujeres. La adulación, derramándose como dulce veneno en sus oídos, formó en su interior una segunda naturaleza, que modificó notablemente la suya; la lisonja, hinchándose como pompa de espuma, la envolvió en una atmósfera mentida, que cayó como un nublado sobre su corazón, atrofiando su sensibilidad y desviando sus instintos. Ella, que al principio era buena y comprendía la grandeza de las pasiones nobles, las creyó á todas bajas y mezquinas; creyó que el amor que por do quiera la brindaban, era solamente un pasatiempo más ó menos divertido para los que ya tenían una posición en la corte, ó un medio de conquistarla; un escalón para subir, en los que aun no la tenían. Creyó que su hermosura estaba muy por cima de la sociedad en que ella vivía, y no encontró á su alrededor mérito que premiar ni favores á qué rendirse.

Así pasó algunos años de esa época de la vida en que todo parece sonreír, dando sueños de dicha al alma de la joven que se presenta en el mundo pidiendo su puesto en los jardines de la vida. A sus pies, los que la amaban sostenían reñida lucha con sus desdenes; había ya algunos muertos en desafío por disputarse el menor de sus favores ó por no sufrir sus desprecios; otros muchos desgraciados que la sacrificaron sus primeras impresiones habían sentido morir en su corazón lo más santo y noble que Dios ha puesto en él: la ilusión y la esperanza.

Doña Blanca tampoco era feliz. Como si Dios hubiera querido castigarla, ella también llevaba dentro del pecho el cadáver de su corazón, no víctima de desdenes ni herido de desengaños, ni abrumado de deseos, sino muerto de hastío, cansado de correr tras una dicha que como leve sombra se la escapaba cuando creía tenerla ya á su alcance. La lisonja la cansaba ya, la adulación la aburría, los homenajes pasaban por ella sin arrancar una chispa á sus ojos ni una sonrisa á sus labios. Era joven y se sentía ya vieja; creyéndose superior á todos en el mundo se había aislado, y se encontraba por lo tanto sola, sin amigas á quienes confiar el estado de su alma, porque no tenía más que rivales; sin un hombre de quien hacer su hermano, porque á todos los flagelara con el látigo de su desprecio. Muchas veces sufría extrañas alucinaciones. Replegábase á su interior y allí, en el fondo, arrastrándose y creciendo, creciendo muy de prisa, veía algo como aspiraciones destinadas á morir antes de nacer; como deseos abortados en la sombra, destinados á morir antes de desarrollarse. Y en torno suyo, bajo sus pies, sobre su cabeza, dentro de ella, el vacío, el vacío horrible, el vacío en las palpitaciones de la vida, sin los murmullos de la lucha, el vacío con el silencio, y la inmovilidad y el atrofiamiento de la muerte.

Y buscando en vano un remedio para su extraña enfermedad, aquella niña que se moría de hastío, recibió la noticia de que una tía suya, abadesa de las Huelgas había muerto en olor de santidad dejándola heredera de su fortuna. Pensando en esta muerte concibió el proyecto de profesar. ¿Quién sabe si en el claustro encontraría su corazón la paz porque suspiraba?

Hubo en la ciudad un movimiento extraordinario el día que le joven hizo pública su intención. Ricos y pobres, grandes y pequeños inventaron todo lo imaginable por hacer un último esfuerzo y ganar para el mundo á doña Blanca; llovieron las declaraciones; se multiplicaron las pruebas de amor: todo fué inútil. Doña Blanca persistió en su determinación, y aquel mismo día, en aquel momento iba á dar el primer paso que, separándola del mundo de los hombres, la llevaba al anonadamiento de su voluntad. Sentada á su lado la condesa de Orgaz, que la servía de madrina, mirábala con semblante bondadoso; el pueblo, que entraba en grandes oleadas, la miraba también con mezcla de curiosidad y de consideración; delante del altar los nobles, sentados los unos en lujosos divanes, apoyados los otros en los tapices que colgaban de los muros ó sosteniéndose airoosamente, con la mano en la cazoleta de su espada, aguardaban el principio de la ceremonia.

## III

Esta iba á empezar ya. Tocó de nuevo la campana, y á sus primeros sonos salieron los curas de la sacristía vestidos con magníficas vestiduras, regalo de la futura novicia, y precedidos de los monaguillos vinieron en ordenado grupo hacia el altar.

Grave y solemne dió principio el acto. El sacerdote entregó una vela á doña Blanca, que se postró de hinojos, y volviéndose luego y murmurando oraciones que los demás clérigos acompañaban, bendijo los hábitos de la orden bendiciendo también á la joven; y haciéndola después señal de que le siguiera, volvió á cruzar la iglesia para dirigirse á la puerta del convento. Abrióse en dos filas la apiñada multitud, y por entre ella pasaron los sacerdotes primero, cantando diferentes oraciones, luego doña Blanca que estaba hermosísima con su vestido blanco, su velo del mismo color, su corona de azahar y la espléndida madeja de sus hermosos cabellos negros cayendo en rizados bucles sobre su espalda, como manojos de culebras de ébano. Detrás seguía la condesa de Orgaz profundamente conmovida al considerar que llegaba el momento de separarse de aquella niña querida á quien había visto nacer y á quien mil veces adurmiera en sus brazos. Y tras ellos se precipitó la gente que aún quedaba en la iglesia, pues gran parte de ella había salido antes para tomar puesto en el patio y delante de la puerta del convento: el órgano, que desde el principio dejara oír preciosas armonías, cesó de sonar. Ni un murmullo, ni un eco, ni una voz interrumpían el profundo silencio que reinaba en todas partes.

Salió la comitiva de la iglesia y atravesó lentamente el patio. La tarde caía, y el sol se ocultaba ya tras los verdes cigarrales, orlado de una corona de nubes y sobre un lecho de púrpura. Reinaba una gran calma en el espacio; ni un pájaro cruzaba el ambiente, ni un insecto zumbaba. Todo permanecía callado. Doña Blanca, impasible, serena, sin que la más ligera nube empañase el encendido brillo de su mirada, sin que la sombra de un pesar marcara en su frente su paso por el cerebro, caminaba poco á poco también, con el cirio en la mano y los ojos fijos en el suelo, cual si entreviese ya otro horizonte y se bañase en otra luz; nadie apartaba de ella la vista, y ante sus gracias, ante su juventud, había lágrimas en muchos semblantes; las mujeres que hace poco la envidiaban deponían ahora sus pasiones y la miraban con lástima mezclada de ternura; los hombres, antes resentidos por sus desdenes, dejábanlos á un lado, y hubieran querido, á costa de su sangre, volverla de nuevo al mundo y á la vida.

En primera fila, don Antonio de Toledo, pálido y como si presa de un vahído tuviera necesidad de todas sus fuerzas para mantenerse en pie, apoyábase en el brazo de don Luis de Talavera, su íntimo amigo, y seguía con ojos de tristeza á doña Blanca, viendo en aquella forma vagarosa y esbelta algo así como el fantasma de su felicidad que le huía y que le huía para siempre. Cuando la joven pasó delante de él, púsose encarnado primero, luego se quedó muy pálido: una frase subió á su garganta y aún se asomó al exterior; pero hizo él un esfuerzo de voluntad y la frase se quedó vagando por sus labios descoloridos; doña Blanca alzó los ojos y le envolvió en una de esas miradas indiferentes que hielan la sangre y parecen detener el movimiento de la vida. Pero en el mismo momento, y cuando separaba los ojos para volverlos á fijar en el suelo, cubierto de musgo, que servía de alfombra á sus pequeños piecillos, se encontró con la mirada de un elegante caballero, que cerca de la puerta por donde debía entrar la comitiva, esperaba su paso sin impaciencia. ¿Quién era aquel hombre? Doña Blanca no le conocía, no le había visto nunca en la corte; noble, á juzgar por su figura distinguida, de alta cuna, á juzgar por lo gallardo de su presencia y la esplendidez de sus vestidos, estaba pálido, muy pálido, más aún que don Antonio.

Como poseído por determinada idea no movía sus ojos, clavados con insistencia en doña Blanca desde que ésta salió del templo, y había tal expresión en su mirada que se hacía repulsiva y al propio tiempo atraía. No era esta mirada la de un enamorado, la de un admirador, la de un hombre sofocado por un deseo; pero no era tampoco la de un indiferente. Parecía llamar á sí la atención de los demás y rechazarla una vez habiéndola conseguido; empezaba inspirando un gran interés, y concluía por inspirar una gran repulsión. Veíase á primera vista que no era un hombre como los demás, sino que debía constituir por sí solo un carácter. Energico, nada impresionable, acostumbrado á dominar, parecía no atraerse, sino imponer su yugo á las voluntades.

Siendo esto así, ¿por qué latió más de prisa que de costumbre el corazón de doña Blanca cuando la mirada del joven vino á clavarse en su rostro con expresión indiferente en un principio y harto interesada después? ¿Qué voz fascinadora y halagüeña como silbido de serpiente murmuró en sus oídos palabras que enrojecieron sus mejillas? ¿Qué sensación jamás experimentada recorrió todo su cuerpo? ¿Qué deseos eran aquellos que despertaban imperiosamente, ordenando como señores, no sumisos como vasallos de su voluntad? Fué aquello un instante; ménos, mucho ménos que un segundo; tuvo la duración del rayo, pero también tuvo sus efectos. La multitud no se apercibió de nada. Sólo el desconocido pareció notar la impresión que había causado, y desde aquel momento no separó la vista de la joven, que prosiguió con calma su camino, volviendo á hallar su expresión dura y su aire glacial.

Cuando llegaron al claustro empezó una oración el sacerdote y la puerta se abrió de par en par, ofreciendo un espectáculo interesante. Las monjas, formadas en semicírculo, tenían en el centro la cruz de oro de la comunidad y junto á ella la abadesa y dos novicias que llevaban ciriales. Los curiosos se alzaron sobre las puntas de sus pies para mirar mejor y tratar de sorprender entre aquellas blancas tocas y bajo aquellos toscos hábitos historias interesantes. Hizo la abadesa algunas preguntas á doña Blanca, que contestó á ellas con voz tranquila y sonora, y cerrándose de nuevo la puerta del claustro, el sacerdote, y tras él la muchedumbre, volvió á la iglesia donde iba á terminar la ceremonia, mientras en el interior del convento las monjas, marchando procesionalmente á la iglesia y cantando un himno religioso,

llevaron á la nueva novicia al coro, haciéndola arrodillarse cerca de la reja. Luego, tras una breve plática del sacerdote, doña Blanca, á la vista de todos, se postró de rodillas ante la anciana abadesa, y despojándose de la corona y el velo que la ceñía, quedaron sus cabellos tendidos en ondas sobre sus hombros; después unas grandes tijeras se hundieron en la espléndida madeja, se oyó un leve ruido, y la callera cayó al suelo cubriéndole en un gran trecho con una alfombra de negrura mate. Al sentirse despojada de aquel adorno que constituía su más legítimo orgullo, doña Blanca no pudo contenerse, y aunque por breve espacio, una oleada de carmín tiñó su rostro; por un movimiento irreflexivo volvió la vista al templo y se estremeció: pegado á la reja del coro, al lado de los sacerdotes, acababa de ver al joven desconocido que tan rara impresión causó en ella, el cual parecía reprimirla con el lenguaje mudo de los ojos por haber consentido aquel acto que cedía en menoscabo de su belleza. El órgano entonaba entonces una música llena de ternura. Levantóse doña Blanca, y después de besar la mano á la que ya era su superiora, fué sucesivamente abrazando á las que ya eran sus hermanas. Corrióse el tapiz que ocultaba el coro á los circunstantes, se retiraron los sacerdotes, apagáronse las velas que ardían en los altares, y la multitud se retiró, impresionada por el acto á que acababa de asistir. La ceremonia había concluido.

Inútilmente don Antonio, que con sus ojos de amante desdeñado había advertido la presencia del desconocido en la toma de velo, le buscó con empeño y preguntó por él á sus amigos. Nadie le conocía, y el celoso se retiró á su casa á devorar la pena que le torturaba.

La tarde había caído. Las sombras de la noche, descendiendo de las cumbres, envolvían el valle. Las estrellas empezaban á lucir. Retirada su celda doña Blanca, ocultando el lindo rostro, sentía deslizarse por sus mejillas dos lágrimas abrasadoras: aquella tarde el tañido de la campana del convento sonaba en sus oídos como no habiéndose nunca.

## IV

Largo espacio de tiempo es un año para el que lo vé trascurrir esperando al final una alegría; breve en extremo para el que aguarda un gran dolor. Cuando al año siguiente, sonaba de nuevo la campana del monasterio convocando al pueblo para otra fiesta más solemne, la profesión de doña Blanca, don Antonio de Toledo, vistiéndose para asistir á la ceremonia, más pálido y más conmovido que lo estuvo el año anterior, se preguntaba si, en efecto, habían ya pasado los doce meses de trégu que da la religión al alma que acude á ella para convencerse de que una verdadera vocación y no un arrebatado del momento la llevan á sus pies.

Y es que el pobre enamorado aguardaba siempre que un suceso cualquiera torciese la inclinación de doña Blanca. Esta esperanza era su único consuelo, y á ella se asía como el náufrago debe asirse á la única tabla que el empuje de las olas que le combaten pone al alcance de su mano. En este año de trégu había encontrado su herida en vez de cicatrizarse como esperaba el infeliz. Privado, durante todo él de la vista de la que amaba, su imaginación la había prestado más atractivos. Y en sus horas de desesperación, en sus noches de insomnio la veía más hermosa, por lo mismo que estaba más lejos, y la amaba más, por lo mismo que comprendía lo imposible de su quimera. Indiferente á cuanto le rodeaba, puede decirse que en el año de noviciado de la joven, él no había vivido la vida de los demás. Sólo salía de su casa por las tardes, para pasear por las orillas del Tajo y mirar desde lejos el convento que á la sazón encerraba sus alegrías. Y muchas tardes, en esa hora divina del crepúsculo en que el sol se oculta tras las montañas y la naturaleza toda parece ponerse de acuerdo para despedirse, á los últimos rayos del poniente que daban reflejos de oro y púrpura á las nubes agrupadas en el horizonte, la mirada del enamorado mancebo, tras pasando las entrecruzadas celosías que resguardaban las rejas del convento, había creído distinguir el brillo de unos ojos que le seguían.

Aquellos ojos eran los de doña Blanca. Se lo decía la emoción interior que conmovía todo su ser; la palidez que invadía sus mejillas, el desvanecimiento que, un instante, trastornó su cerebro y pasó un velo por su frente.

Una tarde, sobre todo, se retiró á su casa, seguro de haber visto á doña Blanca.

Era un día de invierno; la atmósfera estaba saturada de vapores; todo parecía presagiar tormenta. El aire era pesado. El cielo, cubierto por densas nubes plomizas, parecía llover sobre los campos copiosa lluvia de tristeza; la naturaleza callaba como presa de un gran dolor. Los pájaros volaban asustados, tratando en vano de esconderse tras las escuetas ramas de los árboles. Don Antonio, rendido por un largo paseo, se sentó, distraído, en una pequeña eminencia enfrente, y no distante del convento, y allí pasó más de una hora sin apartar los ojos del severo edificio. Detrás de la reja de una de las celdas, distinguía una forma blanca, inmóvil, en quien su afán de enamorado adivinaba la figura de la mujer querida, que sólo había nacido para amargar su existencia.

Empezaba á cerrar la noche. La oscuridad tendía su manto, y á medida que la luz se alejaba, parecía aproximarse la tormenta pronta á estallar. Las campanas de las iglesias de Toledo tocaron el *Angelus* y á sus ecos la forma blanca se arrodilló apoyando su frente, ceñida por la blancotoca, contra los hierros de la reja. Don Antonio se arrodilló también; sus labios se movieron en honor de la virgen galilea, y en voz baja repitió la salutación del ángel... Pero de pronto irguióse amenazador. Algo, como un latigazo, había cruzado su rostro, y sus ojos despedían chispas de furor. La forma blanca se había levantado como impulsada por un resorte, y agarrándose á la reja miraba con ansiedad á un punto lejano. Don Antonio siguió aquella mirada y exhaló un grito de cólera. Un relámpago había rasgado la bóveda del cielo, y á su cárdena luz un caballero, ricamente vestido, gineete en un caballo negro como la fruta del moral destacaba su alta talla sobre el fondo sombrío del horizonte. Era el mismo que, durante la toma de velo de doña Blanca, había mirado de tan extraña manera á la noble doncella; el mismo á quien, terminado el acto, buscó el joven descendiente de los Toledos para pedirle una explicación de su mirada. Don

Antonio bajó precipitadamente del cerro, corrió á su caballo, sujeto á un árbol próximo, montó en él de un salto y se alejó á galope en busca del desconocido caballero.

Vano fué su empeño, vanas sus pesquisas. Dos horas despues volvia á su casa calado hasta los huesos y consumido por la fiebre. No habia podido alcanzar á aquel hombre, que se desvaneció como un fantasma. Se acostó, y pasó aquella noche delirando. El nombre de doña Blanca y el recuerdo de su rival se mezclaron en su delirio, como en su corazon se cruzaban dos deseos: el deseo de amar y el deseo de verse.

Era, en efecto, doña Blanca, la forma esbelta y graciosa que don Antonio adivinaba desde lejos. Dios ha dado la doble vista á los amantes verdaderos, para que vean, aunque no esté ante ellos, al objeto de sus amores, y con esta facultad que destruye la distancia se burlan ellos de la ausencia.

Tambien la jóven veía á su desdenado adorador y le compadecía vivamente. Aquel amor tan grande, tan intenso, resistiendo á todos los obstáculos, fuerte ante sus desdenes, siempre sumiso, siempre respetuoso, consumiéndose en la hoguera que por sí mismo encendia y alimentaba constantemente, habia acabado por inspirarla algo más que el desdén y la indiferencia. La compasion se alzaba en el fondo de su alma, y muchas de aquellas tardes, en que le veía triste y pensativo, tratando de rasgar el aire con su mirada escrutadora, dulces lágrimas invadieron las mejillas de rosa de la doncella que lloraba ante aquella desgracia de que se reconocía única causa.

Esta compasion que don Antonio la inspiraba ahora, con ser tan extraña, era un síntoma precioso de la lucha que sostenia su corazon, antes mudo, impasible. El hielo de la indiferencia se habia roto. Ya no era doña Blanca aquella estatua de mármol que por nada se conmovia, por cuyas venas parecia no correr la sangre; no. Ya sentia; diversos sentimientos empezaban á germinar en su alma, semejantes á las primeras flores que brotan de un campo cuando el sol de la primavera funde los hielos invernales. Un gran cambio se operaba en ella.

¿Qué lo producía? ¡Ah! Su rostro se hubiese tenido de carmin á esta pregunta y un torrente de lágrimas hubiera empapado sus mejillas. Quizá antes de contestar al indiscreto hubiera preferido morir. Pero no por eso era ménos cierto el fenómeno. Doña Blanca comprendia ya el amor, se daba cuenta de los dolores tan punzantes que causaban sus heridas... ¡Estaba á un paso de él! ¡Amaba ya!...

Y cómo se esforzaba en no creerlo! En sus largos días de soledad, cuando desde la reja de su celda vivia en íntimo contacto con la naturaleza, en eterno coloquio consigo misma, queria resistirse á la evidencia, que acababa por rendirla. El canto de los pájaros, la union de las flores, tenian ahora encantos que antes pasaron inadvertidos para ella. El viento, que llevaba á su celda los perfumes de los campos, la decia muchas cosas, incomprensibles á veces, pero que siempre acababan empañando la limpidez de sus ojos. Su imaginación, excitada por lecturas místicas, sufría éxtasis divinos, en medio de los cuales su espíritu parecia bañarse en un océano de ternura.

Y en estas horas de celestial delirio, en estos largos instantes de grata melancolía, una figura brillaba siempre ante ella, mirándola friamente y con desdén, del mismo modo que ella miraba á sus víctimas en otro tiempo: era el caballero de alta talla y apuesto continente, cuya presencia en su toma de velo la conmovió de tal manera. Hija de los deseos de su corazon, de las locas aspiraciones de su fantasía, aquella figura pasaba y volvia á pasar ante sus ojos asombrados, abrumándola siempre con el peso de su desdén. Cuando la vision se desvanecía aun quedaba su imagen flotando como una forma vaga en la pupila de la jóven.

Solo una vez le habia visto desde entonces: la tarde en que los celos volvieron á elavar su aguijon envenenado en el pecho de don Antonio. Pintóse de repente en el horizonte, y pasó despues entre el fulgor del relámpago que en el mismo momento rasgó el cielo; y tan rápido fué, que se quedó doña Blanca preguntándose si era real ó fantástica la aparicion. En vano le aguardó otros días. El incógnito caballero no volvió á aparecer.

La pequeña capilla del convento estaba resplandeciente. Como en igual día del año anterior, toda la nobleza toledana estaba allí, en los bancos que preparó el cuidado de la comunidad; el pueblo se agrupaba en el fondo; por la puerta medio cerrada se veía á los que habian llegado tarde para entrar. Todos querian ver por última vez á doña Blanca.

El momento era solemne; nada turbaba el silencio; hubiérase podido oír el aleteo de una mariposa. En el coro, arrodillada al pié de una pequeña ventana, la última descendiente de los Silva acababa de firmar con mano segura su renuncia al mundo y á sus pompas; un sacerdote subió al púlpito, y con voz conmovida dirigió una breve plática á la profesa. ¿Quién no sabe lo que es una profesion? Cuando la jóven firmó, todos los concurrentes lloraban. Ella, muy pálida, respiraba con fuerza, como si faltase aire á sus pulmones. En estos casos no hay corazon que no acelere sus latidos, ni cerebro que no vacile. Una profesion es mil veces peor que la muerte. Muere un cuerpo, y el pensamiento adivina un más allá; pero muere un alma y el pensamiento retrocede, se asusta, tiene frío...

Terminó su discurso el sacerdote, acabó la misa en que la comunidad daba gracias á Dios por su misericordia, la multitud empezó á salir del recinto, y se cerró el ventanillo del coro abierto ante doña Blanca. Pero cuando ésta se levantaba para retirarse, dirigiendo una última mirada á aquel mundo que la dejaba para siempre, dió un grito y rodó al suelo desmayada. Hundido en el rincón más oscuro de la capilla acababa de ver al desconocido que clavaba en ella sus pupilas de fuego.

Don Antonio oyó este grito y se volvió hacia el coro... El ventanillo se habia cerrado ya. La iglesia estaba desierta... Se dejó caer de rodillas sobre el pavimento, apoyó la cabeza en un sillón y empezó á orar en voz baja. Rezaba por la paz de la única mujer á quien habia amado, y por la paz de su corazon perdida para siempre.

## V

La tradicion no dice el tiempo que trascurrió desde este último suceso hasta el momento que vuelve á reanudar su relato. Se limita á consignar que don Antonio de Toledo seguía amando á doña Blanca, encerrada en el convento con la misma fé que la amara cuando aún en el mundo podia hacerla suya y ser su esposo.

Y despues de consignar esta afirmacion, tan grave para la salud del jóven, sienta otra mucho más grave todavia: doña Blanca de Silva, por otro nombre Sor María de los Angeles, y el caballero desconocido cuyo apellido no sabia nadie, cuyo blason no habia visto ninguno, se amaban, y se amaban con un amor del infierno, amor sacrilego que no retrocedia ante la majestad del santuario, ni ante lo solemne de unos votos hechos al pié de los altares.

¿Qué revolucion habia conmovido tan hondamente los sentimientos de doña Blanca? ¿Cómo el espíritu del mal habia vencido en la tenaz lucha que debió estallar en su alma? ¿Qué armas habia empleado la tentacion para obtener tan gran victoria? Misterios son estos que guardaron eternamente las paredes de una celda, mudos testigos del combate; desesperaciones de una conciencia que no salieron al exterior; vacilaciones, dudas, pensamientos sacrilegos, arrebatos impuros, resistencias inútiles, que ocultaron entre sus correctos pliegues unas tocas y un hábito de la orden de San Bernardo. ¿Quién puede decir cómo caian los anacoretas, los ermitaños, los ascetas, que diariamente reñian desesperada lucha con el demonio, cuando éste acababa por vencerlos?

¿De qué manera habian llegado los amantes á ponerse en comunicacion, rompiendo así lo estrecho de la clausura y lo fuerte de las rejas que solo dejaban paso á los rayos del sol, y áun eso penosamente y por los huecos que dejaban al cruzarse sus barotes de hierro? Fácil de contestar es la pregunta, habiendo como habia en el convento mandaderos y sacristanes, gente fácil de comprar, y siendo el galan bastante rico para verter el oro á manos llenas.

Cuando vuelve la tradicion á tomar el hilo de su relato nos pinta á doña Blanca, en su celda, agitada y temblorosa, leyendo ansiosamente un billete misterioso que acababa de dejar en sus manos, haciéndola un signo de inteligencia, una de las man-laderas del convento.

«Todo está dispuesto; esta noche, al dar las diez, te aguardaré en el parque. La puerta del jardin nos dará acceso al campo y mi gente nos aguardará con caballos juntos al río. Antes que luzca el día estaremos lejos de aquí. Esta noche á la diez; no lo olvides, y pronto serás mía para siempre.»

Intensa palidez se extendió por sus mejillas dándole aspecto cadavérico; tornó á leer la misiva que parecia abrasarla con su contacto, y despues la rompió convulsivamente en pequeños pedazos que arrojó por la reja, mirando á todas partes con cuidado cual si temiera haber sido observada. Luego se sentó, y con voz balbuciente comenzó á hablar sola, recurso de los que están agitados por una crisis violenta:

—¡Esta noche á las diez!... decia. No tengo más que bajar al jardin para ser suya, para calmar este afan que me consume... ¿Qué es esto que me pasa? Parece que corre por mis venas una corriente de fuego; que brasas ardiendo caen sobre mi cráneo, y horadan mis sienes y punzan mis ojos. Me ahogo, y siento frío al mismo tiempo; calor, mucho calor dentro de mí sér, y frío, mucho frío en cuanto me rodea. Fria está la celda confidente hace tiempo de mis amarguras; frío el coro en que mi lengua pronuncia frases sin sentido que á todos les parecen oraciones y á mí me suenan á blasfemias; frío el templo, con sus lámparas solitarias, sus imágenes en la sombra, sus naves desiertas, sus ámbitos oscuros y su bóveda á media luz. Y fuera de aquí, todo tambien está frío y está triste. Ese campo donde yacen marchitas y sin calor todas las galas del estío, esos montones de hojas secas que barre el viento huracanado del otoño, esos árboles con sus ramas esqueléticas y sus nidios abandonados, ese cielo plomizo que parece pesar sobre la tierra, ese horizonte preñado de nubes negras, en cuyo seno brillan de cuando en cuando los relámpagos y se adivina el trueno como si fueran las pupilas y las palpitations de la tempestad...

Calló un instante; ocultó la cabeza entre las manos y luego tornó á su monólogo:

—¿Debo huir? Aún es tiempo. Si yo dejo de acudir á la cita de esta noche, ese hombre partirá, despreciándome, porque muchas veces me ha dicho que me despreciaría si yo no lo pospusiera todo á él. Lo quiere todo; mi amor, mi honra, mi nombre sin mancha, mi salvacion eterna... Y yo se lo doy todo, porque todo lo arriesgo en esta lucha... Pero, ¿á qué resistirme, á qué llorar? Su amor antes que el mundo, antes que Dios... ¡Oh!... ¿Qué he dicho!...

Y asustada de las palabras que acababa de pronunciar cayó de hinojos ante el crucifijo que adornaba las blancas paredes de su celda.

—¡Dios mio, tened piedad de mí! Os soy perjura, pero hay algo en mi interior que me impulsa hacia el abismo en que voy á caer. Padezco mucho, Dios mio; todo lo que en mí orgullo y mi soberbia hice padecer á los que en otro tiempo me ofrecían su amor y su fortuna. Ahora leo en mi pasado. No fué la vocacion, sino el hastío, quien me trajo á tus altares; reconozco mi culpa, y sin embargo, voy á aumentarla todavia. No veo, no quiero ver el camino de la penitencia... Pues entonces, ¿á qué te invoco, si no puedes tener piedad de mí?—

Lágrimas abundantes bañaron su rostro; los últimos rayos de la tarde se apagaron en el cielo; la oscuridad empezó á invadir la celda. Las campanas del convento repetían el toque de ánimas, y doña Blanca, incapaz de resistir por más tiempo su dolor, le acompañaba con sus sollozos.

## VI

—¿Estás seguro de lo que me dices, Pascual?  
—Y tan seguro, don Antonio. Tal es el mensaje que he recibido de Blasa: Dí al amo que esta noche á las diez es la hora fijada para la fuga. Doña Blanca bajará al jardin y allí la esperará ya su...  
—¡Calla!

—Como querais, señor.  
—Toma este bolsillo para tí; promete otro igual á tu mujer, y que yo no sepa que ni ahora ni nunca decís una palabra del suceso, pase lo que quiera, porque os costaría caro.

—Dios os guarde, señor.  
—El te acompañe, si gusta de verse su Divina Magestad con villanos de tu ralea.—

Cuando salió Pascual del cuarto y se cerró tras él la puerta sembrada de grandes clavos, que era uno de los más preciados adornos de la casa de los Toledos, empezó don Antonio á recorrer la estancia á grandes pasos.

—Ese hombre ha hechizado á doña Blanca. Ella tan noble, tan altiva, que á todos desdeñaba, que se burlaba de todos, arrastrarse de esa manera por el fango... ¡Ella! La mujer á quien yo creía pura como la misma madre de Jesús, buena como el ángel más querido de Dios... Es infame, es sacrilega, es perjura, y la amo todavia, y aún me siento capaz de perdonarla, de volverla mi estimacion, mi cariño... Sí; aquí hay algo de hechicería, algo de infierno... Pero yo juro á Satanás que el hechicero no vá á salir airoso de su empeño. O la carne que cubre sus huesos ha sido fabricada en las calderas infernales, ó mi espada abrirá en ella un agujero bastante hondo para que dé paso á que salga su alma ó á que entre á basearla el demonio que la ha de recoger.—

Y ciñéndose el mejor acero toledano que cñiera jamás caballero alguno se aseguró que al otro lado llevaba la daga, tomó el chambergo y salió de la estancia cerrando la puerta de un golpe que hizo estremecer toda la casa.

## VII

La noche era pavorosa. Apenas la luz del día desapareció del horizonte, se espesaron las nubes, arreció el viento, y se desencadenó la tempestad. Los relámpagos se cruzaban en la atmósfera, como llamaradas brillantes. Los truenos se sucedian con horrible estrépito. El Tajo engrosaba sus aguas y batía con fuerte empuje los estribos del Puente de San Martín lanzando luego sus olas enrespadas contra los peñascos que forman por este sitio las dos orillas de su cauce.

Apostado tras uno de los pilares que cerraban el pórtico del convento en que habitaba Sor María de los Angeles, un hombre, con el sombrero echado hacia adelante y el embozo de la capa subido lo suficiente para no dejar al descubierto más que los ojos, acechaba el camino que al Monasterio conducia, iluminado alternativamente por el fulgor de los relámpagos.

Mucho tiempo llevaba así. De pronto, el reló de la torre dió diez campanadas.

—¡Es la hora!—murmuró, y echó atrás el embozo, como si temiese ser cogido de improviso.

En el mismo momento una sombra apareció en el camino, cual si evocada por un conjuro, surgiera de la tierra, y fué á pasar rápidamente por delante del átrio de la iglesia para llegar hasta el jardin.

—¡Alto, villano!—dijo el que aguardaba, saliéndole al encuentro con la espada en la mano derecha y la daga en la izquierda.

—¡Don Antonio!—gritó el que acababa de llegar.—Retírate, y no te opongas á lo que no es sino un castigo del cielo.

—¿Tienes miedo, miserable? Defiéndete, ó te mato.

—¡Déjame! Doña Blanca me espera...—  
Silbó un acero en el aire, y el recién llegado dejó escapar un grito. La espada de su rival acababa de cruzarle la mejilla.

—¡Tú lo quieres. ¡Sea!—rujió el desconocido, echando mano á su espada.

La oscuridad era muy densa; pero no es difícil para una buena hoja encontrar, aunque sea á tientas, el camino del corazon. A los dos minutos don Antonio de Toledo caía al suelo, exhalando un gran suspiro, y su contrario seguia en direccion al jardin del Monasterio.

La lucha habia durado un instante nada más. El desconocido llegó al jardin, saltó rápidamente la tapia, y sin vacilacion ninguna, como si viera en medio de las tinieblas, dió algunos pasos adelante, á tiempo que la puerta del convento se abria misteriosamente, y una forma blanca, airosa y esbelta, se dibujaba en el umbral.

—¿Sois vos, doña Blanca?—dijo en voz baja el desconocido.

—¡Tengo mucho miedo!—murmuró temblando la jóven.

—No temais; venid por este sitio...—y un azulado rayo de luz iluminó el camino que el caballero señalaba con su mano.

Doña Blanca se dirigió á él, en tanto que su amante la salia al encuentro. La infeliz temblaba como las ramas secas de los árboles, que golpeadas por el viento parecian exhalar quejidos de dolor. Ya estaba cerca de su amante, ya estrechaba con afan una mano de éste entre sus manos calenturientas, cuando un trueno espantoso se dejó oír, una cullebra de fuego rompió el negro manto de la noche, y desgajando los troncos que halló á su paso, abrió un ancho pozo en medio del jardin.

Oyóse un ¡ay! de dolor, y dos cuerpos cayeron á tierra y se despeñaron al fondo del abismo que se acababa de abrir. Poco despues las campanas del convento tocaban á rebato. El rayo habia destrozado parte del ábside, y la comunidad, excepto doña Blanca de Silva á quien no se halló en su celda, imploraba de hinojos en el coro la misericordia de Dios contra el demonio de la tempestad.

## VIII

Al otro día se encontró muerto en el átrio á don Antonio de Toledo, con el pecho atravesado de una estocada.

La desaparicion de doña Blanca fué un misterio para todos, pues no volvió á saberse nada de ella. Solo cuando estaban próximos á morir Pascual y Blasa confesaron á un sacerdote el misterio que poseian, y desde entonces nadie duda en Toledo que hay algo de sobrenatural en esta historia.

Y cuando os la refiere el cicerone en el mismo jardin del convento, abandonado hace muchísimos años y hoy casi por completo destruido, donde tuvo lugar la aterradora escena,

si la noche se echa encima, le vereis apresurar su relato y mirar con frecuencia á un lado y otro: teme sin duda que el caballero desconocido de la leyenda venga á pedirle cuenta de algun detalle que haya olvidado su memoria.

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

## GARFIELD.

(CONCLUSION.)

Y cuando desde lo alto de aquella majestuosa gradería se miraba aquella muchedumbre prostrada, sigilosa, amante, y sus rostros afligidos, y sus cabezas desnudas, y sus ojos húmedos, y antes se extinguía la mirada atónita en el distante espacio, que el gentío respetuoso y en las avenidas del admirable Capitolio; cuando se veía faz á faz el generoso premio, y aquel tributo de amor pagado al mártir, sentíase, el que miraba, poseído de todas las excelencias de la grandeza y las embriagadoras seducciones del martirio. Tras el féretro iban, unidos por un dolor visible en ambos, los enemigos airados de la víspera: el nuevo presidente, Arthur, y el jefe del Gabinete de Garfield, Blaine; Windom, celebrado ministro de Hacienda, y el jefe del cuerpo judicial; el general Grant, que ha mostrado en esta muerte pesar profundo, y el general Beale, su frecuente compañero. Iban los miembros del Gabinete, Swaim y Rockwell, los dos tiernos amigos de Garfield, su Mecenaz aquél, su Píladés éste; los fieles secretarios del presidente muerto; funcionarios notables, y los brillantes oficiales del amaestrado ejército y la famosa armada de la Union. Traspusieron la escalera de mármol; pasaron bajo la puerta de bronce; dejaron el cadáver sobre el catafalco mismo en que estuvo expuesto, largos años há, el cadáver de Lincoln. El cuadro alegórico de Brumidid, el cuadro de la gloria americana, coronaba, como las nubes á la tierra, el féretro. Arriba, sobre la cúpula, la estatua de la Libertad saluda al sol que nace á sus pies, bajo el pavimento; ábrese la cripta que destinó el Congreso á Washington; y allí, en el lado de Oriente, extiéndese el pórtico en que prestó, en el día glorioso de la inauguración, su solemne juramento. Franjas de plata en terciopelo negro adornan el sencillito catafalco. Así ha de ser la muerte cuando se ha vivido bien, luego de la vida: en negro terciopelo franja de plata.

Al día siguiente una rueda nueva reemplazaba á esta rueda rota. El nuevo Jefe de la Nación, que entre dramáticos incidentes y en una hora de real y viril amargura había prestado, en un artístico aposento de Nueva York, la promesa de lealtad á su alto cargo, la prestó segunda vez, en el salón del Vicepresidente en el Capitolio, en conformidad á la histórica ceremonia nacional. Digno fué el acto, como han venido siendo siempre dignos todos los actos de orden personal del nuevo Jefe. No la usual multitud de ilustres curiosos, sino escaso número de graves funcionarios ó celosos amigos, asistieron, por especial invitación, á la ceremonia. Allí, entre altos Magistrados y Secretarios de la Presidencia, el Justicia Mayor, en su severo traje oficial, tomó al nuevo empleado de la Nación el juramento de su empleo: «*Juro solemnemente que cumpliré con fidelidad el cargo de Presidente de los Estados Unidos, y preservaré y defenderé con toda mi energía su Constitución.*» El Presidente, que había tenido la mano puesta sobre la Biblia abierta que mantenía un funcionario de la Suprema Corte, inclinó su robusto y alto cuerpo, besó humildemente la Biblia, y dijo con voz firme y distinta: «*Juro: así, ayúdeme Dios!*»

Y con grave ademán sacó del pecho un breve manuscrito, y trémulo al comienzo y con las manos agitadas, mas luego con voz clara y manos serenas, leyó su varonil discurso de inauguración en que elogió á aquel contra quien combatió, ofrece luchar por lo que él luchó, y asegura que cumplirá al país las promesas de reforma osada y hábitos puros que su predecesor había iniciado en el Gobierno.

¿Ni cómo, ante la universal admiración al generoso muerto, hubiera podido decir en su discurso inaugural cosa distinta? Mas, porque se le pudiera suponer y supone, no caudillo de sus parciales, sino parcial de otros caudillos, recabó en frase enérgica y oportuna la suma de autoridad que cabe en la Presidencia y anunció el propósito de ejecutarla.

De la ciencia es padre el tiempo. Y es la política como cera blanda, que se ajusta á un molde inquieto, variable y hervidor. Como hunde el crepúsculo el día y la noche, así á la sombra de este ataud, aunque á la larga hayan de reaparecer, se han comprendido por el dolor, y por el respeto, y por la necesidad de bien parecer, y por la utilidad que de ello les viene, las dos secciones del partido republicano.

Mas las lides políticas, que ya en estos días cobran aire y vigor de novedad, cesaron en la semana de ceremonias fúnebres, avergonzadas, y no llegaba de ellas noticia alguna á la aflijida familia nacional. A un coronel que intentó—porque es ley que en el hueco del árbol en que se posa el águila anide la serpiente—revivir las calumnias que contra Garfield se lanzaron en la ágría campaña electoral, en un artículo publicado á raíz de la muerte del noble presidente, le persiguieron indignados, y con aplauso de la comunidad ofendida, los estudiantes de la villa: sitiaron su casa,

recorrieron en procesion amenazadora la población; con proyectiles llenos de tinta señalaron la fachada del edificio del periódico; juzgaron como á ser extraño á la especie humana al coronel y lo quemaron en efígie.

Demócratas y republicanos han llorado y lloran, en comun, la pérdida del jefe honrado; y en aquella muchedumbre que se acumuló en Washington á ver los restos del magistrado difunto, era de ver, con júbilo; cómo, por primera vez despues de la guerra, los odios de los hombres se endulzaban frente á la tumba del que no tuvo nunca odio. Luchó contra el Sur, por la gloria de la nación, la redención de los esclavos, y por asegurar la libertad; pero amó al Sur. En su corazón apostólico no cabían hidras. Guardaba la justicia para abatir á los malvados; mas era naturaleza de su juicio la cordura, y bondad era en su corazón naturaleza.

Así, negros inválidos de los Estados rebeldes formaban en la procesion interminable que aguardaba en las calles desde el alba, su momento de entrada en el capitolio, al lado de elegantes damas de Washington, de corpulentos californianos y despiertos neoyorquinos. Arrastraban su pierna herida, ó su muleta ponderosa, largas horas; y ascendían, como el muerto el día anterior, la escalera de mármol; y entraban, como el muerto, por la puerta de bronce; y sobre ellos, como sobre el muerto, brillaba cual brilla el cielo sobre los hombres el cuadro de las glorias americanas, y de pié, sobre la cúpula magnífica, la estatua de la libertad mirando al sol naciente. Vió aquel día la imponente rotonda 150.000 seres humanos. Las madres llevaban en los brazos á sus hijos. Ciego había sido llevado por su amigo. Las gentes pobres de ciudades y aldeas vecinas llegaron cubiertas de polvo, tras viaje de toda la noche, con su cestillo de provisiones en la mano; 6.000 vieron el cadáver cada hora.

Afuera, poseídos de respeto, murmuraban apenas: dentro, traspasados de angustia, rompían á llorar. Una mujer, con los cabellos blancos, juntas las manos en actitud de plegaria, cae arrodillada y casi exánime, murmurando entre lágrimas: «*Querido corazón! ¡Cuánto ha de haber sufrido!*»

Los niños, como quien se acerca al sol y mira una montaña, se detenían con asombro y respeto ante el féretro. Henchía el aire en la rotonda perfume de flores. En una almohada de claveles blancos se leía en siemprevivas azules: «*Nuestro llorado Presidente.*» Sobre una columna truncada de bellas rosas una blanca paloma extendía las alas. Abriáanse á poca distancia del ataud, con flores magníficas labradas, las puertas del cielo. Alzábase no lejos, en forma colosal, la corona de la gloria.

A los pies del catafalco yacía una corona majestuosa y rica, de rosas de Niel, blancos claveles, aromosos jazmines y hojas de geranio, y entre las flores se leía, honrando tanto al enviado como al difunto: «*La Reina Victoria á la memoria del Presidente Garfield.*—Expresion de su pena y simpatía con la señora Garfield y la Nación Americana.» Oh! esta Reina ha domado la etiqueta y ha hecho brillar su corazón. Su angustia durante la enfermedad de Garfield ha sido angustia maternal. Con el alba amanecían en la casa del herido sus telegramas. Su interés era vivo, infatigable. Quería informes propios, no oficiales. Ha estado en espíritu á la cabecera del enfermo. De su trono de Reina ha venido á sentarse en el hogar del labrador de la casa de Mentor. Ha saludado como á amiga á la admirable esposa del Presidente. Ha preguntado asiduamente por su salud y la de sus hijos, y la de la anciana madre.

¿Qué ha faltado en verdad á este hombre que acaba de morir? ¿Ni cómo había de morir hombre tan venturoso? Es su casa transparente, y su vida queda como escrita en bronce. Fué grande en aquello en que se lo es difícilmente—en el hogar. Tuvo tierna, fiel, nobilísima esposa. Pudo verse á sí mismo con orgullo. Tuvo amante, providente, enérgica madre. Ante su fosa llora un pueblo. Y los pueblos se congregan para llorarlo, y por encima de aves rapaces y leones parece que se cierne una paloma.

El día despues del de la muerte, la madre, que era alba en sí y magníficamente pura, se había vestido con el alba, y con sus ojos, que han visto morir 83 años, leía la Biblia. Termina el pacífico y señorial almuerzo de las casas de campo americanas: la anciana quiere leer el telegrama del día, que le arrebatan.

—Madre—le dicen—¿podrías tú recibir hoy malas noticias?

—¿Por qué? ¿por qué?

—¡Madre, hay malas noticias!

—¿Está muerto?—pregunta la anciana temblando.

—¡Está muerto!

—¿Qué torrente de lágrimas!

—¿Es verdad?—pregunta de nuevo con labios balbucientes.—¡Ayúdeme el Señor! Pues si él está muerto, ¿qué haré yo?

Y leyó con ansia la briosa anciana el periódico del día y decía á cada instante:

—Pues no puede ser que yo viva si él ha muerto.

Extraña luz la que brota de estas amables casas escondidas: más parece que de aquella cabeza venerable, coronada de canas, resplandece luz suave de aurora boreal.

No ha visto Washington procesion más imponente que la que el día 24 de Setiembre acompañó

el cadáver de Garfield á la estacion de que partió el tren que llevó sus restos á donde, á la sombra de los sauces nativos, las paredes del ataud lucharán en vano por resistir la obra transformadora de las entrañas voraces de la tierra. De forasteros y gente de la ciudad estaba lleno Washington. Anchas como plazas son sus calles, y sus plazas son circos; mas á la gran multitud venian estrechas. Habíanse hecho en la hermosa rotonda ofrendas á Dios y ante dos mil afortunados espectadores, los ministros extranjeros, el alto ejército, la alta marina y los cuerpos más importantes del Estado, habíase leído la Biblia, había el Reverendo Isac Erret elevado al cielo elocuente plegaria, y el pastor de la iglesia que fué en Washington la iglesia de Garfield, había honrado en hermosas frases al que él llamó Garfield el Bueno.

Una música suave, que semeja vapor que se eleva ó lumbre que se extingue,—la música del «*En el dulce porvenir.*»—acompañó el cadáver á la arrogante carroza fúnebre. Allí todo el ejército; allí las bandas; allí la policía montada, á la vanguardia; el Estado Mayor, zuevos, veteranos, infantes, artilleros, cadetes y marinos; allí cañones con arreos de duelo, y el gran ejército de la República, y los jóvenes del Club Conckling en su traje azul, y Caballeros Templarios de Washington, y Templarios de Baltimore, que de allá vinieron para dejar á los pies del Presidente una gran cruz de Malta, de muy ricas flores. Y tras ellos, en el carro suntuoso, el cadáver; y en su torno, numerosa guardia de honor de oficiales bizarros del ejército. Llegóse al tren; rompió la banda de marina en un místico aire: «*Salvo en los brazos de Jesús!*»; colocaron en su carro de viaje el féretro, sobre el cual, pendiente de la ornada techumbre, abría las alas de flores blancas y amarillas una gran mariposa; y era tal la compacta muchedumbre en torno á la estacion de la vía férrea, que luego de ido, con su carga que no había de tornar, el tren fúnebre, trascurrió largo tiempo sin que se diseminara la gigantesca masa humana y volviera á su calma la ciudad, vacía de su grande hombre.

Los jardines del tránsito habían sido segados, como las ramas más frescas de los árboles para honrar al muerto. En las estaciones en que se detenía, se detenía sobre rosas. Desiertos quedaban los pueblos, y sus habitantes llenaban el camino. Iba en el tren fúnebre la esposa fidelísima: con los restos de su esposo vino de Long Branch, en solemne hora, hurtándose á los ojos extraños; cerró tras sí las puertas de la rotonda del Capitolio, y habló á solas con su esposo muerto; y con él iba á Cleveland; á Cleveland, la ciudad de los funerales. ¡Largo, tristísimo, imponente viaje! La noche, negra; el campo vasto; fragante el aire; el tren, veloz. Silbaba la locomotora en la campiña; las brisas en los árboles rumoreaban, y corrían los arroyos en la naturaleza, junto á aquél en quien había cesado ya de correr el arroyo de la vida. Sonaban en la media noche las campanas de iglesias y de escuelas, grave, lúgubrememente. En la pradera solitaria y valle ameno, veíanse á la tibia luz de la aurora, grupos de campesinos que aguardaban el paso del tren con la cabeza descubierta; labradores con el rostro místico; labradoras que, en tributo al muerto, le ofrecían el reposo nocturno.

En Cleveland, en tanto, era día la noche y todo anhelo y rivalidad por recibir al glorioso huésped. La quieta, la religiosa, la modesta Cleveland, erigia con singular presteza, en su mejor plaza, un admirable monumento.

Mas, ¿dónde había ella de alojar á los cien mil espectadores? ¿Con qué provisiones había de alimentarlos ella? Las casas privadas se trocaron en hoteles; las empresas de los ferro carriles alquilaron los asientos de los carros; se juzgó cama buena un monton de césped, ó una silla piadosa; resonaban por todas partes en la ciudad redobles de tambores; lucían las diputaciones militares del país sus pintorescos uniformes; ondeaban al aire las plumas de los cascos; las manos de las damas elaboraban hermosas coronas; de siemprevivas y laureles estaban regadas las alfombras de las casas y las calles.—Campamento era el pueblo.

Llegó el féretro; ocupó su monumento; la multitud se postró ante él. En un alto arco, al fondo, se leían estas palabras:

CORRIÓ BIEN LA CARRERA DE LA VIDA.  
HIZO BIEN LA OBRA DE LA VIDA.  
GANÓ BIEN LA CORONA DE LA VIDA.  
AHORA VIENE AL DESCANSO.

Bullía la generosa poblacion cual cuerpo de súbito henchido con cantidad de sangre extraordinaria. Fué el día una larga procesion al féretro. Fué la noche una inolvidable, romántica, histórica noche. Sobre cuatro empinados arcos, sustentados por negros pilares, listados de oro, se levantaba la dorada cúpula. Yedras y siemprevivas ornaban los arcos; enlutados cañones yacían al pié de los pilares recios; banderas negras colgaban de las elevadas cornisas, y á par de ellas el pabellon de la nacion. Reflejábase la misteriosa luz eléctrica sobre las espadas de los escudos, sobre las barras de plata del ataud, sobre la osada cúpula de oro. Murmuraban los vientos en los árboles; inclinábanse las ramas, llevadas de la brisa, al monumento; con paso silencioso, movíanse en torno de él los centinelas; sobre cruces de musgo y urnas egipcias, sillón vacío, lira, estrella, faro, compás; Biblia de flores brillaba á la luz pálida. Y á

aquella lumbre pálida de ámbar se leía, escrito con siempre vivas rojas en la Biblia: «Tu voluntad sea hecha!»

Lentamente y apoyado en su bastón, subió del brazo de un amigo, las escaleras del catafalco, un anciano cansado, de mirada profunda, cabello rebelde y rostro lívido.

Era Blaine, que en el seno de la vasta sombra, vasta como sus atrevidos pensamientos, venía a dar el último adiós a su compañero fidelísimo, como él osado, como él honrado, como él prudente. Aquel ataud se llevaba tantos propósitos de reforma, tantos proyectos redentores, tantos sueños de gloria. ¡La patria corre tanto riesgo en manos de los ambiciosos! Y bajo la mano nerviosa temblaba la caña, y con larga mirada envolvía el ataud, y sobre su faz lívida, resplandecía la luz eléctrica.

El lunes, día de los funerales, era día oficial de duelo, día de humillación y de plegaria para toda la nación. A un lado pusieron estos cincuenta millones de hombres los instrumentos de trabajo. Se abrieron las Biblias y resonaron los órganos. Cleveland amaneció de pie, dispuesto a la tristísima faena. ¡Día inmenso, en que todo corazón sintió congoja! En ancha plataforma, levantada a espaldas del monumento, en torno de la cual la leal multitud se agrupaba desde la mañana en suma enorme, comenzaron a tomar asiento los hombres más famosos de esta tierra. Era el oficio fúnebre.

Un grupo de mujeres, ocultas bajo espesos velos, sube a la plataforma: ¡es la anciana de 83 años faz a faz de su hijo! ¡Es la compañera de toda la vida, fiel más allá de la tumba! ¡Es la hija trémula! En grupos vienen, y en silencio se sientan los hombres famosos. El uno es Hayes, con su rostro sereno y luciente, sus cabellos rizados, su postura digna, grave, impenetrable.

Cerca de él se sienta, y cierra los ojos, como si el mundo externo fuera ante ellos ménos espacioso y solemne que el mundo interior, el triste Blaine. Allí se reúnen el bizarro Hancock, que llora con rudas y nobles lágrimas de soldado la muerte de su vencedor; el hijo de Lincoln, de marcada faz teutónica, en cuyo espíritu, lleno del grandioso espíritu del padre, deben correr, a la vista de este otro hombre asesinado, aguas amargas. Dos héroes de la guerra toman allí asiento: Sherman, inquieto y penetrante; Sheridan, cuya mirada atrae y deslumbraba. El senador Bayard, que va a ser electo Presidente del Senado, y a entrar, por tanto, en la línea de sucesión legal a la Presidencia de los Estados Unidos, está allí, con su faz patriarcal, reposada y afable, al lado de Jones, el tenaz demócrata, que viene a tributar honores, con su jefe, al caudillo que un año hace los venció en reñidísima contienda. De gobernadores, de guerreros, de afamados políticos, de sacerdotes, de oradores, de los más leales corazones y más claras cabezas del país, se llena al cabo la plataforma. Se entona un himno, que cien voces levantan.

En una lámina de plata, clavada al féretro, se leía esto:

JAMES ABRAHAM GARFIELD.  
NACIÓ EN 10 DE NOVIEMBRE DE 1831.  
HA MUERTO PRESIDENTE DE LOS ESTADOS-UNIDOS  
EN 19 DE SETIEMBRE DE 1881.

Y a sus piés se cruzaban dos ramas de palma, en forma de una V: «Victoria!»

¡Oh! las garras de la muerte habían dejado huellas en su rostro hermoso; como que al paso del negro ángel las rudas alas, hiriéndole la faz, habían arrebatado de él toda la carne. Nidos vacíos parecían los ojos: la barba, como oleaje de mar muerto, caía sobre el pecho; semejaba la frente campo arado. Su mano, como la posaba en vida, posaba sobre el corazón.

Cerradas a los extraños las puertas, abriéronse a la Iglesia. El pastor de la Iglesia presbiteriana leyó a la cabecera de aquél apóstol pasajes de los apóstoles: leyó pasajes de aquella epístola a los Corintios llena de fe divina y ciencia humana; y luego, con voz trémula, alzó la voz a Dios, y dijo:

«Oh tú, que conociste la sepultura de Bethania, aquella tumba abierta del hermano en Bethania! ¡Oh tú, que tuviste compasión de la viuda de Nain cuando cargaba a su amado muerto! ¡Oh tú, que eres el mismo ayer, hoy y eternamente,—en quien no hay mudanza ni noche,—ten merced de nosotros en esta hora, en que nuestras almas no saben ya dónde volar! ¡Mas volvamos a tí! ¡Tú conoces estos dolores que sufrimos! ¡Oh tú, Dios de las viudas, ayuda a este corazón estremecido delante de Tí! ¡Ayuda a estos hijos, y a los que no están aquí! ¡Sé el padre suyo: ampara los en el distante Estado que veló por ellos en su infancia: ampara a esta nación que hoy sangra, y se inclina ante Tí! Truena, Señor, en beneficio nuestro este castigo: guía, Señor, a los que fueron sus compañeros en el Gobierno: haz que de las tinieblas de esta noche de amargura surja un día más sereno, para la gloria de Dios y el bien del hombre. Gracias te damos por el recuerdo de esta vida que se extingue, víctima de su consagración heroica a los principios; gracias porque él fué tu siervo, y te predicó, y enseñó tu vida, y aprendió tu ejemplo, y podemos decir de él ahora: ¡Benditos son los muertos que mueren en el Señor! sus obras van tras ellos. ¡Y ahora, buen Dios, acompaña a estos tristes viajeros en este amargo viaje; fortifícalos y animalos, buen Dios, y llévanos a todos presto a la mañana que no tiene noche, al hogar que no tiene lágrimas, a la tierra que no tiene muerte! ¡Por el amor de Jesús! ¡Amen!»

La locomotora, ansiosa de su carga, mugía ya impaciente a las puertas de la casa: en sus clamores

se extinguieron los del hombre del Señor cristiano; en sus brazos poderosos, brazos dignos de llevarlo, volvía el héroe a Washington. Pusieronle en un carro todo arreado de duelo, donde doce soldados daban guardia; y, como vigilando por su mártir, artesaban el techo en colgantes festones las banderas. El tren, por no interrumpir aquel glorioso sueño, se movió lentamente, y cruzó los prados, costó el mar ancho, se perdió en el luen-go espacio, en tanto que, como familias privadas de su jefe, volvían los moradores de Long Branch a sus desiertas casas, y en aquella que vio morir al hombre bueno se apagaban los últimos ruidos de la vida, se echaban sobre los aposentos vacíos las tristes llaves, y, cual si llorasen la catástrofe terrible, los parquecillos de césped del contorno, antes tan verdes, resplandecientes y galanos, ahora azotados por tanta planta ansiosa, quedáronse amarillos, y como turbios, despedazados, pálidos y secos.

Corrió el tren hasta Washington entre murallas de gente. En Princetown, los jóvenes de los colegios arrojaban guirnalda y coronas al carro funerario. En Filadelfia, al asomar el lúgubre cortejo, descubriéronse docenas de millares de hombres: hacia llorar el colosal silencio. En Wilmington, avalanchas compactas impidieron el paso de la locomotora, que se movía pensosamente por entre ellas. En Washington, la ciudad estaba empedrada de gentes, y colgada de ellas avenidas y plazas, balcones y ventanas, aceras y techos; todo,—desde la estación, totalmente cubierta de paños negros, hasta el Capitolio, aderezado con severo lujo,—rebotaba séres humanos. No hubo en tres horas en Washington una cabeza cubierta. En hombros de artilleros y cercado de un cuerpo escogido de tropas de la Unión, fué el féretro hasta el carruaje que le condujo a la Casa Nacional, tirado por seis caballos arnesados de duelo. Ni un brusco ruido, ni palabras importunas, ni un murmullo siquiera, alteraron aquella paz solemne, sino ahogados sollozos. Y los que estaban contenidos en los pechos, por respeto ó timidez, hallaron libre suelta, y las lágrimas asomaron a todos los ojos, cuando al llegar al pie de la rotunda la vasta procesion, al tocar aquellos peldaños resplandecientes de la escalera del triunfo, al cruzar el féretro ante la estatua del honrado Washington, rompió la banda en sonos melancólicos, y entonó un aire hermoso, triste y caro a todo corazón americano: «*Más cerca, mi Dios, de tí!*» A un lado y a otro de la imponente escalinata, aguardaban el féretro los hombres más ilustres de los Tribunales y las Cámaras.

El, como ellos, fué pobre, y anduvo en fiestas con vestidos raídos, y expuso al sol la faz y al arado las manos. El, más fuerte que Sísifo, había llevado la roca a la cima del monte y sentádose sobre ella. ¡Amó: por eso ha sido amado!

Bajo un arco de inscripciones entró en el cementerio. «Duerma aquel a quien hemos amado», decía en una parte. «Duerma aquel en quien tuvimos confianza», decía en la otra. «Ven a descansar», decía el arco en lo alto. Lo dejaron en tierra. Lo elogió al borde de la fosa el capellan de su valeroso regimiento. Las sociedades corales alemanas cantaron en latín *Integer vitae*, de Horacio. Último coro, que repetía la muchedumbre afuera, cantó de nuevo el aire:

¡Oh de la miés humana segadores!  
Subid a la montaña  
De la sabiduría,  
Y abajo echad vencidos los errores.  
No haya palabra extraña  
Ni ciencia oculta al hombre ¡oh segadores!

Calló el himno: se hundió el hombre en la fosa. El caudillo que como quería el monarca budhista, había acrecentado la misericordia, la caridad, la verdad, la bondad y la piedad entre los hombres; el que vivió en aquella «medianza comedida» que recomendaba a Roscan D. Diego Hurtado de Mendoza; el que, poseído de amor divino, venció todo rencor y traba humana, y del acero de sus aperos de artesano hizo su pluma de senador y Presidente; el que puso su palabra al lado de la Justicia, su espada al lado de la Libertad, y su fortuna a la espalda de su deber; el que, como el Dios de los primitivos hebreos, tomó todas las formas, habló todas las voces y sufrió todas las amarguras de su pueblo; el que batalló en la hora de la batalla, predicó en la hora de la paz, habló en la hora del debate, sufrió en silencio y amó perpetuamente; el que por la excelencia de su virtud subió de la más humilde grada de la escala de los hombres a la cima fulgente; el que vuelve a la tierra blanco como los vellones de cabritillo no nacido que regalaban a sus desposadas los castellanos españoles; el hombre de la humanidad, de su nación y de su tiempo, creador de sí, laborioso y amoroso, mártir caído en la batalla eterna de las fuerzas sáncticas que devoran y las fuerzas divinas que construyen, moría entre himnos, llorado a la par y con igual ternura en los confines todos de la tierra, con la corona de una reina sobre su féretro, y los cánticos de un pueblo colosal acompañado a la inmedida altura el luminoso viaje de su espíritu.

Volvieron los carruajes lentamente: cayó del cielo lluvia triste: volviéronse a sus lares los tributarios fieles: arrebató la multitud las hojas de las rosas, los pálidos helechos; el seco musgo, que había estado a sus plantas, bajo su bóveda, en su féretro; y se sentó en su silla, con la mirada vaga,

la infeliz anciana; y agrupó a sí sus hijos, en su terrible soledad, la viuda esposa.

Nueva York, en tanto, ofrecía una admirable perspectiva. Los templos todos de la nación,—la catedral católica, la sinagoga, la pagoda, la sala metodista, el salón de los libre-pensadores,—los templos todos estaban abiertos. Beecher, Talmage, Adler, Collyer, Chancey, Depeu, hablaban. Moría en las calles el eco de la Iglesia. Nueva York, rígiamente decorada de duelo reposaba y gemía. Negra franja cruzaba los carteles de los teatros. Gravedad y pesar decían los rostros. Eran las calles, colgadas de luto, cual cauce seco de un río negro. Y el río mismo parecía enlutado. Se deslizaban por él los vapores como si no quisieran ser oídos. No era aquella brillante regata y vocinglera batalla de los comunes días: semejaban los vapores escasos, los blancos vapores de la travesía, cruzando lentos y aislados por el agua mansa, como palomas tristes que saben que no han de hallar padre ni madre en el desierto nido. Guardianes de cementerio parecían. Edificios había, edificios babilónicos como el del joyero Tiffani, cubiertos, desde el terrado a las aceras, de merino negro. Con cinta negra atados se vendían los nardos. Como en luegos hilos corre el llanto por el rostro, en luengas bandas corrían por las paredes los símbolos del luto. Ya era su retrato, en marco de laurel, ó surgiendo de entre palmas. Ya era su busto, en fondo lúgubre, coronado por un ángel. Unos habían atado al asta las banderas; otros habían prendido a la lanza gallardete funeral; otros colgaban de sus ventanas banderas negras y blancas. Los mástiles de los buques, las cruces de hierro de las torres, las pechas de las veletas, estaban enlutadas. No se entraba en las casas sino por debajo de bóveda luctuosa; artesaban la techumbre de los pórticos densas gasas y espesos crespones.

Admiraban los forasteros y los urbanos la soberbia metrópoli; del hombre perdido consolaba la esperanza en los hombres que sabían llorarlos; séquito interminable, camino de los templos ó de los lugares más ornamentados, llenaba a Broadway, cuando de súbito, con su plumaje de humo pardo salpicado de chispas, una bomba de incendio cruza desalada a los ojos de la suspensa muchedumbre. Una, otra, otra aún, otra más, le siguen. Son águilas rojas que vienen, prendidos en la cresta girones de nubes, rampando la tierra. Va tras ellas el carro de las escaleras y las mangas: por sus bordes, saltando como duendes, se envuelven los bomberos en sus capuchas de hule: los pasajeros de los ómnibus, que van cuajados de gente, saltan a la calle, anhelosos de ver la horrible fiesta: hay algo de embriaguez para los hombres en todas las grandes convulsiones de la naturaleza.

Aún estamos bajo el pálio negro. Todavía sobre la fosa abierta, con las manos llenas de mirto y siempre vivas, como aturdida del golpe, está aún contemplando a su muertola Nación. En dádivas, como en plegarias, muestra su ternura. A pesos fuertes 360.000 asciende la suma reunida por voluntarias contribuciones a la viuda. A la anciana trémula, «que ya no quiere vivir», comienzan también a enviarle ofrendas cuantiosas. Pide la reina Victoria un retrato de Garfield. Sábese que a la hora de los funerales estaban abiertos, en honor del magistrado difunto, los templos europeos. Sólo para llevarlos en donativo a las sedientas víctimas del incendio de los bosques de Michigan, rodarán de los muros las coronas, se desprenderán de las techumbres y columnas los arcos de duelo.

El dolor alimenta, el dolor purifica, el dolor nutre. El caudal de los pueblos son sus héroes. Los hombres son pequeñas maguas que chocan y se quiebran, y de los vasos rotos surge esencia de amor que alienta al vivo. La tierra gigantesca y maravillosa, con sus bravos que caen, sus malvados que hieren, sus saltos que asombran, sus tenacidades que repugnan; sus fuerzas que adelantan y sus fuerzas que resisten, sus pasiones que vuelan y sus apetitos que demoran; la tierra pintoresca, circo inmenso de espléndida batalla, en que riñen con su escudo de oro los siervos de la carne, y con su pecho abierto los siervos de la luz; la tierra es una lid tempestuosa, en que los hombres, como ápices brillantes y chispas fulgidas, saltan, revolotean, lucen y perecen. ¡La tierra es un mortal combate cuerpo a cuerpo, ira a ira, diente a diente, entre la ley de amor y la ley de ódio! Ha vencido esta vez la ley de amor!

JOSÉ MARTÍ.

## COSAS DE AMÉRICA.

DE TODO UN POCO.

Un hombre eminente en la política de este país, y más eminente para mí por las dotes de su corazón y sus cualidades personales y al que me liga una vieja amistad, cultivada al través del Océano que nos separaba,—Victor Balaguer,—me decía hace pocos días:

—Estará usted satisfecho ahora, al ver la justicia que ya se hace en España a las Repúblicas americanas y a los hombres que en ellas llaman la atención.

—Sí,—le contesté,—estoy tanto más satisfecho cuanto que éste cambio no se debe a la benevolencia de los que antes atacaban sin piedad a pueblos y hombres que no conocían, sino a la influencia,

al prestigio, á los hechos de esos mismos hombres, y pueblos, que se van imponiendo al juicio de los políticos y de la prensa europea.

Y en cuanto á la de España, ¿cómo no alegrarme doblemente de lo que pasa, de esta hermosa reaccion operada en su seno?

¿Qué ganaba la prensa española con atacarnos constantemente, con presentar á las repúblicas americanas en estado de barbárie, entregadas á las continuas orgías de las revoluciones y de los pronunciamientos?

¿No llevamos su sangre?

¿No hablamos su idioma?

¿No fué España la que nos dió la una, y puso el otro en nuestros labios?

Entonces, ¿á qué aquel lujo de mala voluntad hácia los que puede llamar sus hijos?

Que lo hiciese la prensa reaccionaria, la que ataca lo mismo á la gran República del Norte que á la raquítica de Costa-Rica, tan sólo por ser repúblicas, lo comprendía, puesto que de lo que trataba esa parte de la prensa era de desacreditar aquella forma de gobierno; pero lo que no he podido explicarme nunca, es que diarios republicanos hiciesen tambien fuego contra nuestros pueblos, presentándolos agitados constantemente por luchas intestinas, rebeldes á todo progreso, y por completo emancipados de los principios de la civilización que van regenerando la humanidad.

—Pero hoy ya no sucede eso, y por eso porque comprendo todo cuanto usted ha trabajado por dar á conocer la América en Europa,—me contestó el Sr. Balaguer,—le acabo de decir que ahora debe usted estar contento.

¡Sí!

Tiene razon mi noble y antiguo amigo: lo estoy, porque comprendo todas las ventajas que la América puede ir obteniendo de una alianza íntima, franca, cordial y sincera en sus relaciones con España, que á la vez puede encontrar allí, en nuestras Repúblicas, grandes consuelos á muchos de los males que la afligen, como consecuencia de un pauperismo de no fácil curacion en muchos años.

Por eso, cuando despues de los episodios sangrientos de Saída, yo veía nombrar una comision de personas caracterizadas encargadas de estudiar los medios de impedir la emigracion de una manera absoluta, es decir, lo mismo para países como aquel, en que habian sido asesinados y robados muchos súbditos españoles, que para naciones como la mía, Venezuela y otras del continente de Colon, en que millares de súbditos de S. M. C. son felices, me permití dirigir al señor ministro Albarada, las cartas y Memorias que la prensa ha tenido la deferencia de publicar, sosteniendo—apoyado en cifras y hechos prácticos,—estos dos puntos:

1.º La injusticia de combatir la emigracion á esos países.

2.º Los bienes que para la misma España reporta la emigracion que á ellos, y principalmente á la República Argentina, se dirige.

A este respecto, siento verdadera satisfaccion en decir, que varios de los hombres de Estado con los que he tenido la satisfaccion de cambiar ideas sobre esta cuestion, sin excluir al jóven monarca que hoy se halla al frente de los destinos de la que fué madre de nuestra raza, han convenido en las ventajas positivas que España viene cosechando de la emigracion que de su seno se dirige á la República Argentina, donde hoy puede decirse que existe un verdadero pedazo de España, puesto que pasan de cien mil los hijos suyos que allí han establecido su hogar.

Y esto, ¿cómo podria escapar á la penetracion del ménos avisado?

Los que de aquí han emigrado para allá en los últimos años, no son familias enteras, no es el padre acompañado de la esposa, de los hijos, de los hermanos, de los progenitores y demás parientes, de manera que al alejarse de las playas de la patria natal, saludándolas por última vez desde la cubierta de la nave que les lleva, pudieran decir: *nada dejo en ella!*

No. Lejos de eso, todos los que emigran dejan siempre, si no los padres, los hijos, y si no dejan ni unos ni otros, dejan parientes queridos en cuya suerte se interesan.

Llegan á América.

Trabajan, ganan una fortuna, y ¿qué hacen entonces?

¿La derrochan, por ventura, en los placeres mundanos?

¿La malgastan?

¡Ah! ¡No haya cuidado que tal suceda!

La van guardando para traerla el día de su regreso, y si han dejado esas personas queridas de la familia, les van remitiendo cantidades para ayudarlos á vivir aquí, proporcionándoles así los medios de combatir la miseria, mejorar de situacion, y contribuir, por consiguiente, á pagar mayores impuestos al Estado.

La sola casa de Antonio Lopez, en un año, mandó de Buenos Aires á distintas ciudades de España, un millon de duros, á las familias y parientes de los españoles que allí han fijado su domicilio.

Existiendo allí otras muchas casas, tan importantes y sólidas como la de Lopez, y Bancos de una seguridad incontrastable que hacen esa clase de operaciones ¿cuántos no serán los millones que anualmente vienen á España, mandados por los españoles que residen en la República Argentina?

Y si esos españoles no hubiesen emigrado, ¿habrían podido efectuar esas remesas?

Y si no las hubieren hecho, ¿habría mejorado la suerte y condicion de tanto millar de familias?

A *El Imparcial*, que de vez en cuando ataca todavía á las Repúblicas Americanas, combatiendo la emigracion que á ellas se dirige, le pediría que tuviese presente estos datos, que, si lo deseara, podria ampliarlos con cifras, cuya elocuencia *diría más* que los infinitos artículos que á estas cuestiones dedico constantemente en la prensa europea.

Además le pediría que tuviese presente lo que está sucediendo en Italia con motivo de la emigracion que de sus puertos sale para los de la República Argentina, á donde, en el solo mes de Diciembre, habian llegado seis mil italianos!!!

Cuando sólo salian mil mensuales, el Gobierno del *Quirinal* dió el grito de alarma: nombró una comision con idénticos fines que la nombrada aquí por el ministro de Fomento: se dirigió á los prefectos del reino para que de todos modos tratasen de combatir la emigracion hácia la República Argentina, y estos lo hacian escribiendo horrores sobre el país, diciendo que allí todos se morian de hambre, cuando no eran asesinados por los hijos del país!

Una parte de la prensa hacia coro á esta propaganda.

¿Qué resultado produjo?

Ahí están los hechos y las cifras: que en vez de mil, empezaron á emigrar mil quinientos por mes: despues dos mil, más tarde tres mil, hasta que la emigracion italiana tomó las proporciones que hoy presenta, llegando ya á seis y siete mil los que allí desembarcan mensualmente.

Ante esta impotencia manifiesta de su propaganda y de todos los medios empleados para contener aquella ola tremenda de la emigracion, y en presencia de datos que de sus agentes diplomáticos y consulares recibia el Gobierno italiano, llegó á declarar—pues ya debía comprenderlo hacia tiempo—que la emigracion que iba á la República Argentina producía grandes bienes y ventajas inmensas á las clases pobres de Italia, que constantemente reciben el fruto del bien estar de los deudos y parientes que allí residen.

Con motivo de estas modificaciones fundamentales en las opiniones de los hombres de Estado de los consejos del rey Humberto, en la cuestion de las emigraciones, un escritor distinguido, ocupándose de ella aquí, preguntaba «si no era llegado el momento de que en España se preocupen de no dejar á Italia sola, que mande al Plata la poblacion que no vive feliz en su suelo, contribuyendo este Gobierno á que la que aquí vive en las mismas condiciones tome tambien el camino que han tomado ya 100.000 españoles»

Ya que he merecido el honor de que algunos de mis escritos sobre estas materias sean leídos por hombres que, por su posicion é influencia pueden hacer opinion, me permitiré pedirles que tomen en cuenta estas indicaciones apuntadas ahora así á la ligera, pero tema más adelante de un estudio serio y detenido.

Para abordarla deben, ante todo, conocer con exactitud la situacion de las repúblicas Argentina y de Venezuela, por ejemplo, ya que de ellas quiero hablar, á fin de saber, despues de adquirido ese conocimiento, si sus compatriotas pueden trasladarse confiadamente á una ú otra: si encontrarán allí el trabajo que aquí les falta, facilidad de ganarse la vida, hospitalidad, garantías, clima saludable, y en fin, todo cuanto puede sonreír al que abandona los patrios lares con la tristeza natural que embarga su espíritu al dejarlos.

A este respecto, como americano, como argentino, como ciudadano casi de Venezuela, yo me siento, no ya feliz, sino orgulloso de las noticias que recibo de aquellos países; porque en su conjunto y en sus detalles me presentan á dos pueblos jóvenes, ricos y llenos de vida, entregados con fé y entusiasmo á una labor fecunda en que van realizando adelantos, mejoras, progresos y conquistas que los acercan á su edad de oro.

Usurpando la tarea de escritores ilustres que en este periódico dan cuenta quincenalmente de los principales acontecimientos que tienen lugar en aquellos dos países, los pasaré ligeramente revista, empezando por la República Argentina.

Lo que en materia de crédito pasa allí es realmente fabuloso.

Cuando existía la *Oficina de cambio* en el Banco de la provincia, el peso fuerte valía 25 pesos papel.

Suprimida la oficina, y establecido el curso forzoso, el peso fuerte llegó á valer hasta treinta y cuatro pesos papel, produciendo este fenomenal aumento, no sólo la depreciacion del medio circulante, sino el recargo natural en los precios de todos los objetos de consumo que se pagaban á Europa en metálico.

Y bien: la prosperidad del país es tan grande, tan sólido el crédito del Gobierno, tan honrada su administracion, tan unánime el concurso que nacionales y extranjeros le prestan, tan ámplio y vasto el desarrollo del comercio, que el valor de ese peso fuerte ha venido bajando hasta colocarse, no ya al tipo de 25 por 1 que tenia cuando se estableció la oficina de cambio, sino á ménos todavía.

Los hombres que se dedican á la ciencia de Say y de Camacho, comprenderán el significado financiero de este hecho, que por sí solo bastaría para poner de manifiesto la prosperidad de la República

Argentina, si no lo testimoniara á la vez el aumento considerable de su poblacion, y las grandes obras materiales de todo género que allí se están realizando al calor de una fiebre verdaderamente vertiginosa, fiebre que se traduce en estas célebres palabras de los yankees: *Go a head!*

A la salida del último correo, la República entera se ocupaba de la gran Exposicion continental, que ha debido abrirse en Buenos-Aires, el 15 de este mes.

En vista de la extraordinaria demanda de local que se habia dirigido á la comision organizadora, por parte de algunas naciones europeas, varios diarios importantes de la localidad pedian que se retardase la inauguracion á fin de poder aumentar los edificios destinados al hermoso torneo del trabajo, de la industria y de la inteligencia.

Sin embargo, las comunicaciones que tengo, de carácter oficial, me hacen suponer, que aquellas indicaciones no habrán sido atendidas, y que las puertas de la Exposicion se habrán abierto el día señalado.

Oportunamente tendré el honor de hablar del éxito que haya tenido, tanto mas cuanto que en Europa ni se sospecha la importancia que habrá presentado la Exposicion de Buenos Aires, sobre todo en lo que se relacione con las producciones del país, los productos de su industria naciente, y las máquinas y animales de raza de Inglaterra, Francia y Estados-Unidos.

Habia tenido lugar en la moderna Atenas la inauguracion de la estatua del eminente patricio Adolfo Alsina.

Fué una fiesta, no solo popular sino conmovedora; realizada por la presencia de treinta mil personas, entre las que figuraban todas las Sociedades extranjeras que en la populosa ciudad residen, como espléndido homenaje de simpatía al gran ciudadano que el bronce inmortaliza.

El primer discurso lo pronunció el Presidente de la República.

No le tengo á la vista, y por eso no me es dado hablar de él, ni reproducirlo, como hubiera deseado.

En cambio tengo el del ex-presidente que fué ministro de Alsina, primero, y de quien Alsina fué ministro despues.

Tomo de él algunos párrafos que darán á mis lectores una idea de lo que era Adolfo Alsina, mi condiscípulo, colaborador en alguno de mis diarios, y compañero íntimo en la vida pública:

«He conocido á Adolfo Alsina, habiendo ambos asociado nuestra suerte política, durante largas y terribles crisis pero me sucede con mayor frecuencia volver la memoria á los primeros días de nuestra amistosa union. Habia él sido nombrado gobernador de esta provincia y fué llamado á ocupar uno de los Ministerios—No nos conocíamos casi y hablamos.

En Alsina al pensamiento nunca era vário sino uno, y se hallaba absorbido por un propósito grande, y sin cuya realizacion no habria habido entre nosotros igualdad ni justicia.—Alsina queria abolir el ominoso servicio de la frontera, que pesaba como una contribucion de sangre sobre el desgraciado habitante de nuestras campiñas, dejándolo al mismo tiempo sin trabajo y sin hogar, y que continuaba durante la República aquella historia del indio, dado en encomienda para defender la propiedad de su señor territorial.

Los primeros actos de su Gobierno transparentaron el designio sin verificarlo; pero tenéis consignado en este recuerdo el origen de grandes acontecimientos, para muchos olvidado. Hé ahí, señores, cómo crecen y se desarrollan las ideas por su propia vitalidad, porque vosotros sabéis que el pensamiento aquel de la abolicion del servicio en las fronteras debia traer y trajo catorce años despues por desenlace inevitable la supresion de la frontera misma, hecho portentoso aún para los mismos que lo han ejecutado.

Empieza así á dibujarse la figura de Adolfo Alsina que tantos conocíamos, y se halla sintetizada en este rasgo de la obra primordial que ocupó su vida. Le vino al pensamiento para corregir una injusticia, para impedir que hubiera en su país una clase social deprimida con una servidumbre de sangre, y antes que una idea en su mente fué por mucho tiempo un movimiento en su poderoso corazon.—No conozco entre nosotros hombre público alguno que haya sentido más fuerte este vínculo de union con los que sufren, ó que haya comprendido mejor la necesidad de la igualdad para todos. Era por este motivo el tribuno instintivo, sin la arenga fastuosa y con sinceridad en el carácter. Su alma pertenecía al pueblo.

Quiero señalar otros rasgos de su fuerte naturaleza.

Si era vehemente en sus pasiones, es justo reconocer que nadie poseyó como él el don de vencerlas. Pudeis verificar con vuestros recuerdos mis afirmaciones. Solia promover largas agitaciones populares, y siempre las contuvo dentro de la ley. En nuestros movimientos democráticos encabezó más de una vez las turbas cegadas, por ódios, pero no las condujo á la guerra civil. No hay ni una sola gota de sangre vertida en su nombre.

Fué durante algun tiempo extremado en sus sentimientos locales, pero nunca llegó á desconocer ó denegar su nacion, y despues de haber combatido con las palabras de mayor elocuencia que se escucharon en sus labios el proyecto de ley que federalizaba la provincia de Buenos-Aires, reapareció al día siguiente en el Parlamento enfermo y triste, declarando con voz conmovida y grave que aceptaba la ley del compromiso que habia establecido el asiento del Gobierno nacional en esta ciudad de Buenos Aires, con jurisdiccion y por algunos años, porque era necesaria para la consolidacion del régimen nacional.

¿Cuántos en este momento habrán recordado conmigo el espectáculo de esta lucha que fué suprema entre la educacion de los primeros años, y la aspiracion soberana de la patria reclamando sacrificios, y cómo Adolfo Alsina empezó á

prestarle culto presentándole en holocausto su propio corazón hecho pedazos!!!

Pudo alguna vez ser arrebatado en sus palabras, pero nunca fué violento por sus actos. Tarda en disiparse la prevención contemporánea, aún en presencia de los hechos que evidentemente la contradicen. Abrase el registro oficial, y leamos.

El Gobierno provincial del doctor Alsina, venido según tristes vaticinios á plantear las opiniones del partido extremo, fué precisamente el que calmó, tranquilizó y restauró, aboliendo los regímenes de excepción, trayendo la ley á las fuentes del derecho común y restituyendo sus verdaderas bases á la tranquilidad social. Llevan el nombre de Adolfo Alsina, es decir, asentimiento espontáneo y deliberado las leyes de tierras que tendían á difundir su propiedad sacándolas de manos privilegiadas, á concentrar la población en los egidos de los pueblos antiguos y aún desiertos, y las otras leyes que concluyeron con las pesquisas sobre el origen de las propiedades que habían inmovilizado el suelo, ó con las denuncias fiscales y privadas, verdadero flagelo de la avaricia y del espionaje, que tenía envuelta nuestra sociedad dentro de las redes de ocho mil litigios.

El Gobierno del doctor Alsina fué saludado como el advenimiento al poder del gran elector. No quiero discutir el pasado; pero ahí está después de catorce años clamando por ser ley el proyecto autorizado con su firma, y que yo mismo siendo su ministro llevé al recinto de la legislatura, para quebrar por siempre el resorte de los Gobiernos electores, los ochenta jueces de paz designados cada año por la autoridad central y entregando su nombramiento á la votación libre de cada vecindario. Tal era D. Adolfo Alsina. No se obstinó jamás en retener bajo sus manos lo que más le aprovechaba, apenas se manifestaba su injusticia, por que sabía que no hay derecho para confiscar lo que pertenece á todos ó á muchos en beneficio del predominio propio de un solo partido.»

Estas pocas palabras de un orador elocuente, dan una idea de la fisonomía política y moral del noble hijo de Buenos-Aires, á quien sus compatriotas ofrecen tan espontáneo homenaje de su gratitud y simpatía.

En el Ministerio nacional ha tenido lugar una modificación, indicada hacía tiempo ya.

Seríamente quebrantada la salud del doctor del Viso, ministro del Interior, atacado, al parecer, de un reblandecimiento, ha sido reemplazado por el doctor Bernardo de Irigoyen, el eminente hombre de Estado, á quien tanto conocen los lectores de LA AMÉRICA, y el cual ocupaba el ministerio de Relaciones Exteriores, y negoció en ese puesto los tratados con Chile, resultado que le ha valido manifestaciones de toda especie, no sólo en la Patria sino fuera de ella.

Para reemplazarle, ha sido nombrado el doctor D. Victorino de la Plaza, ministro de Hacienda que fué en la pasada administración del Sr. Avelaneda.

Como hombre de Estado, de gran práctica en el manejo de los negocios públicos; como jurista, como orador y publicista, el doctor Plaza es una de las personalidades más notables de su patria, gozando de la consideración y el respeto que le han conquistado sus trabajos en los Parlamentos y en los consejos del Gabinete.

En el ministerio de Cultos y Gracia y Justicia, ha entrado el doctor Eduardo Wilde, en reemplazo del Sr. Pizarro, que ha dimitido.

Por una rara coincidencia, este periódico, hace muy pocos días consagraba algunas palabras al doctor Wilde, revelando algunas de las cualidades que le distinguen.

Médico de profesión, literato de gran talla por su índole y el *sabor* especial de sus escritos, orador de palabra fácil y argumentación de hierro, es además uno de los batalladores más ardientes de la política argentina, en la que hace años viene tomando parte activa, con ideas y principios fijos, no habiendo retrocedido jamás ante ningún peligro.

La amistad íntima que me liga á él y el cariño profundo que le profeso hace años, me imponen cierta parquedad al ocuparme de sus cualidades.

Excuso decir que esta mistificación en el Gabinete del general Roca en nada modifica ni altera el significado político que tenía, y que en ella no hay sino el cambio de dos de sus amigos, por otros dos que no lo son menos, y el cambio del doctor Irigoyen del ministerio de Relaciones exteriores al del Interior.

Hé ahí todo.  
El Gabinete provincial del doctor Rocha seguía imparable su marcha de progresos y reformas, llevados adelante con la fé serena que inspira la conciencia del deber cumplido, poniendo de su parte toda la buena voluntad, patriotismo y lealtad que son necesarias para regularizar la vida constitucional de la provincia, después que el Municipio de Buenos-Aires fué declarado capital de la República.

El deslinde de facultades de uno y otro poder, dada la índole de las instituciones federales, y la práctica de haberlas ejercido el Gobierno local por mucho tiempo, podrían ahora haber producido conflictos serios entre ambos, sin la conducta noble y caballeresca del gobernador Rocha, en quien el jefe de la nación tiene el más poderoso auxiliar de la política que la va conduciendo á tan grandes destinos.

Aquí llegaba cuando recibo el correo de Venezuela, trayéndome noticias hasta el 27 del pasado Enero.

Consolador espectáculo el que presenta también esta rica y encantadora porción de la Améri-

ca llamada española, espectáculo que con mano patriótica traza su ilustre presidente, en una carta que siento de veras no poder reproducir íntegra, por su extensión.

La carta la dirige el general Guzman Blanco al jefe del Estado de Carabobo recientemente electo, y cuya legislatura pensaba sancionar un proyecto mandando erigirle una estatua en un pedazo de aquella sección del Estado.

Después de oponerse á que el proyecto se lleve á la práctica, en palabras y conceptos que son gloria de quien las pronuncia y emite, Guzman Blanco establece un ligero paralelo entre la Venezuela del pasado y la del presente, y exclama:

«En Venezuela, aquí, entre nosotros, se explica fácilmente todo lo sucedido, porque Venezuela entera es testigo ó actor en la crisis tan larga como sangrienta por que hemos pasado.

Porque se necesita ser venezolano, haber nacido y vivido en Venezuela para medir la distancia que hemos recorrido de 1870 á 1882. De aquella época en que la Constitución, las leyes, las costumbres mismas, habían sido devoradas por la guerra civil; de aquella época en que la propiedad particular había desaparecido, el comercio estaba extinguido y la agricultura no existía; de aquella época en que no había ya una escuela, ni un colegio, y la Universidad misma estaba hundiéndose; de aquella época en que la Tesorería, las Aduanas, los resguardos también sucumbían; de aquella época en que subía al Ministerio de Finanzas un respetable ciudadano, mémos por respetable, que por contar con un comerciante que le prestase las raciones dos ó tres semanas para tres ó cuatrocientos hombres de guarnición que tenía Carácas; de aquella época en que la República contaba 240 millones de deuda interior, sin poder pagar un centavo de interés, y por consiguiente, sin posible cotización en el mercado; y bajo las mismas condiciones la agobiaban otros tantos millones de deuda exterior en Europa, proclamando nuestra ruina con las cien bocinas del descrédito; de aquella época en que no teníamos más camino que la carretera de La Guaira y la de Puerto-Cabello, y la cárcel de Carácas inconclusa, una penitenciaría por comenzar y un puente que se llamaba nuevo, por ser el único que, después de tres que dejaron los españoles, hizo uno de los gobiernos oligarcas en Carácas; de aquella época en que salían las tropas en montera, las de los unos como las de los otros combatientes, sin llevar comensal ni un centavo con ningún objeto, y se alimentaban los soldados cada día con el maíz, con la yuca ó la caña que paupérrimamente cultivaban los vecindarios, casi desnudos y á la intemperie.

Se necesita, sí, ser venezolano, haber nacido y vivido en Venezuela y haber sido testigo ó actor en ese largo período de convulsiva degradación, en ese caos pavoroso, en medio de esa anarquía, tanto más desesperante cuanto que, á pesar de lo que había perdurado, no se le columbraba término, para poderse explicar el entusiasmo de los pueblos por los bienes que le he realizado, la fé con que las masas me oyen y me siguen, la solidez de la situación interior, el crédito, tan singular como fecundo, que gozamos en el exterior. En una palabra, para admirar y hasta fanatizarse por esta actualidad de pueblo regenerado, con una paz tan sólida, descansando sobre el eje del progreso intelectual y material, cuyos extremos sustentan la libertad y el orden equilibrados.

Por esta actualidad, en que el pueblo palpa y está gozando todas sus libertades, derechos y garantías, en comunicación directa con el Gobierno, que sólo se preocupa de servirle bien.

Por esta actualidad de elecciones libres, de prensa libre, de garantías verdaderas; por esta situación en que se está extinguiendo el poder personal, y en que la única voluntad soberana, es la soberana voluntad del pueblo; por esta situación en que tenemos vías de comunicación que no existen, acueductos que nadie soñaba siquiera, ciudades casi rehuchas, puertos perfeccionados y progreso material en todos sentidos; por esta situación, en que no sólo en las ciudades abundan las escuelas populares, si que también se encuentran en los caseríos, en los caminos, en los valles, y hasta en los picos de los cerros, de modo que, quince ó veinte años más, y no habrá un venezolano que por lo ménos, no sepa leer, escribir y contar, que no sea ciudadano pensante capaz de todos sus deberes y de todos sus derechos sociales, políticos ó industriales; por esta situación que ha aumentado la renta, debido, más que todo, á que no robando el Presidente, no tiene para qué buscar cómplices, sino que escoje para el servicio los hombres más competentes y honrados, incapaces del fraude para ellos ni para nadie; por esta situación en que el Tesoro alcanza para pagar todos sus presupuestos legales, y conserva siempre sobrantes para eventualidades ó para mayor fomento; por esta situación en que la Deuda interior está reducida á seis ó siete millones, cuyos intereses y amortización se cumplen con la más legal regularidad, y en que la inmensa deuda exterior ha sido reducida á la quinta parte, y en lugar de 5 y 6 por 100 pagamos 3 solamente; por esta situación en que se han formado compañías que hagan ferro-carriles y exploten los territorios mineros de la Guayana y de los Andes, y en que se inicia la navegación del Orinoco y del Meta, primer paso en el desenvolvimiento grande de la América, y en que se organizan y explotan los territorios Colon, Orinoco, Amazonas, Yuruari y el Caura; por esta situación en que se establece el telégrafo y se restablece y se perfecciona el correo; por esta situación en que se promulgan los Códigos civil, criminal y militar; por esta situación en que ya llevamos hecha la mitad del ferro-carril de La Guaira á Carácas, se han comenzado los trabajos del de Puerto Cabello á Valencia, y están en gestación los de Carácas á Santa Lucía, para seguir por los valles del Tui y del Aragua hasta Valencia; gran ferro carril central, que ha de atravesar la zona más poblada y más productora de la actual Venezuela.

Tal es el anverso y el reverso de esa gran medalla que simboliza la antigua y la nueva Venezuela, el abismo de la anarquía, y la cumbre de las magníficas esperanzas: aquella sima en que nos habríamos precipitado, y estos horizontes

tan dilatados, llenos de luz, sembrados de realidades y embellecidos con proyectos tan brillantes como realizables.

Y así se explica á un tiempo, la satisfacción, el entusiasmo y la generosa gratitud de este pueblo, tan noble, como inteligente, valeroso é independiente.

Por lo uno y por lo otro, es que yo le he servido con una consagración y un desprendimiento, de que únicamente me siento orgulloso.

Por eso tengo tanta fé en sus magníficos como infinitos destinos.»

¿Se puede agregar una palabra más á estas del ilustre caudillo, que en la patria de Bolívar agita hoy la bandera inmortal de la redención?

¡Sí! Que la gloria, que hoy baña su frente reflejará mañana rayos brillantes sobre su tumba.

HÉCTOR F. VARELA.

## PERLAS Y LÁGRIMAS.

### I

Desde las cumbres tímida el alba borda los cielos de oro y de nácar; inquieto el aire mece las ramas y alegre corre saltando el agua.

Abren las flores sus ojos castos, los ramos tienden, las frentes alzan; y del rocío que las halaga doble corona de brillantes perlas lucen ufanas.

### II

La tarde espira, la luz se apaga y el monte enluta la sombra vaga. El aire triste gime en las ramas, y entre las piedras solloza el agua.

Cierran las flores sus hojas pálidas los ramos doblan, las frentes bajan; y es el rocío que las esmalta el llanto con que lloran afligidas sus muertas galas.

### III

Hasta las dulces gotas con que el rocío baña de las sencillas flores las ojos perfumadas,

Son para ejemplo triste de las pompas humanas, por la mañana perlas y por la tarde lágrimas.

## LA CONCIENCIA.

—Responde: ¿quién eres?

—Yo.

—¿De dónde sales?

—De tí.

—¿Quieres afligirme?

—Sí.

—¿Es que me aborreces?

—No.

—Déjame libre.

—Jamás.

—Nublas mi dicha.

—Lo sé.

—Tu voz me aterra.

—¿Por qué?

—Huiré de tí.

—No podrás.

—¿Siempre me sigues?

—En pos.

—¿Dónde está tu imperio?

—En mí.

—¿En dónde vives?

—En tí.

—¿De dónde vienes?

—De Dios.

JOSÉ SELGAS.

## LA HUERTA DEL TÍO MARTÍN.

En medio de su afición sin límites, aquel honrado y afectuoso padre experimentó un consuelo indecible al ver la unión fraternal y los sentimientos generosos que se albergaban en su idolatrada familia.

Convenidos, pues, en la conducta que habían de seguir todos en adelante, se retiraron los hijos, dejando solos á los afligidos padres, que en el honrado lecho conyugal pasaron toda aquella noche, que les pareció una eternidad de amargura, lamentando ambos su desdicha.

Entre tanto y al día siguiente, los numerosos criados de aquella gran casa de labor, interrogaban á los hijos con el más vivo interés acerca de lo que le había ocurrido al señorito José, y éstos se veían sin cesar mortificados por pregun-

tas, á veces impertinentes, pero á que ellos debían contestar con discreción é indulgencia, en gracia del buen deseo que las inspiraba.

Así pasaron tres días, en la más dolorosa ansiedad, hasta que don Manuel de Reina recibió la carta que, según el lector sabe, le escribió el secuestrado en el cortijo de Cañada-Hermosa, con el aditamento que le añadieron los bandidos, y con la mitad de la rúbrica que José puso en un papel de cigarro, y que también le incluía.

Mucho sintió el señor de Reina la insistencia de los bandidos en seguir reclamando la enorme cantidad de 16.000 duros; pues aunque su fortuna fuese cuantiosa, es lo cierto que los lebradores tienen su capital en tierras, ganados, apuros y frutos, y que raras veces pueden disponer de una tan gran cantidad en numerario.

Esta circunstancia era la que más afligía al cariñoso padre, que sin malvender sus existencias, lo cual era además lento y ruinoso, no podía desde luego reunir la cantidad exigida por los bandidos.

Sin embargo, no dejó de avisar inmediatamente á un corredor de granos, llamado José Camacho Pedregal, hombre listo, simpático, de buen aspecto, que además de ser útil para desempeñar cualquiera comisión ó encargo, por árduo que fuese, reunía la circunstancia de ser muy adicto á la familia Reina.

Presentóse enseguida el referido Camacho, deseoso de complacer al afligido padre, el que le comunicó su deseo de que muy sigilosamente marchase á Málaga para avistarse con los bandidos y entregarles, con las precauciones y requisitos contenidos en la consabida carta, la cantidad de cuarenta y cinco mil reales, que era la que á la sazón tenía disponible.

Aceptó gustoso Camacho la misión que se le confiaba, y sin perder un momento, salió del pueblo, y por la vía férrea, fué á Málaga, hospedándose en la posada del Agujero, que se hallaba próxima al parador del ferro-carril. Al día siguiente, poco después de anochecido, se presentó un hombre alto y delgado en dicha posada, el cual preguntó por don José de Reina, y con arreglo á la consigna que llevaba Camacho, éste respondió diciendo que él era la persona á quien se buscaba.

Entonces el desconocido dijo:

—Véngase usted conmigo.

Camacho le siguió; pero á los pocos pasos se le incorporaron otros dos hombres, y reunidos los cuatro, el alto presentándole el papelillo con la media rúbrica, le preguntó:

—¿Traes el dinero?

—Sí, señor.

—¿Los diez y seis mil duros?

—Yo traigo cuarenta y cinco mil reales, que es la cantidad que en tan poco tiempo ha podido reunir el señor de Reina.

Los bandidos, al oír esta respuesta, parecieron muy contrariados.

Al fin, el que había ido á buscar á Camacho, le dijo:

—Venga ese dinero.

—Allá vá, respondió Camacho, entregándole, después de reunir los dos papeles y cotejar la rúbrica.

Entonces uno de los otros, manifestándose muy disgustado, dijo:

—La cantidad que usted trae es una miseria, y nosotros no estamos en el caso de recibir limosnas.

No obstante, el que había tomado el dinero, se marchó enseguida, quedándose Camacho con los otros dos, los cuales se lo llevaron dando vueltas y revueltas por calles y callejones, hasta que le obligaron á entrar con ellos en un café, en donde cantaban á lo flamenco, habiéndole prevenido antes que si hablaba una palabra inconveniente, lo matarían en el acto de una puñalada.

Había en aquel café gran número de gitanos y mucha gente de rompe y rasga y de la cáscara amarga.

Los bandidos estuvieron hablando con varios de los asistentes al café, mientras que Camacho para no errar, sólo profería monosílabos, cuando alguno le dirigía la palabra.

Allí permanecieron hasta las dos de la madrugada; pero cuando ya estaban en la calle, Camacho, rompiendo su prolongado silencio, en voz muy baja, preguntó:

—¿Y qué le digo al señor de Reina?

—Tú, con entregarle los dos papelillos, estás aviado.

—Sí; pero el caso es que él me preguntará... y yo no sabré qué decirle.

—Pues dile que mande pronto hasta el completo de lo que se le ha pedido, si quiere que tengamos la fiesta en paz y ver á su hijo.

—Hombre, yo se lo diré; pero aquí para entre nosotros, me parece un grandísimo disparate el que pidan ustedes ese dineral, porque, hablemos claro; yo, por mi oficio, conozco todas las interioridades de las casas de los labradores más fuertes de mi tierra, y ninguno tiene esa cantidad puesta á enfriar para cuando se le entoje á cualquiera decir: «Venga eso.»

—No diga usted majaderías, porque usted sabrá de otras cosas; pero de esto no entiendo una palabra, le dijo el de más edad de los bandidos.

—Yo tengo ya cincuenta años, replicó el solícito Camacho, y en toda mi vida no he hecho más que tratar con labradores, y créanme ustedes, que aun los más desahogados, no tienen nunca, jamás de los jamases, esa cantidad, porque los labradores tienen su dinero siempre rodando.

—Pues mira, lo que nosotros queremos ahora es que ruede hácia acá, dijo el más jóven de los bandidos.

—Pues ya ha rodado.

—Sí, pero no todo el que nos hace falta.

—Pues si á todos nos dieran lo que nos hace falta, entonces sería esto un Paraíso; pero, ¿quién nos lo va á dar?

—Los que lo tengan.

—Entonces se volvería este mundo una merienda de negros; y si hoy vosotros pedís esa gran suma porque la necesitáis, mañana os la pedirán á vosotros de igual manera y... ¿no tenéis hijos?

—Vaya, déjate de letanías y no seas majadero, dijo el más viejo de los bandidos

—Yo lo que he dicho ha sido por mi cuenta, porque á mí nadie me ha dado el encargo de hablar así; pero la verdad es que me dá lástima de ver aquella familia, á la cual le pedís un imposible, y como los imposibles no se pueden hacer, resultará mal para todos, porque molestaréis en balde á una familia tan buena, y al mismo tiempo vosotros no podéis conseguir vuestro deseo.

—Pues tú mismo lo has dicho, respondió el más jóven.

—¿Qué he dicho yo?

—Que hablas por tu cuenta, y que te metes en la renta de lo excusado.

—Sí, sí, añadió el otro bandido; lo que tú tienes que hacer es callar y cumplir lo que te se mande, sin meterte en más dibujos, si no quieres ver de noche todas las centellas y rayos del sol.

Camacho encogióse de hombros y guardó silencio, porque advirtió que sus reflexiones habían mortificado en demasía á los bandidos.

En esto llegaron á la posada del Agujero, donde los dos ladrones se apartaron de Camacho, amenazándole de la manera más feroz que le darian muerte, si hablaba con alguien de lo sucedido.

El mensajero del señor de Reina entró aterrado en la posada, se recogió en su cuarto, y al día siguiente regresó á su pueblo, admirándose de que en una capital de la importancia de Málaga se paseasen los malhechores con tal desahogo y frescura, sin temor á las autoridades, frecuentando los cafés y sitios más públicos y cobrando el fruto de sus crímenes, como si fuese el precio de otra profesión cualquiera.

¡A tan triste y vergonzoso extremo había llegado la timidez culpable de las gentes honradas y la precoz osadía de los bandidos!

### CAPÍTULO XXX.

#### LA SENSIBILIDAD DE LA TIA MARÍA.

Era la hora del crepúsculo vespertino, cuando las aves entonan el último concierto de la tarde, cuando las brisas murmuran en el bosque, cuando antes de aparecer la primera estrella de la noche toda la naturaleza parece como penetrada de un vago sentimiento de ternura y de grata y dulce melancolía.

La primavera, cubierta con su espléndido manto de flores, ostentaba todos sus indefinibles encantos en aquella privilegiada región de Andalucía, en donde nacen espontáneamente las rosas y en donde selvas de naranjos y limoneros embalsaman el ambiente, recrean con su oscuro y subido verdor la vista, y despiertan en el alma emociones profundas, íntimas, deliciosas y desconocidas, que caben en el corazón, pero no en las palabras del lenguaje humano.

El mundo de lo infinitamente pequeño no es ménos admirable que el mundo de lo infinitamente grande. En aquella región venturosa, cuando el sol declina en la estación primaveral, en las verdes y floridas praderas, se ven surgir numerosas tropas de alados y brillantes insectos, entre los que descuellan las fosforescentes luciérnagas, que resplandecen entre la hierba como otras tantas diamantinas joyas que adornan y enriquecen la faz rejuvenecida de la tierra.

Todas aquellas miríadas de pequeños vivientes experimentan y expresan á su modo el sentimiento de la vida y del amor, y forman un ruido especial é indescribible, compuesto de infinitud de ruidos, de imperceptibles y suavísimos rumores, que semejan el esfuerzo de esa infinita germinación de seres diminutos, que entraña en su fecondo seno la inmensidad insorprendible de la naturaleza.

Pero mientras que en aquella región deliciosa, desde el canoro ruiseñor hasta la siniestra corneja sentían el inefable gozo de la vida, también se encontraban criaturas infelices, condenadas á espantosos martirios, no por los decretos de la sabia y benéfica naturaleza, sino por la perversión é injusticia de los hombres.

¡Qué contraste tan horrible y espeluznador formaba aquel bello crepúsculo, aquel cielo tan límpido y sereno, aquella vegetación tan exuberante, aquel aire tan puro y lleno de aroma, aquellos inapreciables dones, y tantas y tan infinitas bondades de la naturaleza, con la noche sombría, con el inhumano ambiente, con los dolores insostenibles, con la asquerosa miseria, con la tristeza infinita y con el terror constante en que vivía el pobre é infortunado niño, sepultado en la cueva y víctima de los más crueles y feroces tratamientos!

Ya el lector ha visto con cuánto gozo y alegría acompañaba la infeliz criatura á su abuelo en el colmenar; pero ahora el pobre niño se hallaba completamente desconocido, triste, lloroso, pálido, demacrado y lleno de úlceras, producidas por la plaga de asquerosos y repugnantes insectos que devoraban sus carnes.

A la sazón, el niño Antonio llevaba un mes de cautiverio, y es imposible figurarse la horrorosa transformación que había sufrido aquella inocente y débil criatura, antes tan risueña y tan llena de vida y alegría.

Comprimido y abrumado por la terrosa bóveda que pesaba sobre su frente, por el pañuelo que le cubría los ojos, por la yesca que le tapaba los oídos, por la traba de hierro que le amarraba los pies, por el hambre que debilitaba sus miembros, por los despiadados golpes que sin cesar recibía, por el miedo que le encogía el corazón, por la soledad que le infundía espantosos terrores, por las amenazas que le hacían temblar de susto, y finalmente, por los recuerdos de su familia que le llenaban de indecible angustia, el pequeño cautivo tenía perturbadas todas las ideas y todas las nociones de su naciente inteligencia.

En efecto, el pobre niño, acurrucado en su rincón, pasaba largas horas durmiendo á causa del marasmo y atonía en que se hallaban todos los resortes de su actividad y de su vida.

Pero en aquel mismo abatimiento encontraba el desgraciado niño el consuelo único, que le era permitido en aquella mansion nauseabunda, porque Antonio, siempre que dormía, divisaba en sueños á su madre, que unas veces le acariciaba sonriendo y otras le abrazaba llorando.

La infancia necesita de tan imperiosa manera de la maternidad, que no puede ménos de satisfacer este santo ins-

tinto, ya cobrándole afición y cariño á cualquiera persona que le rodea y le prodiga sus cuidados, ya visitando con el alma y por los medios invisibles y misteriosos del ensueño á la indispensable madre, como le sucedía al pequeño cautivo.

La situación moral de su ánimo participaba de las irregularidades y tinieblas que le rodeaban. El mal y el error son ininteligibles en la infancia, y ésto precisamente es lo que constituye su más bello atributo, el de la inocencia.

El pobre niño no acertaba, ni podía acertar á comprender que otros seres humanos tuviesen interés en prenderlo, encerrarlo y martirizarle, sin haberles hecho daño alguno.

La idea del rapt o, del secuestro, del rescate, era absolutamente incompatible con su pura inocencia, que en el fondo no es otra cosa que la santa ignorancia del mal.

Pero como al fin y al cabo, el ser humano está organizado de manera que dejaría de ser lo que es, cualquiera que sea el grado de desarrollo, si careciese de inteligencia y de la noción moral de la justicia, resultaba que la infeliz criatura no podía comprender la causa de su adversa suerte, porque abrigando la íntima y profunda conciencia de que él no había hecho nada malo, y no sospechando siquiera, por otra parte, hasta dónde puede llegar la perversidad humana, se hallaba imposibilitado de entender su dolorosa situación. Sólo sabía, ó por mejor decir, sentía que era muy desgraciado y que sus tormentos eran insostenibles é inmerecidos.

En los primeros días de su reclusión aguardaba á cada instante ver aparecer á su madre, á su padre ó á su abuelo, que vendrían á sacarlo de aquella cueva y á libertarle de los malos tratos de aquella repugnante bruja, que él miraba como un ser maléfico y sobrenatural, que se complacía en pellizcarlo, golpearle y reñirle sin motivo alguno.

Los días, sin embargo, pasaron y el pobre niño había perdido la fé más consoladora de la infancia, la fé sin límites en la cariñosa protección y en la ubicua presencia de sus padres.

Desde que aquel horroroso sentimiento de cruel duda y sombría desconfianza había penetrado en su espíritu infantil, se apoderó de él la desesperación más angustiosa y la pena más amarga.

Cuando el loco le amenazaba con devorarlo crudo, aterrándolo con sus estertóreos gritos, el miedo helaba hasta la médula de sus huesos; al frío de su cuerpo seguía el frío de su alma; invocaba sin esperanza los nombres queridos de sus padres, y experimentaba una tristeza indecible, inaudita, precoz é irremediable, la tristeza de la incredulidad en los seres buenos y tutelares que debían protegerle, el tormento de una especie de excepticismo prematuro, que producía en aquella conciencia apenas bosquejada, el germen espantoso de la impiedad y de la blasfemia.

Y era lo más horrible que todas aquellas emociones desnaturalizadas se daban en un alma pura, bella é inocente, cuyas deformidades eran producidas tan sólo por su situación excepcional, es decir, por el horroroso y repugnante artificialismo del crimen, que venía á perturbar el desarrollo sereno, progresivo y natural del alma, brutalmente arrancada del regazo de su madre y de las condiciones normales de la vida.

El niño hallábase además torturado cruelmente con la inmundicia pedicular, que se lo comía y le causaba una excitación calenturienta, un rabioso frenesí, que le volvía loco de dolor y de asco.

Haciendo inauditos esfuerzos por apartar de sus úlceras carnes aquella hedionda multitud de parásitos, que se cogía literalmente á puñados, encontrábase la desventurada criatura, cuando se presentó en la cueva la tía María, llevándole su acostumbrada ración al cautivo.

—Ven aquí por la comida, gritó la vieja desde la boca de la cueva.

Es de advertir, que la vieja, desde algunos días antes, no se acercaba al cautivo, cuyo contacto rehusaba por temor á llenarse de miseria, y por lo tanto desde la boca de la cueva le daba la comida, hablándole en alta voz al chico para que éste se aproximase en aquella dirección.

—No tengo ya ganas de comer, respondió el niño con voz desfallecida.

—Ven, toma; por aquí.

—Puede usted llevarse la comida. ¡No la quiero!

—¿Qué tienes?

—Que me comen estos bichos.

—Pues por eso debes comer tú.

—No quiero. ¡Tengo todo mi cuerpo hecho una llaga!

—Aquí te dejo tu ración.

—Haga usted lo que quiera.

—Ven, acéreate y come.

El niño no respondió, porque había caído en uno de los frecuentes y convulsivos desmayos que le acometían.

La vieja se alarmó con aquel silencio; pero poco después oyó al pequeño cautivo, que se quejaba débilmente.

Aquella indiferencia para recibir el alimento, manifestada por el niño, que otras veces recibía con gusto y apetito, le hizo comprender á la tía María que los estragos de la enfermedad se aumentaban y que el pequeño prisionero, atendida su edad y escasas fuerzas, no podría resistir mucho tiempo aquella vida tan contraria á su salud y á las leyes de la naturaleza.

La tía María, pues, se alejó inmediatamente de la cueva y yendo á buscar á su marido, le dijo:

—El otro se fué, siquiera después de pagar; pero este chicle me parece que se larga sin que le cobremos.

—¿Qué estas diciendo, María?

—Que ese chiquillo no dura cuatro días, si se empeña en no comer.

—¡Ya comerá!

—Dice que no quiere, y la voz parece que le sale del cuello de la camisa; en fin, me parece que las lía muy pronto.

—Verás cómo le entra apetito en cuanto vaya el loco y le meta miedo.

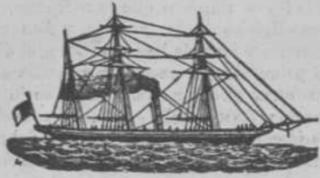
—Creo que harás mal, porque acaso se muera del susto.

—¿Tan malo se ha puesto?

JULIAN ZUGASTI.

(Continuará.)

ANUNCIOS.



VAPORES-CORREOS DE LA COMPAÑIA TRASATLANTICA.  
(ANTES A. LOPEZ Y COMPAÑIA).

**SERVICIO PARA PUERTO-RICO Y LA HABANA.**  
Salidas: de Barcelona los días 4 y 25 de cada mes; de Valencia el 5, de Málaga 7 y 27; de Cádiz 10 y 30; de Santander el 20; y de la Coruña el 21.  
NOTA. Los vapores que salen de Cádiz el 10 hacen la escala de las Palmas (Canarias).  
Se expenden tambien billetes directos para  
MAYAGUEZ, PONCE, SANTIAGO DE CUBA, GIBARA Y NUEVITAS, con trasbordo en Puerto-Rico ó Habana.  
Rebajas á familias y tratos convencionales para aposentos mayores que los correspondientes ó de gran lujo.  
Los pasajes de 3.ª clase acaban de fijarse en 35 duros.  
Idem de 3.ª preferentes con mayores comodidades á 50 duros á Puerto-Rico y 60 duros á la Habana.  
Para más detalles dirigirse á Julian Moreno, Alcalá, 28, Madrid.—D. Ripoll y Compañía, Barcelona.—A. Lopez y Compañía, Cádiz.—Angel B. Perez y Compañía, Santander.—E. da Guarda, Coruña.

CASA GENERAL DE TRASPORTES  
DE  
**JULIAN MORENO**  
CONTRATISTA DE LOS FERRO-CARRILES  
DE MADRID Á ZARAGOZA Y ALICANTE,  
Y  
UNICO CONSIGNATARIO DE LOS VAPORES-CORREOS DE

**A. LOPEZ Y COMP.ª**  
MADRID.—ALCALÁ, 28.  
**PALACIOS Y GOYOAGA**  
SASTRES.  
3. PUERTA DEL SOL PRAL. 3

TRADICIONES  
DE  
**TOLEDO**  
POR

**EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.**

Esta obra, tan encomiada por la prensa y que consta de 316 páginas de esmerada impresion y excelente papel satinado, se halla de venta en Madrid en las principales librerías al precio de diez reales.  
Los Sres. Montoya y Compañía, —Caños, 1,—son los encargados de servir los pedidos que vengan acompañados de su importe.

**BANCO HISPANO-COLONIAL.**  
ANUNCIO

Con arreglo á lo dispuesto en el art. 1.º del real decreto de 12 de Junio de 1880, tendrá lugar el sétimo sorteo de amortizacion de los billetes hipotecarios del Tesoro de la isla de Cuba, el día 1.º de Marzo próximo, cuya amortizacion, conforme á la real orden de 26 del mismo Junio, se hará como los anteriores, por milésimas partes, debiendo amortizarse en este sétimo trimestre CINCO MIL DOSCIENTOS CINCUENTA BILLETES de los 750.000 emitidos.  
El sorteo se verificará públicamente en Barcelona, en la sala de sesiones de este Banco, á las once de la mañana del referido día 1.º de Marzo, y lo presidirá el presidente del Banco, ó quien haga sus veces, asistiendo además la comision ejecutiva, director-gerente, contador y secretario general. Del acto dará fé un notario, segun lo previene el real decreto de 12 de Junio de 1880.  
Antes de introducir las en el globo destinado al efecto, se expondrán al público las 959 bolas sorteables y se extraerán de ella siete, cuyos números quedarán amortizados en cada uno de los 750 millares de los títulos emitidos, resultando, por consecuencia, amortizados los 5.250 billetes correspondientes á este sorteo.  
El Banco publicará en los periódicos oficiales los números de los billetes que en cada millar queden amortizados y dejará expuestas al público en este establecimiento, calle Ancha, núm. 3, las bolas que hayan salido en el sorteo.  
Barcelona 15 de Febrero de 1882.  
—El gerente, P. de Sotolongo,

**BANCO HIPOTECARIO DE ESPAÑA.**  
Préstamos al 5 por 100 de interés en cédulas.

Préstamos al 5 y medio por 100 en metálico.  
Deseoso este Banco de promover y facilitar los préstamos en beneficio de los propietarios, ha acordado hacer á quienes lo soliciten préstamos en cédulas al 5 por 100 de interés. El Banco comprará las cédulas.  
Al mismo tiempo continúa haciendo préstamos al 5 y medio por 100 en metálico.  
Las condiciones comunes á unos y otros son las siguientes:  
Este Banco hace los préstamos desde cinco á cincuenta años con primera hipoteca sobre fincas rústicas y urbanas, dando hasta el 50 por 100 de su valor, exceptuando los olivares, viñas y arbolados, sobre los que sólo presta la tercera parte de su valor.  
Terminadas las cincuenta anualidades ó las que se hayan pactado, queda la finca libre para el propietario sin necesidad de ningun gasto ni tener entonces que reembolsar parte alguna del capital.  
La cantidad destinada á la amortizacion varía segun la duracion del préstamo.

**ADVERTENCIA IMPORTANTE**  
El prestatario que al pedir el préstamo envíe una relacion clara, aunque sea breve, de sus títulos de propiedad, obtendrá una contestacion inmediata sobre si es posible el préstamo, y tendrá mucho adelantado para que el préstamo se conceda con la mayor celeridad, si hay términos hábiles.—En la contestacion se le prevendrá lo que ha de hacer para completar su titulacion en caso de que fuere necesario.  
Admite tambien el Banco Hipotecario valores en custodia é imposiciones en cuenta corriente con interés.

**BANCO DE ESPAÑA.**  
Los interesados que hayan presentado para la conversion en Deuda amortizable al 4 por 100 las Deudas

que á continuacion se expresan, pueden presentarse en las oficinas de este Banco, Atocha, 15, desde las once de la mañana á tres de la tarde, á cangear los resguardos interinos por los títulos provisionales, en los días y por el órden siguiente:

Día	Resguardos números	Obligaciones Banco y Tesoro serie Interior.	Obligaciones Banco y Tesoro serie Exterior.	Obligaciones de Aduanas.	Bonos del Tesoro.	Amortizable Interior.	Resguardos de la Caja de Depósitos.	Amortizable Exterior.	Obras públicas.	Carreteras y Deuda del personal.
20	1697 á 711	298 á 311	1189 á 1207	207 á 334	73 á 147	4 á 50	1 á 56	1 á 47	103 á 195	
21	1712 á 17	312 á 317	1208 á 1228	335 á 433	148 á 151	57 á 105	57 á 105	48 á 110		
22	1718 á 40	318 á 323	1229 á 1244	434 á 481	152 á 158	106 á 207	106 á 207	111 á 123		
23	1741 á 66	324 á 331	1245 á 1244	482 á 539	159 á 162	208 á 700	208 á 700			
24	1767 á 76	332 á 337	1245 á 1244	540 á 547	163 á 170	701 á 850	701 á 850			
25	id.	id.	id.	548 á 547	171 á 176	851 á 850	851 á 850			

Los portadores de resguardos de títulos del 2 por 100 amortizable exterior presentados en el extranjero, y que hayan solicitado en tiempo oportuno recibir en Madrid los títulos del 4 por 100, y sobrantes en metálico, pueden presentarse en cualquier día á realizar dicha operacion en la Caja de efectos en custodia de este establecimiento, entregando las segundas mitades de las facturas comprendidas en la numeracion siguiente:  
Números 47 al 515, de París.  
Idem 48 al 516, de Londres.  
Idem 2 al 169, de Amsterdam.  
Madrid 21 de Febrero de 1882.—  
El Secretario, Juan de Morales y Serrano.

OBRAS NUEVAS.

**UN VIAJE A PARIS POR EMILIO CASTELAR,** seguido de un guía descriptivo de París y sus cercanías, por L. Taboada.

Si París no es ya para muchos el cerebro del mundo civilizado, es sin duda para todos el corazón que regula y difunde el movimiento de las ideas. Por esto conviene siempre conocer ese foco donde se concentra é irradia á la vez toda la vida de nuestro siglo. Y este libro presenta la gran ciudad en una de las crisis más trascendentales de su dramática historia; el período en que se estableció por tercera vez la República, está iluminado, más que descrito, por un pincel inimitable: la pluma de Castelar.

Parecía que completaría el conocimiento de ese fecundo escenario un *guía de París y sus cercanías*, cuyo mérito consiste principalmente en la abundancia de útiles noticias y en el método y la claridad de su exposición. Con él son, en verdad, innecesarios los servicios de modestos y costosos tutores. Los suple sobradamente un *precioso plano de París y los del Lowre*, sin cuyo auxilio no podrán recorrerse aquellas vastas y ricas galerías.

Todo está contenido en un tomo manuable de unas 600 páginas, de letra compacta, que se vende á reales..... 20

**TEATRO NUEVO, POR JOSÉ ROMAN LEAL.**—Con este título ha escrito el Sr. Leal un libro de tanta novedad como interés. Es un estudio de Filosofía y Estética aplicada al arte poético y determinadamente á la dramaturgia. Le sirven de motivo las obras de D. José Echegaray. Intercala en el centro los juicios críticos ya publicados separadamente, de *Olocura ó santidad* y *En el seno de la muerte*. Se divide este notable trabajo en cuatro secciones por capítulos. La primera, precedida de una introduccion interesante por los recuerdos de historia contemporánea que contiene, consta de ocho capítulos escritos con mucho vigor de estilo. En ellos plantea y desarrolla el autor su pensamiento sobre las condiciones que, con arreglo á las ciencias y sus grandes adelantos, debe tener el arte moderno, y deduce que es una necesidad de los tiempos dar forma amplia y grandiosa al *Drama social* con sentido moral y antropológico, y acometer con audacia y resolucion el problema de la Finalidad, que dice es inmanente. Siguen á esta seccion los dos juicios críticos expresados, y termina el libro con otra seccion cuarta, donde aborda los problemas del principio moral y de la vida en relacion con el Universo por corrientes de ideas y de sensaciones, estableciendo, por último, las leyes fundamentales del criterio. Ofrece seguramente este libro tanta novedad en los pensamientos como en la forma de exponerlos. Precio del tomo, de 350 páginas, edicion de lujo, reales.... 20

**GOTTSCHALCK, POR LUIS RICARDO FORS,** miembro del Liceo y Conservatorio de Música de Barcelona, del Ateneo de Madrid y de otras corporaciones científicas y artísticas, nacionales y extranjeras. Obra escrita expresamente para LA PROPAGANDA LITERARIA. Está impresa con todo lujo, en un tomo de 400 páginas, adornada con un magnífico retrato del celebrado pianista y una vista de la tumba en que descansa, abiertos en acero por uno de los mejores artistas de Nueva-York. Está además enriquecida con un fragmento de música, autógrafa é inédita, del célebre artista. El autor de esta obra, tan competente en el arte musical como apreciado del público, ha escrito una interesante y minuciosa biografía del eminente artista, con quien vivió largo tiempo en Sur-América: á esta biografía, formada con datos auténticos, irá unida la historia anecdótica de gran parte de las composiciones de

GOTTSCHALCK, reveladas muchas de ellas en momentos de confianza por el propio artista. La circunstancia de que el autor de esta obra conoció íntimamente á GOTTSCHALCK, facilita la publicacion de los interesantes detalles de su muerte y de infinitos actos de la vida íntima del inspirado músico, cuya existencia fué una serie no interrumpida de accidentes á cual más dramáticos é interesantes.

Puede asegurarse que el libro del Sr. Fors sobre GOTTSCHALCK, es una obra que buscan con avidez y leen con placer los numerosos amigos del gran artista norte-americano y los entusiastas admiradores de su potente génio y vastísimo talento. Reales.. 30  
Los pedidos de cualquiera de estas obras se harán á la sucursal en Madrid de LA PROPAGANDA LITERARIA, calle de Leon, 12, principal, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo ó sellos de correos.

LA AMERICA

Año XXIII

Este periódico quincenal, redactado por los primeros escritores de Europa y América, y muy parecido por su índole é importancia á la REVISTA DE AMBOS MUNDOS, se ha publicado sin interrupcion durante diez y nueve años. En él han visto la luz más de ocho mil artículos, todos originales y escritos expresamente por sus numerosos colaboradores, lo que puede justificarse consultando el índice que figura al fin de cada tomo. Para comprender toda su importancia, bastará decir que el Gobierno español, años hace, lo ha recomendado de real órden á los capitanes generales y gobernadores de la Isla de Cuba, Puerto-Rico y Filipinas; así es que nuestra REVISTA UNIVERSAL cuenta en dichos países con numerosos suscriptores, como en toda la América, España, Francia, Inglaterra y el resto de Europa. El número de nuestros comisionados ó corresponsales excede de 400.

Otra que vá directamente desde Cádiz á Canarias, Puerto-Rico, Cuba, Santo Domingo, Haití, Jamáica y demás posesiones extranjeras en Ultramar.

Y otra por San Thomas para la América Central, Méjico, América del Sur y América del Norte, aprovechando los vapores-correos que parten de los puertos de Inglaterra.

Bastan, pues, estas indicaciones para comprender las ventajas que ofrece un periódico tan antiguo y acreditado á los que acierten á escogerle como medio de publicidad.

LA REVISTA UNIVERSAL consta de 8 páginas (4 pliegos marca española) y hace tres grandes ediciones: una para España y el extranjero, esto es, toda Europa y Filipinas.

Agente general en la Isla de Cuba el Sr. D. Alejandro Chao, director del acreditado establecimiento LA PROPAGANDA LITERARIA.

Precio de suscripcion en España, 24 rs. trimestre.

En el Extranjero 40 francos.

En Ultramar, 12 pesos fuertes.

Precio de los anuncios, 4 reales línea.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO

DE LOS SEÑORES M. P. MONTOYA Y C.ª